

Marcelo Elbaum
Cecilia Boufflet



LAS
BILLETERAS
SON DE MARTE,
LAS
CARTERAS
SON DE
VENUS



Terapia financiera para los dilemas
de dinero en la pareja de hoy

Las billeteras son de Marte, las carteras son de Venus

Cecilia Boufflet - Marcelo Elbaum

Las billeteras son de Marte, las carteras son de Venus

Terapia financiera para los dilemas de dinero en la pareja hoy

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción. *Nosotros también batallamos*](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[*Palabras finales*](#)

[*Agradecimientos*](#)

Elbaum, Marcelo

Las billeteras son de Marte y las carteras son de Venus / Marcelo Elbaum y Cecilia Boufflet. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2015.

E-Book.

ISBN 978-950-49-4628-1

1. Economía Familiar. I. Boufflet, Cecilia II. Título

CDD 330

© 2015, Cecilia Boufflet y Marcelo Elbaum

Diseño de cubierta: Departamento de Arte del Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2015, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2015

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-4628-1

A mi padre, Hugo, un hombre de una generación machista que supo criar hijas independientes y libres. Y a mi esposo, Leonardo, todo es más fácil con vos.

CECILIA BOUFFLET

A mi esposa Judit, caminamos, crecemos y construimos mejor porque vamos a la par. Y a mis cuatro hijos, intento darles las herramientas para que protagonicen una generación con más igualdad.

MARCELO ELBAUM

Introducción

Nosotros también batallamos

EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO. LOS DILEMAS MODERNOS EN LA RELACIÓN CON EL DINERO. ¿QUÉ PASÓ CON LOS HOMBRES DESDE QUE LAS MUJERES TIENEN UN NUEVO ROL EN LA ECONOMÍA? HAY UN NUEVO MODELO DE RELACIÓN DONDE LA PARIDAD ES LA REGLA, PERO TAMBIÉN LA DESCONFIANZA. LOS NUEVOS DILEMAS DE LOS HOMBRES QUE NO QUIEREN SER SUPERHÉROES Y LAS MUJERES QUE NO LOGRAN DIFERENCIAR INDEPENDENCIA Y AUTONOMÍA.

Al comenzar a escribir este libro, e incluso durante el proceso de escritura, nosotros también «batallamos» en cada conversación, queriendo hacer valer nuestras posturas con una visión sexista, no exentos de creencias, prejuicios y mitos que llevamos desde nuestra infancia, nuestro entorno y nuestras historias.

—Yo no puedo entender, Cecilia, cómo Carla, la mujer de Diego, no sale a trabajar, sabiendo que los negocios de él no van bien. En vez de quejarse podría hacer algo, ¿no?

—Por un lado es verdad lo que decís, Marcelo, pero qué querés que haga, pobre Carla, si él nunca quiso que ella trabajase... y la verdad no se me ocurre en qué podría trabajar...

—¿De qué podría trabajar? Si ella se recibió de Diseñadora industrial. O sea, que el que tiene la culpa es él, Cecilia, dejate de hinchar... Si ella hubiera querido salir a trabajar, de alguna forma lo habría podido convencer. Me parece que en el fondo ella estaba cómoda con la vida que llevaba. Una cosa es lo que te decía a vos... pero para mí era una piola bárbara... ella no estaba ni está prisionera en su casa...

—Esa es tu visión y la de ustedes, los hombres, de las mujeres que se encargan de las tareas de la casa y de los chicos, que son muchísimas y no son valoradas. Además, como si no conocieras a Diego... Es muy terco y es muy chapado a la antigua. Es un inseguro en el fondo, tiene miedo que Carla cobre vuelo.

—Y bueno, entonces, Cecilia, ¿por qué no lo hablaba si se sentía tan infeliz?

—Pero, Marcelo, ¿sabés las veces que se lo dije? Pero siempre me repetía que le resultaba imposible... que él no quería escuchar...

Hemos tenido muchas conversaciones como estas sobre distintos temas que no son más que un reflejo de todas las Cecílias y Marcelos que habitan este suelo o de todas aquellas billeteras y carteras con más o menos dinero que batallan por llevarse una mayor tajada en la relación de pareja para cumplir sus deseos personales sin darse cuenta de que nada es gratis en la vida y sin consecuencias.

Mujeres y hombres habitamos y compartimos el mismo planeta, los mismos continentes, los mismos países, las mismas ciudades, las mismas casas y tenemos —casi siempre— los mismos derechos y obligaciones. Pero entre el enunciado y la realidad, hay una distancia que a veces parece un abismo, esa diferencia que imponen valores, culturas

y creencias que determinan lo que se conoce como un «rol esperado» para el hombre y para la mujer en la sociedad. Cuando se pone en juego lo que se espera, es donde «los derechos y obligaciones» de los géneros muestran sus diferentes facetas.

Es un hecho que hombres y mujeres no son juzgados del mismo modo en sus actitudes ante el trabajo, el amor, el matrimonio, el éxito, el poder, el control, la autonomía, la independencia y, por supuesto, el dinero.

A analizar eso nos abocaremos en este libro, intentando correr los prejuicios y captar los cambios que acontecen en la sociedad y en las distintas generaciones en relación al rol del hombre y la mujer, especialmente frente al manejo del dinero.

El dinero no tiene un valor en sí mismo, sino que es un medio para cumplir objetivos y sueños en la vida, pero también es un «símbolo», y las conductas respecto de él expresan lo que no se puede decir con palabras: «el dinero habla», tiene voz y voto en nuestras vidas, en las relaciones con nuestros padres, con nuestros hermanos, nuestros amigos, nuestros hijos y en las relaciones de pareja.

La importancia del dinero en las diferentes culturas es un reflejo de los valores y creencias que rigen el devenir de las personas. En la cultura oriental, el dinero no está rankeado en lo más alto respecto de las preferencias de elección de una pareja. Por el contrario, adquieren más importancia los mandatos religiosos y eso influye en las pautas de atracción sexual y amorosa. De manera muy diferente, en la cultura occidental, el dinero, que permite acceder a los privilegios de una determinada clase social, en general, tiene una trascendencia mayor, directamente vinculada con el culto que existe por los bienes materiales.

En el caso de las relaciones de pareja, este culto del dinero y lo que se puede realizar a través de él, tiene que ver con años y años de historia que se va grabando en lo más intrínseco de nuestro ser. En la antigüedad, las mujeres, en su instinto de supervivencia, se veían atraídas por hombres fuertes, con poder y que pudieran dominar las fuerzas de la naturaleza: traer alimentos a través de la caza, defender a la tribu de los peligros del ambiente. Con el tiempo, el hacer fuego, cazar animales y dar protección se transformó en «hacer dinero», para poder conseguir los mismos sueños y necesidades en la era moderna, unido al prestigio de una persona.

La mujer que estaba sujeta a un rol de cuidadora del hogar, que era quien criaba a los niños y se sacrificaba en pos del hombre, encontraba su lugar en el mundo en su hogar. El hombre se transformó en el «sustento» de la casa y la mujer en la administradora de ese sustento y la encargada de las tareas relacionadas con el hogar y la crianza de los hijos.

Lo que podríamos llamar modelo «Hombre proveedor-Mujer ama de casa». Un hombre que cargaba la pesada mochila de mantener el hogar y una mujer que vivía encerrada en el mundo familiar.

¿Pero qué pasa cuando la mujer sale a cazar?

La psicóloga Clara Coria es una de las referentes en materia del cambio de escenario que significó la entrada de la mujer al mundo del trabajo, pero las limitaciones que seguía teniendo para ejercer poder alrededor del dinero, para administrarlo, disponer de él y salir

del círculo que la limita a manejar lo que la especialista llama «dinero chico» mientras que el hombre se ocupa del «dinero grande».

Pero en este libro venimos a decirles que en una sociedad en cambio constante, eso también se modificó. Las mujeres son el principal ingreso de la mayoría de los hogares en los países desarrollados, y en la Argentina, en ciudades como la Capital Federal, están cerca de ser proveedoras en la mitad de las casas: superan ya a los hombres en algunos barrios como la Recoleta (52% de hogares con mujeres como principal ingreso, según datos del Instituto de Estadísticas de la Ciudad).

Mujeres acostumbradas a manejar dinero que ya no dejan espacio para que se las limite a la «caja chica» y que ganan seguridad en la independencia que les da ese ingreso.

Pero también ese escenario cambió a los hombres. En este libro hablaremos también de los hombres que ya no quieren ser Superman. Contradiendo el mandato de que deben ser proveedores, impulsan a sus parejas a trabajar, tener independencia, aportar al hogar y desarrollarse profesionalmente. Estos caballeros fueron protagonistas de hogares o hijos de familias que se destrozaron por la pérdida de trabajo, la quiebra de una empresa o la desaparición del proveedor del hogar. No quieren volver a pasar por ese proceso y piden colaboración y ayuda.

¿Es inocuo para el hombre y la mujer manejarse con el dinero con uno u otro modelo? ¿Hay más armonía en un hogar que tiene como proveedora a una mujer o en uno que tiene como principal ingreso a un hombre? ¿La igualdad es posible o siempre hay un rol escondido de dominador en quien se encarga de manejar la «plata grande»?

Una pareja sigue los principios de la «teoría del intercambio». El psicoanalista Erich Fromm en su libro *El arte de amar* dice que «el enamoramiento y el matrimonio después de la era victoriana se convirtieron en una mercancía humana regida por las mismas reglas del mercado de bienes y valores».

Y en este sentido se determinan las relaciones de poder en la pareja, llevando a que uno lo ejerza sobre el otro o lo compartan, y en ambos casos hay que ver en qué grado. El dinero es un emergente de esta definición, una manera de ver en la práctica cuán pares son aquellos que se presentan como tales o cuánta independencia tienen y si esa independencia puede calificarse también como verdadera autonomía.

Para que cada uno se pueda realizar como persona en una relación de pareja y complementar los distintos objetivos y ambiciones, resulta imprescindible comprender al otro, entender sus necesidades y su forma de ver la vida. De lo contrario siempre terminará «triunfando» uno por sobre el otro y detonando la base de confianza sobre la que se construye una pareja y que busca caminar a la par, sin dejar vencedores ni vencidos.

Cuando un hombre que trabajó toda su vida se jubila y se deprime o se vuelve un cascarrabias en la casa, su pareja puede enojarse porque no disfruta del hogar donde ella pasa la mayor parte de su tiempo y tiene su «centro de operaciones». Pero lo que debe entender es que él ha debido desprenderse de todo lo que lo definió en los últimos 30 o 40 años, y reasignarle valor a las tareas puertas adentro del hogar y la familia no le será fácil.

Una mujer que creció en un hogar que pasó serias necesidades porque el padre y único proveedor perdió su trabajo le asigna un valor a su independencia económica que puede ser inentendible para un hombre que quiere que afloje un poco con la carga horaria y se dedique más a los hijos.

Mientras que si es el hombre el que viene de un hogar que atravesó ese tipo de crisis, seguramente entrará en conflicto con su mujer si ella quiere dejar de generar dinero y dedicarle unos años a la crianza de los chicos.

Todo depende del cristal con el que lo miremos, y lo importante en este proceso es entender cuál es el cristal que tiene el otro. No hacerlo lleva a malos entendidos, situaciones que se dan por supuestas cuando no están nada claras, posiciones dominantes, engaños y frustración.

¿Cuán profundo es el cambio?

El mayor protagonismo que ha cobrado la mujer en los últimos tiempos ha producido parejas con ideales más igualitarios respecto del rol de los géneros. Sin embargo, en la práctica se observan muchos resabios de roles pasados mostrando que todavía falta para que ambos sexos compartan una vida en pareja en igualdad y armonía.

Nosotros también arrastramos nuestra mirada, y nos costó largas discusiones entender el rol de cada género y no transformar la defensa de la posición de mujeres y hombres en una batalla en cada reunión de trabajo.

Al comenzar a escribir este libro y definir el modo en el que trabajaríamos, estuvimos de acuerdo en que buscaríamos casos reales para ejemplificar desde el inicio lo que queríamos decir, pero no pensamos en ese momento que después de cada reunión con un entrevistado terminaríamos nosotros en largos debates acerca de si hacía bien el hombre o la mujer en tal o cual actitud.

Uno de los casos más conflictivos fue el de los hombres separados. El prejuicio mandaba para Cecilia que los caballeros se iban de su casa para ver a sus hijos un rato, dos veces por semana, y hacer vida de solteros relajados el resto del tiempo.

Marcelo defendía a los hombres marcándole a Cecilia lo difícil que es la soledad, lo complejo de compatibilizar trabajo intenso con tiempo para los hijos, y la presión que significa sostener con el mismo ingreso una segunda casa, aun cuando la ex mujer trabaje. Y Cecilia no aflojó hasta que se encontró con los testimonios y las entrevistas que reflejan el impacto que tenía en los hombres el divorcio.

Cuando se abordó la infidelidad financiera, Marcelo le intentó explicar a Cecilia su idea de que las mujeres finalmente salían bien paradas de esas crisis y tuvo que argumentar en extenso para hacerse oír. Cecilia lo cruzaba apenas expresaba la idea de lo «jodidos» que eran los hombres, relataba historias de empresas que fueron vaciadas para no ser divididas justamente con la pareja; casos de bienes registrados a nombre de sociedades anónimas para que no fueran compartidos en un divorcio... Pero después de escuchar una serie de casos, los dos constataron que además del dolor, la crisis y el sufrimiento que atraviesa una mujer que es estafada por su pareja, también hay un espacio para la recomposición personal, para el crecimiento y el desarrollo de costados que estaban ocultos o sometidos en las mujeres que, si, como decía Marcelo, terminan

ganando.

Como nosotros, los lectores abordarán este libro con sus prejuicios, su idiosincrasia, sus hábitos y sus relaciones de pareja... Lo interesante será contrastar esos prejuicios con lo que finalmente sucede en la mayoría de los hogares y de lo que muchas veces no se habla. Pero más interesante aún será permitirse como lector que esas ideas sean interpeladas con iniciativas, apuntes y consejos que buscan orientarlos en el manejo del dinero. Buscando que ese sea un espacio sano, de confianza y que permita el mayor y el mejor crecimiento personal de mujeres y hombres.

Uno de los desafíos centrales para las billeteras y las carteras de nuestros lectores es el de combatir la necesidad de batallar con el sexo opuesto para llevarse una mayor tajada de la relación de pareja en pos de cumplir los deseos personales, sin tomar dimensión del costo que pagarán por limitar, postergar y coartar el camino del otro.

En estas páginas encontrarán historias de jóvenes que empiezan a dar sus primeros pasos en el mundo laboral y se debaten entre gastar su dinero hoy o ahorrarlo para llevar adelante un emprendimiento, siempre cargando con la mochila de intentar superar los errores de sus padres. También hay historias de parejas jóvenes que luchan por un ideal más igualitario, donde ninguno se sienta atrapado en una lucha de poder. Parejas más establecidas que intentan combatir sus propios prejuicios y mitos sobre el manejo del dinero.

Hablaremos de las parejas a las que les cuesta hablar y comunicar sus necesidades y cometen infidelidades financieras para paliar sus insatisfacciones existenciales y terminan envueltos en un dilema aún mayor. Y también nos dedicaremos a los hombres y mujeres que se quedan solos y solas en la mitad de sus vidas y deben rehacer el camino para poder andar, marcados por el temor de volver a fracasar y perseguidos por el recelo que les dejó la fallida experiencia pasada.

Como también de la difícil tarea de intentar criar hijos en pie de igualdad respecto del manejo del dinero, pero sin chocar con las experiencias propias y los mitos respecto del rol de hombres y las mujeres en la vida adulta. Y trataremos el caso de las parejas adultas que deben encarar la etapa pasiva y volver a convivir en un mismo espacio la mayor parte del día.

Las distintas etapas de la vida plantean sus propios desafíos y requieren respuestas diferentes. Pero las cuestiones a resolver son siempre las mismas: el deseo de ser autónomo, para poder desarrollarnos en armonía y sin límites, ni condicionamientos ni frustraciones. O por lo menos sin los que nos imponemos nosotros mismos cuando actuamos de manera reactiva condicionados por el temor, la falta de compromiso o presionados por mandatos culturales.

En esta nueva sociedad, el rol en relación al dinero también es central en lo que se llama parejas ensambladas que deben amalgamar en una nueva vida en común historias con patrones de conducta diferentes y viven en el medio del choque cotidiano entre lo tuyo, lo mío y lo nuestro, más nuestros ex y todo lo que eso implica, de eso nos ocuparemos. Descubrimos que este tema es especialmente delicado/ríspido cuando las parejas que convocamos para que relataran su experiencia y pudiéramos citarlas en sus

dificultades, búsquedas y aciertos, todas se negaron a participar porque no se sentían cómodas hablando públicamente del tema.

Vamos a tratar de entender la diferencia entre independencia y autonomía; buscando el modo de que en la billetera y en la cartera entre la receta para poder ser libres y tomar decisiones personales emancipándonos de nuestros propios miedos, prejuicios y de los mandatos familiares y culturales para vivir una vida plena, siempre encontrando el límite en el respeto por el otro.

De que los hombres y las mujeres sean quienes quieren ser depende buena parte no sólo de la armonía de la vida en pareja, sino de la armonía de la sociedad.

En toda familia hay secretos o tramas subterráneas que pueden transformarse en arenisca o en una piedra difícil de esquivar, de acuerdo a cómo lo presentemos. La confianza y la necesidad de flexibilizar las diferencias son parte de un conocimiento y un aprendizaje. El dinero sigue hablando, aunque está diciendo cosas diferentes sobre la mujer, el hombre y las relaciones humanas en los distintos momentos de la vida, y esos son los caminos que pretendemos explorar contando historias reales que reflejan lo que puede pasar en cualquiera de nuestros hogares, los de nuestros amigos, los de nuestros hermanos o los de nuestros padres y reflexionando sobre ellas, para tratar de entendernos a nosotros mismos, a los de nuestro género, a los del sexo opuesto, a los de generaciones anteriores y posteriores, en busca de una vida más armoniosa para todos.

Hagamos el intento en estas páginas...

SOLOS Y SOLAS. LAS DIFERENCIAS DE MUJERES Y HOMBRES AL LLEGAR AL PRIMER TRABAJO, AL PELEAR EL SALARIO Y AL DECIDIR PONER EN MARCHA UN EMPRENDIMIENTO. LOS MIEDOS Y LAS FORTALEZAS DE CADA UNO. LOS ERRORES MÁS TÍPICOS EN EL INICIO DEL MANEJO DEL DINERO SEGÚN EL GÉNERO.

Independientes, invertir en experiencias

El mundo de las relaciones laborales los estudia para tratar de entender cómo lograr incorporarlos a la relación de dependencia, el mundo del consumo masivo evalúa cómo capturar su atención, y aquí trataremos de entender cómo se relacionan con el dinero los protagonistas de la Generación Y o Milenials. ¿Mujeres y hombres son pares en esta generación? ¿O mantienen las diferencias de género que la cultura de las generaciones anteriores les transmitió?

Estos jóvenes que nacieron en los 80 y los 90, a quienes no les interesa permanecer en un trabajo hasta obtener el reloj de oro ¿le huyen al compromiso de un empleo? ¿O en realidad de lo que intentan escapar es de la historia de sus padres? ¿Por qué tomar como modelo a alguien que pasó años en una oficina o una fábrica que los expulsó en alguna de las crisis que atravesó el país y los dejó fuera del sistema como si fueran descartables? ¿Por qué repetir la historia de una mujer que dejó su carrera cuando llegaron los hijos y con el divorcio pasó a depender de lo que podía mendigarle a su ex?

¿Es peligroso o es una ventaja tener la flexibilidad de cambiar de empleo, probar proyectos personales o tomarse un año sabático sin tener en claro qué será del futuro?

Cuando empecé a estudiar diseño en la facultad ya tenía en mi agenda empezar a trabajar. Era mi preocupación para poder recortar los gastos que le generaba a mi madre ayudarme, ya que estaba viviendo sola en un departamento que ella me regaló.

Para mí era una obligación alivianarle la carga a mi mamá. Claro que más de una de mis amigas me veían un poco tonta cuando teníamos apenas 20 y yo no iba a un bar para no gastar plata y para no estar agotada al día siguiente en el trabajo. La mayoría de ellas vivían en ese momento de la ayuda de los padres. Pero las mismas que me criticaban en ese entonces son las que ahora me felicitan por mis logros.

¿Qué logros? Bueno, yo no lo vivo tan así pero es cierto que los que me rodean lo destacan. A pesar de no tener 30 años tengo una carrera, un trabajo en relación de dependencia y un emprendimiento propio en el que

estoy poniendo muchas fichas para que sea mi empresa en el corto plazo. Hoy puedo vivir bien y viajar con mis ingresos y trabajo en lo que a mí me gusta, así que el esfuerzo rindió sus frutos.

El camino al negocio propio estuvo siempre en mi cabeza. Te diría que cuando empecé a trabajar me identifiqué mucho más con las dueñas de la empresa que con mis pares. Puede ser que el hecho de que fueran mujeres y jóvenes haya ayudado: Pero para mí lo importante era que eran emprendedoras, que venían de una clase media más o menos acomodada, tenían su familia y manejaban sus tiempos. Esa posibilidad de adaptar el trabajo a mi agenda, y no que fuera al revés, es una de las cosas que más me sedujo.

Yo podía ser como ellas y no sólo una empleada. Por eso empecé a darle vueltas a la idea de hacer mi camino propio casi desde el minuto uno en el que entré a ese que fue mi primer trabajo: una fábrica de carteras de cuero de calidad que se destaca por el diseño y la innovación en materia de moda.

El camino no fue sencillo, tuve que armar un plan y buscar una mano que me ayudara. Bueno, en realidad, más que una mano lo que necesitaba eran unos pesos y allá estuvo mi mamá para poner el hombro y abrir la cartera. Ella fue un pilar fundamental para que yo además de empleada sea proveedora de la marca en la que trabajo y de otras firmas de diseño.

¿Qué hago? Tengo una fábrica de bijouterie y accesorios a façon que vendo al por mayor a otras marcas. Sí, a mis amigas siempre les gustan mis aros y mis pulseras y me quieren comprar, pero mi objetivo nunca fue hacer algo y salir a venderlo entre mis conocidos, fueran tortas, computadoras o aros. Desde el minuto uno pensé este proyecto como una empresa que tiene que ser rentable, poder crecer y catapultarse.

Mi fuerte es el diseño, es donde tengo mayor formación, así que pensé primero en qué podía diseñar y producir con una inversión baja porque el presupuesto eran 1.000 pesos que me prestaba mi mamá y que estaba claro que eran un préstamo y no un regalo. Aposté a la bijouterie y hasta tuve una estrategia de marketing a medida.

¿Cuál? Puede que sea la parte menos profesional del asunto, pero la verdad es que me resultó: compré los primeros materiales con la plata que me dio mamá y armé unos aros muy llamativos que me puse para ir a la oficina. El plan era que llamaran mucho la atención de mis jefas. Mi estrategia era que si me decían: «Qué lindos aros», yo respondería: «Los hice yo, querés que te los haga para vender en el local?...» Con cara de ¡se me acaba de ocurrir! y todo. Hasta ensayé con mi mamá varias veces cómo respondería y el tono casual con el que debía decir: «Te los puedo hacer para vender en el local...» Fue la frase que llevé en la cabeza todo el camino a la fábrica ese día. Jajaja. Pero resultó y ¡acá estoy!

No me pregunté muchas veces por qué tenía esta inquietud, me pareció natural. Pero si miro hacia atrás, una de las cosas que no quiero es repetir el modelo financiero de mi casa. Crecí en una familia donde si bien mi madre tenía capacidad económica porque había heredado dinero y fue el sostén de la casa cuando a mi papá le fue mal en sus negocios, ella no tuvo verdadera independencia. El dinero era de ella, pero las decisiones las tomaba mi padre. Él se equivocó y ella sufrió las consecuencias.

Mamá fue el motor en casa desde que a papá le fue mal con su empresa en los 90, y además de ser el sostén económico fue un ejemplo de lo que no quiero hacer en mi pareja. Las cuentas, cuanto más tiempo estén separadas, mejor. Si con mi novio compramos una casa juntos, aportaremos los dos, el que tenga más aportará más, no me considero avara con el dinero. Sin embargo tengo en claro que no pondría los fondos de la pareja ni los míos en el proyecto del otro sin pedir rendición de cuentas. Es un esfuerzo, hay que involucrarse y tomar decisiones que pueden ser conflictivas, pero es lo más sano en el largo plazo.

Sí, ya sé, en la lógica de mis padres el día que mamá dijo que no ponía más fondos en el proyecto fallido de mi papá se terminó la pareja... Y si mamá hubiera puesto límites antes, la pareja se habría terminado antes también. Mi mamá de alguna manera apoyó negocios insólitos aunque sabía que era un error para evitar un conflicto y una separación... Pero a mí no me interesa tener una pareja que se sostiene sólo si uno acepta las condiciones que pone el otro. Si llego a esa instancia, me separaré.

La de Gabriela es la historia de una chica de 27 años que refleja el espíritu de las mujeres de esta generación, que ponen un altísimo valor a la independencia.

¿Independencia de qué? Independencia de todo. De su trabajo, de su familia, de su pareja. Si tienen pareja, usan cuentas separadas; si tienen un empleo en relación de dependencia, piensan en el negocio propio, tienen agenda propia y una vida financiera

taylormade (hecha a medida), donde las necesidades personales y la búsqueda de un lugar en el mundo definen el camino en términos económicos mucho más que los mandatos culturales que condicionaron a generaciones anteriores a comprar un auto primero, una casa después, y a vivir toda la vida de un salario en relación de dependencia esperando que al momento de jubilarse le dieran una plaqueta o un reloj de oro por los años vividos dentro de la compañía.

No es casualidad lo que le sucede a estos jóvenes que hoy transitan sus primeros empleos o montan sus primeras empresas. Son hijos de familias que sufrieron la brutal crisis de empleo que tuvo la Argentina en la década del 90, que elevó la desocupación en la primera etapa del 2000 a más del 20%, pero que en el sector industrial se hizo sentir profundamente desde mitad de los años 90. La generación que vive en estos tiempos sus primeros años de trabajo vio en muchos casos cómo sus padres proveedores quedaron fuera del sistema uno, dos, tres y más años. Y cuando llegó la recuperación económica estaban fuera de training, tenían una formación desactualizada para las nuevas tecnologías que utilizaban las fábricas y eran «viejos» de 45 años.

Como Gabriela, muchas jóvenes que ingresan en esta etapa al mundo laboral y al manejo del dinero son hijas de hogares en los que la madre ama de casa y desentendida de los temas económicos vio cómo esa actividad que funcionaba casi como un entretenimiento para tener unos pesos propios se transformaba en el ingreso principal de la casa. Muchas madres que limitaban su manejo del dinero a lo estrictamente hogareño se transformaron en el principal ingreso del hogar. En la Argentina, más del 40% de los hogares de clase media tienen como principal aportante a una mujer después de la crisis de 2001.

Esta generación también tiene «modelos positivos», pero son bien diferentes de los que existían hasta 2001. La generación de Gabriela no fue a la facultad endiosando a los CEO de grandes empresas nacionales o multinacionales, sino que se formó en tiempos en los que las referencias eran los emprendedores exitosos. Los modelos de esta generación son los exitosos fundadores de Officenet, Andy Freire y Santiago Bilinkis, el creador de Mercado Libre, Marcos Galperín o el de la multinacional de software Globant, Martín Migoya. En ese club están las diseñadoras Jessica Trosman o María Cher; la fundadora de Grupo S&N, una red de servicios para empresas que tomó a las secretarías ejecutivas como sus socias estratégicas, Anne Marie Richard, y también Inés Bertón que desarrolló una compañía internacional de té. Son algunos entre otros tantos que antes de los 40 se alejaron del camino tradicional, abandonaron el mandato de una carrera ortodoxa, un empleo en una multinacional prestigiosa y apostaron a su camino.

Los valores de referencia de estos grupos son:

- a) la libertad,
- b) la creatividad,
- c) la independencia y
- d) la cooperación.

Lo importante es la creación de valor y la trascendencia, más que la ganancia económica. El uniforme de estos referentes del éxito para las nuevas generaciones es una muestra importante del cambio de paradigma. Ni hombres ni mujeres usan traje. Visten remeras y jeans y las mujeres se permiten todos los accesorios que deseen para mostrarse femeninas y a la moda, en contraposición a la generación de sus madres que usaban traje sastre para parecerse a los hombres cuando se insertaban en el mundo del trabajo.

La Argentina tiene uno de los índices más altos de creación de empresas nuevas y de emprendimientos. Y las mujeres en particular ocupan un espacio importante en términos globales. El Global Entrepreneurship Monitor de 2007 mostró que en dos años el país saltara del 14° al 8° lugar en el ránking mundial de emprendedoras. El primero y segundo puesto del ranking lo ocupan Perú y Tailandia, y por debajo de la Argentina figuran Brasil, en el 7° lugar y Chile en el 9°.

El dato demuestra además que se trata de un fenómeno regional, y no sólo local. Pero que se presenta fuertemente en la Argentina, donde el 14% de las mujeres adultas está relacionado con un emprendimiento.

Los hombres no quieren ser Superman

El escenario de las mujeres independientes tiene como coprotagonista al hombre, que admira a los que logran buenas sociedades. No se trata de jóvenes que no quieran la independencia, por el contrario, le asignan un altísimo valor a esa idea igual que las mujeres. Pero lo que se juega en ellos como un nuevo valor es el de las asociaciones o sociedades. Creen que sus padres quisieron jugar a que eran Superman, todo lo podían, todo lo resolvían solos, ellos absorbían toda la carga. Pero a diferencia de Superman, eran simples mortales, muchas cosas pudieron salirles bien pero en tantas otras fallaron por errores propios y a veces por circunstancias ajenas a ellos. Cuando tuvieron que asumir las consecuencias de algún error de cálculo en sus acciones, todo se desmoronó.

¿Qué sociedades? De todo tipo. Con otros emprendedores, para llevar adelante un proyecto potenciando lo mejor de cada uno, pero también repartiendo las responsabilidades y la carga. No quieren tener una megaempresa si eso les impide tomarse el tiempo necesario para hacer un largo viaje, por ejemplo. También quieren sociedades cuando piensan en una pareja, creen que es mejor que esté al lado, que empuje el carro junto a ellos y no que vaya sentada en el carro mientras ellos hacen el esfuerzo. Así también en el hogar la carga de responsabilidades se reparte, y si ellos fallan, la mujer podrá sostener el hogar, aunque sea por una situación temporal. Prefieren

saber que pueden apoyarse en alguien, antes de querer protagonizar el rol de superhéroes.

No es casual ni aparecida de la nada la búsqueda de estos jóvenes que quieren compartir responsabilidades o creen que haciéndolo, las cosas serán mejores para ellos, pero también para los demás. En muchos casos, son muchachos que vieron a sus padres pasar de ser proveedores a ser desempleados. O, como en el caso de Carlos, que perdió a su padre en una tragedia y vio cómo su madre tuvo que pasar a la fuerza de ser una ama de casa desentendida de la economía a tener que actuar como una empresaria. A Carlos, como a sus hermanos, le quedó grabada en la cabeza la amarga idea de que su padre vivió sólo para trabajar y no disfrutó ni de su familia ni de sus logros. Por más que valoren el esfuerzo realizado, no quieren repetir el modelo.

Desde que empecé a trabajar a los 17 años me concebí como un emprendedor independiente. La relación de dependencia no va con mi estilo de vida, porque implicaría ponerle un techo a mis libertades, a mis tiempos y también a mis aspiraciones económicas.

Nunca me resultó difícil y siempre estoy buscando oportunidades, pero me cuesta comprometerme totalmente con el trabajo y consolidar los proyectos que emprendo.

Me falta planificación de largo plazo y tiendo a dejar todo para último momento porque priorizo el plan, la oportunidad que me surge hoy. Ya sé, te imaginás que cada vez que tengo que trabajar y me surge una salida postergo el trabajo... No, te equivocás. A veces es un viaje con amigos, pero muchas otras es un nuevo negocio. Estoy siempre buscando un nuevo incentivo, pero hace unos años me di cuenta de que esa es una manera de huirle a las responsabilidades que tengo que asumir hoy.

¿Qué me falta? Una pareja y un socio. O el ideal, una pareja que se complemente conmigo en la empresa familiar. Me hace falta compartir responsabilidades y muchas veces un socio puede tener una realidad distinta económica, familiar o personal que hace que los objetivos que le pone al negocio no sean los mismos que le pone uno. Para mí el modelo perfecto sería que mi socio sea mi pareja. Como le pasó a mi amigo Miguel, que hoy tiene 35 años y una fábrica de muebles consolidada y creo que parte de sus logros es que encontró mucho apoyo en su mujer. Él es muy bueno en detectar tendencias, hacer siempre lo que se pone de moda y creció mucho, pero su mujer lo apoyó en sus puntos débiles y está tan al tanto del porvenir del negocio como él.

Sí, claro que en esta historia mía hay algo de no querer repetir historias pasadas. Mi padre logró tener una posición acomodada, tenía negocios agropecuarios y montó además una distribuidora de indumentaria a nivel nacional, él se encargaba de todo, era el proveedor y todo lo controlaba, pero falleció cuando yo tenía 13 años.

Es una obviedad decir que fue una tragedia, pero lo peor fue que en medio del dolor, mi mamá tuvo que hacerse cargo de negocios de los que no tenía idea cómo manejar. Mi padre nos dejó un buen pasar, pero nos faltaron experiencias, tiempos juntos y creo que a él también le faltó disfrutar lo que había conseguido.

Estaba más concentrado en crecer económicamente que en vivir mientras eso le pasaba. No quiero que eso me pase a mí, no quiero que la vida se me vaya trabajando.

La historia de Carlos refleja la manera de ver la vida de los jóvenes de menos de 30 años que están haciendo sus primeras armas en el mundo de los negocios y tienen muy en claro cuál es el modelo que no quieren seguir más que saber cuál es el que quieren aplicar. Le huyen al hombre Superman que todo lo resuelve solo, que es proveedor de su casa, que decide todo y es responsable único del bienestar de los que lo rodean.

La independencia de los hombres de esta generación pasa por lograr despegarse del mandato cultural que les asigna la responsabilidad de conseguir el dinero para su sustento

y el del hogar.

Así como las mujeres se liberan de depender de un hombre que todo lo resuelve y que detenta el poder, los hombres se liberan de la carga que supone esa responsabilidad.

El modelo al que le huye esta nueva generación está muy bien identificado en el libro de la década del 90 escrito por Clara Coria, *El sexo oculto del dinero*. La autora cita a un hombre que expresa:

La mayoría de nosotros dedicamos la mayoría de nuestro tiempo útil a ganar dinero. Decimos que es un medio cuando, en realidad, en la vida práctica de todos los días nos dedicamos a hacerlo, a obtenerlo. Esta loca carrera puede terminar en que un día se nos acabe la vida y nos hayamos repetido durante 30 años que lo teníamos como un medio y en la búsqueda de este medio nos gastamos la existencia. Uno se desgasta en la búsqueda y yo mentiría si dijera que es un medio para hacer lo que quiero cuando de la mañana a la noche me dedico a hacer dinero...

Los jóvenes de hoy entendieron que ser el proveedor de la casa no sólo tiene beneficios sino también perjuicios, producto de las connotaciones inconscientes y sociales que implican ocupar ese rol. Son jóvenes que crecieron en una sociedad donde sus padres, sus tíos, los padres de sus amigos, perdieron el trabajo, quebraron por alguna de las crisis cíclicas que atraviesa la economía y terminaron sintiéndose inseguros, deprimidos, desdibujados en su rol y sin encontrar qué lugar ocupar.

Los hombres que tienen como referencia los jóvenes de esta generación son aquellos que quedaron encerrados en una exigencia terrible y una trampa: *la de mostrar siempre una potencia inagotable, la exigencia de ser Superman*. Y, como Superman, mostrarse siempre listos, sin mostrar las molestas debilidades humanas. Tenían que ser la cara del éxito garantizado. Así terminaron dejando su autoestima adherida al deslumbrante y frágil poderío del dinero. Y se hicieron añicos ellos, sus empresas, sus carreras y sus familias cuando fallaban en esa misión.

Por eso decimos que las mujeres bregan por la independencia económica y los hombres van en busca de sociedades que los contengan.

Así como las mujeres de esta generación quieren tener voz y voto en términos económicos, los hombres buscan compartir responsabilidades. El objetivo es en pos de una sociedad más sana, aunque no siempre se logra.

Quieren ser independientes, pero ¿son verdaderamente autónomas o esa independencia existe sólo en la superficie?

El libro *Lost in Transition: the dark side of emerging adulthood*, dedicado a investigar las dificultades a las que se enfrentan los jóvenes en la actualidad así como las causas y consecuencias, tanto a nivel individual como para la sociedad en su conjunto, escrito por el experto Christian Smith, señala algunas de las contradicciones en las que cae esta generación de independientes y resalta como el dilema más importante el temor de «comprometerse en proyectos de vida a largo plazo» de esta generación.

El ideal al que aspiran los jóvenes del milenio puede hacer agua debido a la falta de confianza en su capacidad para establecer compromisos y relaciones duraderas. En lo que respecta al dinero esto puede tener consecuencias no siempre deseables. Una de las características de esta generación *es la dificultad de anticiparse a los cambios que van a venir. El ideal de vivir el hoy los deja muchas veces sin posibilidades de afrontar el mañana.*

Un lugar donde se visualiza este dilema claramente es en relación a los proyectos personales que quedan en el tintero porque en el modelo de vivir el hoy, estos jóvenes postergan todos los esfuerzos que puedan aparecer para enfrentarlos el día de mañana.

Gabriela, cuya historia contamos al inicio de este capítulo, nos explicó cuando la entrevistábamos que podría ampliar su negocio y para eso necesitaría una pequeña inversión, pero todavía no ha juntado esos fondos. Sin embargo, la misma joven independiente se va todos los años de viaje al exterior porque prefiere «invertir en experiencias». Lo cierto es que esa lógica de invertir en «experiencias» la aleja de la verdadera opción de ser autónoma.

Carlos, el otro joven que nos relató su historia, también atraviesa una situación similar con la organización de su empresa propia y termina evaluando nuevos negocios en los que pretende invertir o que podrían aumentar sus ganancias, pero no se detiene nunca a mejorar la organización y la eficiencia de la empresa que ya administra. Mira el día a día de hoy y posterga el trabajo de fondo que le permitiría crecer de manera más ordenada y eficiente en el futuro.

Mientras que expresan: «No me interesa planificar el futuro», aseveración ligada al *carpe diem*, en realidad lo que quisieran decir es: «Tengo miedo de asumir un compromiso a mediano y largo plazo».

Los jóvenes independientes esconden el miedo al fracaso en su decisión de vivir el hoy.

Se comportan como si el futuro fuera algo sumamente lejano que no va a llegar nunca y se quejan por la falta de oportunidades para sus proyectos. Eligen como representante de sus imposibilidades de proyectarse a sus familias, al contexto macroeconómico del país o del mundo. Y pocas veces asumen que no dedicaron ni tiempo ni esfuerzo a conseguir el objetivo buscado porque estaban ocupados viviendo el hoy.

Sin embargo, como todos sabemos, el futuro está a la vuelta de la esquina. No nos referimos necesariamente a la vejez, sino a los objetivos y deseos que de manera inevitable van apareciendo a lo largo de la vida. Quienes no ahorran y deciden «vivir al día», ejercen su libertad, pero deben saber que eso expresa muchos temores internos y que podría ser la causa de muchas limitaciones y ataduras futuras. Quienes no quieren dejar de vivir el hoy se exponen a estar desperdiciando la posibilidad de alcanzar lo que quieren verdaderamente mañana.

En la encuesta que realizamos para escribir este libro, el 100% de los jóvenes independientes, menores de 30 años, consideró que tenía las herramientas suficientes para lograr los objetivos económicos que se fijaba como metas en la vida y pusieron hincapié en la formación profesional y las habilidades personales que tenían para lograrlos.

Además, el 80% de los jóvenes consultados tiene en consideración poner en marcha un emprendimiento. Se sienten capacitados para hacerlo profesionalmente, aunque encuentran dos barreras: la inexperiencia es una limitación para el 40% de los casos y el 40% no tiene fondos suficientes para hacerlo.

El 60% de este grupo señaló entre los tres objetivos para los cuales era necesario el dinero, el ocio o cosas relacionadas al ocio, como viajar o el placer.

Quieren independizarse, poner en marcha un emprendimiento, dicen estar capacitados para eso pero... no tienen fondos suficientes. Son los mismos que se fueron de viaje o se compraron regalos con sus primeros ingresos y que ponen como uno de los tres destinos de su dinero el ocio. Estos jóvenes son independientes pero no siempre logran ser autónomos. Ese modelo de vivir el hoy sin pensar en el día de mañana es en muchos casos la trampa de su autonomía.

El 50% cree que las barreras pueden llegar a aparecer en el contexto, en la economía nacional más específicamente. Todos atravesaron como hijos la crisis del 2001 y es el momento de quiebre de la economía que más presente tienen, nunca ven limitaciones personales. Dicen que no quieren ocupar el lugar de Superman que ocuparon sus padres, pero en su gran mayoría se presentan como si lo fueran. ¿Si no toman ninguna previsión para el futuro es porque creen que todo lo pueden?

La búsqueda de la independencia se hace presente al ver el destino de los primeros ingresos. El 30% reconoce que con sus primeros salarios se fue a vivir solo, pero el 60% de las respuestas se dividió en tres grupos iguales que gastaron el dinero de sus trabajos en cosas que querían hace tiempo, compraron regalos o se fueron de viaje.

El 67% de los jóvenes encuestados proviene de hogares donde padres y madres trabajaron a la par. No son hogares con el hombre como el proveedor tradicional desde los números, aunque arrastraron las exigencias culturales de cada rol. De hecho, el 30% de los casos señaló a los padres como los referentes a los que no se querría parecer en materia financiera.

El 86% asegura que no le incomodaría o le daría igual si la pareja ganara más que él o ella; y el 71% dice que aunque el otro ganara más, compartiría la administración del dinero.

¿Pero qué pasa entre el dicho y el hecho? En la práctica, los que están en pareja dentro de los consultados, en la mayoría de los casos explica que administran el dinero de manera individual y reparten los gastos obligatorios en partes iguales. Nada de romanticismo antiguo, si vamos a comer afuera, cada uno paga su parte es el lema de estos jóvenes. Si alquilan un departamento para vivir juntos, cada uno paga la mitad del alquiler y los gastos fijos, y es libre de hacer con lo que le sobra lo que le plazca.

Pero así, si los ingresos de los dos integrantes de la pareja no fueran parejos, uno podría tomarse unas vacaciones de lujo y el otro pasar un verano en ese mismo departamento que alquilan, tomando sol en el balcón. ¿Cuánto funcionaría una pareja así? La respuesta es simple: sólo mientras que los ingresos de los dos fueran parejos, si uno de los dos despega económicamente del otro o uno de los dos queda desempleado y sin ingresos temporariamente, el conflicto aparecería en cuestión de días.

El 43% de los encuestados asegura que opta por este modelo donde los gastos obligatorios se pagan mitad y mitad y cada uno administra libremente lo que le sobra sin rendir cuentas a la pareja. Sin embargo, en la misma encuesta uno de los datos más llamativos que encontramos entre las respuestas de este grupo de jóvenes es que el 80% respondió:

«A veces» o «siempre» el dinero es un instrumento de poder en la relación.

El dinero finalmente no es neutral. Según Richard Emerson, el poder de una persona reside en su relación de dependencia con otra; si dos personas no son dependientes en la misma medida, la menos dependiente tiene una ventaja de poder sobre la más dependiente.

Este tema lo seguiremos viendo a lo largo de los próximos capítulos en los que se evalúa la relación de hombres y mujeres en distintos momentos de la pareja o de la ruptura de la misma. Sin embargo, un punto a señalar en este capítulo es que si bien este grupo sigue considerando que el dinero ejerce poder, las mujeres que lo conforman están dispuestas a ejercerlo. La historia de Gabriela lo demuestra. Ella gana su dinero, tiene su

propia casa y no acepta que su pareja tome decisiones sobre lo que son sus bienes. Ella tiene voz y voto.

Hasta ahora la idea de que el dinero asignaba poder era un sinónimo de que el hombre tenía poder por ser el proveedor o el controlador del dinero que ingresaba al hogar.

Para esta generación el dinero ejerce poder, pero el que detenta ese rol puede pertenecer a cualquiera de los dos géneros.

Esta es la principal novedad de este grupo, y la historia de Gabriela es un reflejo de ese nuevo formato, que no duda en demostrar que de sus finanzas se encarga ella y aclara que no pondría en juego su dinero por el proyecto de su pareja.

Independencia y autonomía. Parecidos y diferencias

La independencia económica es condición necesaria pero no suficiente para ser autónomo económicamente y muchas veces esta generación cae en esa trampa.

Ser económicamente independiente es poder sostener la vida con el dinero que acumulamos o generar los ingresos necesarios a través del trabajo.

Sin embargo:

Ser económicamente autónomo es poder disponer del dinero según el criterio propio; sentirse con el total derecho a poseerlo y por lo tanto administrarlo o gastarlo sin ningún tipo de culpas o limitaciones.

Alguien que tiene un trabajo es independiente, pero si no tiene fondos para poder afrontar unos meses sin empleo para renunciar y poner en marcha un proyecto propio, no es verdaderamente autónomo. Puede ser independiente de su pareja o de sus padres, porque tiene ingresos propios, pero es absolutamente dependiente de ese empleo que posee.

Si el sueldo que gana, sea mujer u hombre, lo gasta por completo, en vivir día a día, alquilar un departamento y mantener un pequeño auto, la posibilidad de dejar ese trabajo

porque no le gusta y probar con su emprendimiento propio o tomarse unos meses para poder dar unas materias que quedaban pendientes en la facultad, será imposible porque no hay fondos de emergencia que le permitan afrontar ese escenario. Aunque no es un tema de dinero, es un tema de cómo administrarlo, porque con el gasto del auto y compartiendo el alquiler de la vivienda, probablemente el fondo estaría ahí, disponible para que se manejara de manera autónoma.

Como vemos, tener «autonomía económica» debe interpretarse como poder contar con la «discreción» y la «capacidad» de tomar decisiones económicas sobre las cuales los otros pueden o no estar de acuerdo.

Conseguir independencia financiera entonces es mucho más simple que conseguir ser realmente autónomo.

Ser autónomo exige voluntad de cambio. El ser autónomo es un verdadero valor y debe considerarse como tal, así como consideramos otros valores, como conseguir un buen trabajo, formar una familia, educarnos y, fundamentalmente, elevarnos como personas.

Para tener en cuenta, seas hombre o mujer, hay que saber que la autonomía empieza a decrecer o perderse a medida que los caminos y las decisiones que tomamos se van pareciendo cada vez más a la opinión de aquellos otros que tienen la posibilidad de impedirnos tomar una decisión.

¿Quiénes o qué nos limita? El contexto social y las normas imperantes, siempre. Para los jóvenes puede ser que no sea obligatorio seguir el mandato de comprar un auto o una casa, que eran los condicionantes de generaciones anteriores, pero están presos muchas veces de tener el último equipo tecnológico, hacer un viaje lo más exótico posible o comprar ropa con la mayor cantidad de etiquetas de moda que se pueda ostentar.

Los independientes a los que describimos en este capítulo están concentrados en vivir el hoy, y eso les quita autonomía. Cuando nos cuentan que viajan cada dos años de mochileros a Europa o Asia pero no tienen el capital para financiar la puesta en marcha de un negocio personal o iniciar una inversión financiera vemos que están corriendo el riesgo de perder, por sus propias decisiones, esa independencia de la que hoy hacen una bandera.

Algunas ideas para pensar la diferencia entre independencia y autonomía:

- Autonomía. Se debe ver como un debate entre lo que significa seguir las reglas establecidas y actuar con discrecionalidad.
- Reglas establecidas. El individuo toma decisiones bajo un marco preestablecido del que no se puede salir.
- Discrecionalidad. El individuo intenta tomar las decisiones que considera mejores con toda la información de la que dispone.

Quien toma la decisión de ser autónomo, muchas veces elegirá un camino largo y dificultoso en el que se opone a las reglas establecidas, pero es quien adquiere más poder y, en definitiva, el que tiene mayores chances de triunfar.

Para los más jóvenes, tener un celular de un modelo viejo y no cambiarlo todos los años es una decisión difícil de asumir cuando eso es lo que hace todo su entorno. Lo mismo sucederá cuando sean un poco más grandes y sientan la presión social de cambiar el automóvil de dos años por un nuevo cero kilómetro, aunque el usado no está amortizado, cumple su función de medio de transporte y es casi nuevo. Pero a los que tomen el camino más largo, cuando ese ahorro les permita tomar decisiones autónomas, la recompensa que obtendrán será muy alta, porque:

Nada es más valioso que la verdadera independencia: la autonomía.

De hecho en la vida laboral se verifica que quienes detentan un mayor grado de autonomía son aquellos que se destacan. En el caso de trabajar en una empresa, son los que acceden a las posiciones de liderazgo y así se despegan de lo que los analistas Arnoud Boot y Anjan Thakorhan definen como los «yes men». O sea, hombres y mujeres que siempre dicen que sí a las indicaciones o decisiones que toman sus superiores. Los que dicen a todo que sí, no se oponen a nada, evitan discusiones, pero también se pierden la oportunidad de mostrar su punto de vista, y hasta de saber que tienen un punto de vista. No discuten, pero tampoco muestran su potencial, y es difícil entonces destacarse.

En el caso de los trabajadores independientes y los emprendedores ocurre algo similar. Mientras que se describen como personas que quieren ser innovadoras y liderar en lo que hacen, desafiando las reglas establecidas de los negocios, van paso a paso repitiendo el modelo que le resultó exitoso a otro en su familia, en su grupo de amigos, entre sus referentes, y se autolimitan en su posibilidad de crecer intentando repetir la receta de otros sin probar una adaptación propia de la misma.

Entonces, los jóvenes de hoy ¿quieren ser independientes? ¿se imaginan como «líderes autónomos» o «emprendedores innovadores»? ¿Toman decisiones cotidianamente en función de potenciar su autonomía o actúan como «yes men» ante la presión de la organización en la que trabajan, la familia o los amigos?

Hay contradicciones entre lo que dicen que quieren, y lo que hacen en pos de alcanzar esos objetivos que enuncian. Si bien el dilema es el mismo para mujeres y hombres, las trampas para perder la autonomía son diferentes para unos y otros.

¿Cuáles son las amenazas de las que tiene que

cuidarse cada género con más frecuencia?

AMENAZAS PARA LA AUTONOMÍA GUARDADAS DENTRO DE LA CARTERA

• *Premios que son castigos.* Las mujeres disfrutan de comprar y consumir más que los hombres. No necesariamente compran para ellas mismas, muchas veces lo hacen para los demás (en muchos casos influidas por su educación a poner en primer plano las necesidades familiares por sobre las propias), pero la dificultad para lograr una disciplina de ahorro es muy alta en las mujeres. No decimos que no haya mujeres organizadas con una economía ordenada, pero en general se tiente más. El mundo de las promociones, las ofertas y el 2x1 está pensado para ellas. Así, es común ver cómo las jóvenes que se declaman independientes porque ingresan a su primer empleo y se mudan de la casa paterna a vivir solas priorizan las «necesidades» de decoración del nuevo hogar a tener un fondo de emergencia. Sin dinero para poder afrontar dos o tres meses sin cobrar el salario la autonomía entra en terapia intensiva, y la declamada independencia no es más que una dependencia encubierta del trabajo en el que nos ocupamos.

• *Una licencia de la autonomía.* Un enorme desafío para las mujeres, y para las que se declaran independientes especialmente, es la llegada de los hijos. Si bien es un tema que abordaremos más adelante, nos parece importante citar en este punteo que una de las grandes amenazas para las mujeres sigue siendo en este siglo la renuncia a la carrera laboral para criar a los hijos. Claro que es una experiencia impagable, y no se nos pasa por la cabeza negarla o combatirla, pero sí creemos que hay que diferenciar el renunciar a un empleo o cambiar un trabajo full time por uno part time a perder la voz y el voto en los temas financieros del hogar.

No ir a trabajar no significa que la mujer no esté ocupando un rol valioso en el hogar, y no le quita autoridad en la toma de decisiones vinculadas al dinero.

Pero las mismas mujeres desvalorizan el espacio que ocupan.

Caer en la tentación de trasladar responsabilidades a la pareja es un camino seguro a la pérdida de autonomía con la que chocan de frente las mujeres si una crisis termina en separación.

¿Cuánto dinero teníamos y cuánto me corresponde?

¿Cómo voy a sostener mi nivel de vida?

¿Cómo me reinserto en el mercado del trabajo?

Y lo que es peor aún,

¿cuántas mujeres continúan con una pareja sólo por el temor a tener que salir a buscar respuestas a todas esas preguntas?

• *Pareja y sociedad.* Muchas veces las mujeres que logran llevar adelante un emprendimiento con éxito consiguen el control económico y financiero de una empresa propia... y fabulosa, «hecha con sus propias manos». Sin embargo, si en el camino de esa construcción aparece el desempleo o alguna limitación al crecimiento profesional de su pareja, la decisión que luce como más acertada es la de incorporarla al negocio. ¿Qué sucede? A medida que el hombre se incorpora, la mujer empieza a delegar —mayoritariamente— las cuestiones económicas de la empresa en él y se concentra en las cuestiones internas del negocio, como las áreas de producción, logística, recursos humanos. Y finalmente es el hombre el que se conecta con el dinero y la provisión del mismo, y la mujer queda atada a las cuestiones «domésticas» de la empresa. Termina pidiendo permiso para gastar las utilidades de su empresa, reinvertirlas o hacer lo que le parezca mejor. Confundir pareja con sociedad es mal negocio.

AMENAZAS PARA LA AUTONOMÍA QUE ENCIERRA LA BILLETERA

• *Soy lo que tengo.* La misma satisfacción que sienten las mujeres con las pequeñas compras, los hombres la canalizan en la tecnología y el auto. La presión social para que los hombres manejen y tengan el auto propio no se ha visto afectada por otros cambios culturales. Así, los que consiguen ahorrar sus primeros pesos, en lugar de destinarlos a formar un fondo de contingencia y a comenzar a invertir para tener un segundo ingreso, van corriendo a comprar el primer auto. La familia, la pareja y los amigos celebran cuando el caballero en cuestión cruza la puerta de casa haciendo sonar el llavero a modo de trofeo. Y nadie percibe las obligaciones que traerá aparejado el vehículo, que consumirá capacidad de ahorro, los dejará sin respaldo para posibles contingencias y restará autonomía a quienes la tenían, porque ahora la dependencia del salario es mayor.

• *Emprender sin ahorrar.* Los hombres y especialmente los jóvenes tienen en carpeta la idea del negocio propio. Hablamos de los valores que los mueven a imitar a los emprendedores exitosos mucho más que a los directores ejecutivos de una multinacional. Sin embargo, cuando le preguntamos en una encuesta que realizamos para preparar este libro, el 80% respondió que le gustaría tener una empresa propia, pero agregó que encontraban la mayor dificultad en conseguir financiamiento para lograrlo. Es cierto, los bancos no son cosa sencilla para los emprendedores y algunas industrias requieren un nivel de inversión imposible de sostener con el ahorro personal. Pero también es cierto que los pocos fondos necesarios para poner un negocio podrían salir del esfuerzo en ahorrar de un joven. Más del 60% de los que dicen que no tienen dinero para financiar su emprendimiento confiesan que con sus primeros sueldos se fueron de viaje o se compraron «regalos» innecesarios.

La autonomía de hacer lo que quiere queda perdida detrás de la falsa independencia de un empleo relativamente seguro y un coche nuevo.

• *Socio sí, Superman no.* Una falsa idea de autonomía para los hombres hace pensar que no deben pedir ayuda, no deben demostrar debilidad ni exhibir sus puntos débiles. Entender que en la pareja, en los amigos o en los colegas se puede encontrar apoyo es una tarea titánica, especialmente para las generaciones mayores. Sin embargo, nadie es menos libre que quien no sabe delegar.

Buscar una sociedad, incluso en la pareja, para llevar adelante los proyectos que tenga no significa perder autonomía.

Justamente es un valor agregado que les permitirá concentrarse en tomar las decisiones para las que están más capacitados y pedir ayuda o apoyo en aquellas áreas en las que siente que necesita mayor profesionalismo del que puede aportar. Cuanto menos depende una empresa de su creador, más autonomía tendrán los dos.

FORMAR UNA PAREJA. HÁBITOS Y COSTUMBRES QUE CADA UNO TIENE CON EL MANEJO DEL DINERO ENTRAN EN CRISIS CUANDO DEBEN MEZCLARSE CON LOS DEL OTRO. LAS CRISIS DE QUIENES GASTAN DISTINTO, LAS CRISIS DE QUIENES TIENEN DIFERENTES INGRESOS. LAS MEJORES MANERAS DE AMALGAMAR LAS DISTINTAS CULTURAS FINANCIERAS.

Juntos ¿y a la par?

Los integrantes de la Generación Y ya no son gente tan chica, ni tan joven. De hecho algunos pisan los 30 y aunque muchos eligen ser adolescentes eternos que prolongan la vida junto a sus padres, también están los que «sientan cabeza» y forman pareja y hasta se casan. Porque la gente todavía se casa, no todo ha cambiado tanto bajo el sol. Es cierto, se relacionan distinto que las generaciones anteriores con el mundo del trabajo y del dinero, ¿pero tan distinto a como lo hicieron sus padres?

¿Cómo conviven mujeres independientes con el día a día de lidiar con la casa, los hijos y el trabajo? ¿Cómo hacen para que la rutina no se lleve puesta su independencia?

¿Qué sucede con los hombres jóvenes que no quieren que todas las responsabilidades recaigan sobre sus hombros? ¿Cuánta tolerancia tiene un hombre de esta generación a que su pareja aporte más dinero que él? ¿En qué cosas terminan repitiendo el modelo de sus padres y de cuáles logran huir con más facilidad y menos culpa?

La entrevista que mantuvimos con Soledad y Federico revela algunos de estos interrogantes. Y sobre todo muestra que buena parte de lo que construye o busca interpretar esta generación tiene que ver más con las referencias negativas que no quieren repetir que con los ejemplos positivos que se quieren emular.

Cuando la conocí a Soledad y la invité a salir, para mí era una manera importante de agasajarla el correr con los gastos de esa cena. Pero a medida que nos conocimos y se fue generando confianza entre nosotros, acepté que ella pagara la mitad de la cuenta —dice Federico, casado desde hace tres años con Soledad. Era lógico para mí que pagáramos a medias. Los dos teníamos nuestros primeros trabajos y yo sabía que era desproporcionado para lo que él ganaba enfrentar la cuenta. ¡O íbamos a terminar saliendo menos, y a mí me gustaba mucho esa salida como para correr ese riesgo! —se ríe la mujer de Federico.

Los jóvenes que se casaron al cumplir 30 son el modelo de pareja moderna en el que el crecimiento económico se da a la par, remando de a dos y aportando a los gastos del hogar tanto el hombre como la mujer. En estas parejas, ambos ganan lo mismo o alguno de los dos un poco menos que el otro, pero lo importante es que independientemente de cuánto aporta cada uno, no se puede prescindir de ninguno de los sueldos, por lo cual son coproveedores. Esta generación comparte los valores de los independientes que describimos en el capítulo 1, aunque se enfrentan al desafío de no terminar repitiendo el modelo de sus padres, presos del concepto en el que para los hombres era obligatorio ser proveedores y las mujeres tenían que limitar su espacio de influencia al hogar y a los temas cotidianos, pero nunca a los estratégicos.

Para sus padres el dinero estaba asociado al poder, ¿pero qué significa el dinero para ellos? ¿Cuán firme es y cuánto se sostiene en el tiempo la pregonada independencia de las mujeres de esta generación? ¿Cuán autónomas son realmente?

Nos cuenta Federico:

Es cierto que si ahora lo repasamos, la forma en la que fuimos administrando el dinero es una manera de ver cómo fue aumentando nuestro compromiso. Empezamos a pagar las salidas a medias cuando nos dimos cuenta que nos gustábamos. Esa conducta fue una manera de formalizar. Incluso Soledad ahora me dice que hasta que yo no acepté que pagara parte de las salidas, ella no estaba dispuesta a presentarme a sus padres; porque compartir las cuentas era una manera de mostrar compromiso entre nosotros. Aunque yo creo que exagera ¿o si yo pagaba siempre, hoy no estaríamos casados?

El primer compromiso económico real que tuvimos juntos fue cuando proyectamos hacer un viaje y nos pusimos a ahorrar un monto determinado cada uno para llegar a ese objetivo. El siguiente paso en la relación fue la convivencia, y también tuvo un correlato económico, porque empezamos a poner plata en un pozo común con el que enfrentábamos todos los gastos de la casa, las obligaciones... lo que sobraba cada uno se lo gastaba en lo que quería, sin rendirle cuentas al otro. Ahora, en realidad desde unos meses antes de casarnos, cambiamos nuevamente el formato y tenemos un único fondo al que van los dos sueldos, con el que se pagan los gastos. Se organiza lo que se puede ahorrar y se pagan los extras que tenemos cada uno.

Todo bien con el formato, como dicen ellos mismos, pero cada uno tiene que digerir el trago de ser tan democrático de consultarse todo.

Me molesta muchísimo pedir permiso o avisar que voy a gastar en algo para mi, me siento muy incómodo — reconoce Federico.

En cambio Soledad dice:

Puede ser que a veces me incomode un poco, me dé algo de culpa, cuando gasto en darme algún gusto sin avisarle antes a Fede, pero prefiero pasar por esa situación molesta antes que meter la pata y empezar a esconder cosas... Yo quiero que nuestra relación con el dinero sea sincera. En mi casa mi mamá gastaba y mi papá hacía como que todo estaba siempre bien, y cuando le fue mal en los negocios y cayó en la quiebra recién ahí mi mamá se enteró de cuál era la situación económica de la familia. Ojo que no es sólo un formato de mi madre, eh! También tengo amigas que hacen gastos a escondidas de sus parejas y siempre argumentan que a ellos les va bien, pero yo me pregunto si les irá bien de verdad o será lo que les están contando... Yo prefiero que las cosas sean claras.

Soledad es profesional, trabaja de manera independiente, y tiene una discusión recurrente con su madre que le aconseja esconder un dinero para ella, sin que se entere Federico, para garantizarse cierta independencia. Cuenta Soledad:

Mi mamá separó su plata para comprarse cosas o hacernos algún regalito a mis hermanas y a mí sin pedirle permiso a mi padre o sin pasar por la discusión de si algo que a ella le gustaba era caro o barato, pero también tengo que reconocer que esos pesos que ella se separaba fueron los que nos sacaron más de una vez de un apuro cuando papá quebró. Lo que yo no logro que ella entienda es que yo no necesito esconder nada. Yo tengo mi trabajo. No me va a pasar nunca lo que le pasó a ella porque cuento con una profesión, un empleo y mis propios ingresos —dice y se convence a sí misma Soledad.

«A mí no me va a pasar» es algo así como un mantra para ella.

«Sin embargo, nunca querés hacerte cargo de las cuentas», le reprocha Federico en medio de la charla y dispara un nuevo tema.

Es que el dilema de Federico y Soledad es el mismo de miles de parejas jóvenes formadas por personas independientes, que aparentan tener grandes diferencias con el rol que mujeres y hombres ocupaban en la generación de sus padres, pero en la práctica tienden muchas veces a repetir el modelo.

Al dividir responsabilidades y tareas, Soledad se encarga de todo lo relacionado con la casa en esta pareja de jóvenes que se muestran tan modernos. Hace las compras, define qué se come cada día, y organiza todo lo que tiene que encargarle a la empleada doméstica que les ayuda con el mantenimiento del departamento en el que viven en Buenos Aires. Federico, por su parte, administra el dinero, paga las cuentas, negocia con los proveedores de servicios y define qué destino se le da a los ahorros. Sí, qué se hace con la plata es cuestión del caballero.

Si bien en el matrimonio de estos jóvenes hay un ideal de igualdad, Soledad y Federico, como tantos otros en su generación de treintaños, chocan con la dificultad para llevarlo a la práctica. ¿Que ella se encargue de la agenda del hogar y él del dinero «grande» no significa que repiten el modelo tradicional?

Termina defendiéndose Soledad:

Fede se enoja porque yo no quiero hacerme cargo de las cuentas. Él es más organizado y metódico para llevar eso. Pero es cierto que en más de una oportunidad estoy por hacer un gasto y no sé si la tarjeta de crédito tiene límite disponible, cierra ese día o al siguiente, o si hay alguna prioridad que afrontar en esos días y no la tengo en cuenta... ¿Te parece que me termino pareciendo a mi mamá por eso? No, ni loca. Mi mamá era dependiente, yo no, porque yo tengo mis propios ingresos, mi profesión, e intervengo en todas las discusiones de fondo que tienen que ver con el dinero.

El problema es que Federico no está del todo cómodo con las responsabilidades que pesan sobre sus espaldas. No quiere ser Superman, como los hombres independientes que describimos en el capítulo 3. Le gusta discutir con su pareja sobre dinero y quiere que Soledad asuma más responsabilidades. Suelta Federico:

Mi mamá se tuvo que hacer cargo de la empresa familiar cuando falleció mi padre, como consecuencia de un

grave problema de salud y casi que no sabía dónde quedaba la oficina. Ella era la reina adentro de casa, pero no tenía idea de qué pasaba con el dinero antes de que pasara por la puerta de entrada y fue muy traumático cuando tuvo que hacerle frente a eso, en medio del dilema que ya teníamos con papá enfermo. Sole tiene que aprender a manejar las cosas de las que hoy me encargo yo porque yo no voy a estar siempre.

Como los jóvenes antihéroes, Federico no quiere cargar con la responsabilidad completa del éxito o el fracaso económico de su familia. Y en esa búsqueda de no ser Superman también pide independencia.

Todos somos producto de nuestra historia

Las desavenencias entre Soledad y Federico en lo que concierne al dinero son consecuencia de tener que amalgamar dos culturas diferentes. Pero como para la mayoría de las personas el dinero no tiene un valor en sí mismo, sino que es un medio para cumplir objetivos y sueños en la vida. El dinero actúa como un «símbolo» de otras cosas llamadas amor, seguridad, éxito, poder, control, autonomía, independencia, son algunos de los nombres alternativos que solemos darle.

Entonces, si el dinero es una representación de otra cosa, no necesitamos ponernos de acuerdo ni discutir tanto sobre el dinero, son los objetivos que queremos lograr con él o los límites que él nos impone o las oportunidades que nos da sobre los que debemos consensuar en realidad.

Es que como individuos somos producto de nuestra historia. Una historia que nos ha marcado, nos ha moldeado y conformado nuestra identidad. En el camino, probablemente la mayor influencia sobre nosotros la ejercen nuestros padres. Pero no todo es responsabilidad de ellos, también nos vemos influidos por nuestros abuelos, hermanos, vecinos, cuidadores, amigos de nuestros padres y también padres de nuestros amigos. En nuestro cerebro se van grabando sus consejos, sus estados de ánimo, sus risas y llantos, pero lo que nos interesa rescatar en este libro no son las cuestiones estáticas que grabamos, si no las interacciones que tenemos con ellos. Pueden ser positivas o negativas para nosotros, constituyen nuestra historia, se van grabando en el proceso cerebral que llamamos «memoria biográfica» y que recreamos y reinventamos porque la memoria más que a un almacén se parece a una planta de reciclaje. Estas grabaciones son lo que en la psicología se llama «imago», que proviene del latín «image».

Las impresiones e interacciones sobre cuestiones generales se van grabando en nuestro inconsciente, van moldeando nuestro imago, y también aquellas que están

relacionadas con el dinero, que dan lugar a lo que llamaremos en estas páginas «imago dinerario».

La forma en que el círculo de personas que nos rodea se comporta respecto del dinero determina la relación que tendremos nosotros con el dinero. Es inevitable que en nuestra vida como adultos nuestra relación con el dinero esté marcada por las satisfacciones que vivimos, que vimos en los que nos rodearon en nuestro pasado, y también por las heridas que sufrimos y los golpes que le vimos a los que conformaban nuestro entorno en relación al dinero.

Como consecuencia del «imago dinerario», algunas personas terminan imitando a sus padres en su relación con el dinero mientras que otros terminan haciendo lo contrario.

La entrevista que realizamos con Agustín es un valioso ejemplo en este punto.

El padre de este joven tenía un negocio de venta minorista de ropa heredado de su abuelo, pero también contaba con una división mayorista del mismo rubro, que le permitió amasar una gran fortuna. Sin embargo, su imago dinerario está marcado por una infancia en la que pasó momentos de mucha inestabilidad debido a que, además de un gran hombre de negocios, su padre era un apasionado de las carreras de caballos y un fuerte apostador, al que la fortuna nunca le era suficiente y en cada carrera era puesta en riesgo.

Agustín logró expandir el negocio familiar con éxito, sin embargo no se conforma con eso y siempre apuesta a crecer un poco más. Eso que podría ser una virtud, en su caso no es más que una manera de cargar con su herencia. Al estar invirtiendo todo el tiempo en nuevos negocios, que necesitan cumplir un ciclo para —en caso de no fracasar— dar ganancias, lo que hace Agustín es no lograr nunca consolidar su futuro económico y vuelve su fortuna inestable por las ganancias o pérdidas importantes que generan los nuevos frentes. Aunque lo sufrió como hijo, hoy Agustín repite la relación con el dinero que tenía su padre.

En el caso de Soledad, que se ha jurado a sí misma que no va a hacer como su madre, que le ocultaba a su marido las cosas que gastaba para comprarle a ella y a sus hermanos, también hay una actitud ligada al impacto emocional que tuvo en ella la historia de su madre. Sus decisiones son producto de lo que vio en ella.

A la influencia familiar en relación con el dinero, habría que sumarle la propia experiencia que cada uno de nosotros tuvo de niño y ha quedado en nuestra memoria, y que también influirá nuestra personalidad respecto del dinero.

Marcela nos contó la historia de su mamá, que es la del medio de dos hermanas. Cuando eran chicas sus padres llevaron de vacaciones a sus otras dos hijas y dejaron a ella al cuidado de su abuela. La razón era que el dinero no alcanzaba para todos y dado que su hermana menor era muy chica para dejarla y la mayor estaba pasando por un mal momento, la madre decidió que la que se podía quedar era ella. La madre de Marcela pasó llorando todas las vacaciones y se juró a sí misma que nunca más en su vida iba a sufrir privaciones. Y su hija asegura que lo que se juró a sí misma a los diez años la marcó toda la vida.

Mamá siempre guardó, cuando había mucho y cuando había lo justo, pero siempre tenía ahorros que aseguraban las vacaciones, la compra de un vestido nuevo para una fiesta importante. Y no era avara por eso, muchas veces sus ahorros estaban destinados a hacerle un regalo a alguien que quería mucho. Nosotros, sus hijos, hemos sido grandes beneficiados de esa política de mamá que nos llenó de todo lo que necesitaríamos, pero sin duda cuando repaso su forma de vivir creo que la suspensión de aquellas vacaciones definieron su relación con el dinero para siempre —cuenta Marcela.

Todos tenemos en claro, vemos en la superficie de nuestras conductas, algunas reacciones que tenemos en relación con el dinero que tienen que ver con historias de nuestro pasado. ¿Por qué no pensar en las que están un poco más profundamente guardadas?

Algunas preguntas para ayudarte a hacer ese ejercicio: ¿faltaba o abundaba dinero en tu infancia? ¿Tus padres eran los más ajustados o los más holgados de su grupo de amigos? ¿Aquel juguete o esas zapatillas que tanto quisiste y nunca te compraron hoy marcan alguna de tus actitudes en relación al dinero? ¿Cómo resuenan en tu vida cotidiana hoy las palabras de tu madre diciéndote que había que cuidarse de la gente que se te acercara sólo por interés? ¿Ese vecino que siempre tenía un auto más grande o pagaba unas vacaciones más caras que las que podía disfrutar tu familia es alguien a quien querés imitar más que a tus padres hoy?

Pensar de dónde vienen nuestras actitudes con el dinero de hoy puede ayudarnos a relacionarnos de una manera más consciente y más libre con él.

¿Qué tipo de personalidad financiera tengo?

Hemos visto que la relación que cada uno de nosotros tiene con el dinero sigue pautas más «emocionales» que simplemente lógicas y racionales. Porque dicha relación está influida por nuestra historia, pero también por hábitos, actitudes, valores que tenemos incorporados y por las emociones que el dinero nos produce.

La mayoría de los libros de finanzas personales tienden a dividir a las personas en «gastadoras y ahorradoras». Y si bien esa división tiene parte de verdad, es una división simplista y superficial, que no contempla los matices que tiene el ser humano. Para nosotros, ahorradores y gastadores conviven en un mismo ser, y vamos a demostrártelo en las próximas páginas.

Por ejemplo, una persona que es considerada ahorradora ¿siempre y en cualquier situación actúa con las características de un ahorrador? ¿Qué pasa cuando le compra una ropa o le hace un regalo a sus hijos, o a sus sobrinos que no estaba considerado en el presupuesto del mes?

Otra clásica ventana que podemos encontrar en la vida de los ahorradores es que cuando están de vacaciones gastan en ropa o hacen salidas costosas, cuando durante el

resto del año les cuesta comprarse ropa porque son extremadamente gasoleros en cada salida fuera del hogar.

¿Es que todo ahorrador tiene su punto débil? En realidad, en determinadas situaciones y momentos, hasta el más organizado y controlado con sus gastos necesita relajar un poco el control y sentir que el esfuerzo que hace le vuelve en determinadas satisfacciones o premios.

Lo mismo puede pasar con alguien definido como gastador. El mismo caballero que se compra un vehículo de lujo cero kilómetro cada año hace todos los domingos 45 minutos de cola en la estación de servicio donde le hacen un 5% de descuento al cargar el tanque. El ahorro al que se somete es insignificante y probablemente improductivo, pero también el gastador necesita sentir que en algún momento hace un sacrificio — aunque no sea ni por asomo proporcional esa compensación— que le permite darse el resto de los gustos.

Y no sólo eso, en muchos casos tenemos una determinada personalidad financiera estando solos y otra cuando entablamos una relación de pareja. Nos comportamos de una manera en la casa con nuestra familia y de otra en el trabajo. Cada personalidad tiene sus ventajas y sus desventajas y normalmente nadie encaja sólo en una categoría, sino que es una combinación de ambas o varias.

Algo más que estudiado y demostrado es que los hombres son más proclives a ser «tomadores de riesgo» mientras que las mujeres son más «esquivadoras del riesgo», especialmente en lo que se refiere a inversiones.

Los parecidos también se atraen, pero no por eso están exentos de problemas

Mientras que algunas investigaciones tienden a adherir a la teoría de que los opuestos se atraen (para potenciar expectativas o para llenar los vacíos de la infancia), otros sostienen que se juntan aquellas personas que comparten rasgos comunes.

En aquellos casos en que los opuestos se atraen, los conflictos respecto del manejo del dinero exigen de ambos miembros un compromiso para ponerse de acuerdo sobre su gasto y ahorro y no llegar a situaciones de infidelidad financiera, como veremos más adelante.

Existen distintas maneras en que una pareja puede polarizar respecto del dinero. En palabras de la consultora Olivia Mellan, especializada en resolución de conflictos de pareja sobre dinero y autora de varios libros sobre el tema, sería que existen distintos «patrones de polarización». Una de las formas de hacerlo es cuando una persona más bien derrochadora se ve atraída por otra persona proclive al uso racional del dinero y el ahorro. Otro caso de polarización se observa cuando una persona que enfrenta una

situación de cierto apremio financiero, se ve atraída por una persona generosa.

En el otro extremo es sorprendente cómo para aquellas personas que se ven atraídas por otras que tienen una forma de administrar el dinero muy similar a ellos, también termina prevaleciendo el criterio de polarización. A esta situación la autora citada la llama «Ley de Mellan»: aquellas personas que en principio comparten una misma forma de manejarse con el dinero y por ello se atraen, por ejemplo, dos ahorradores, con el tiempo empezarán a polarizar. ¿Cómo? Porque, por ejemplo, uno de los miembros de la pareja vira a ser un superahorrador y el otro entonces reacciona cambiando al otro extremo su relación con el dinero y se vuelve gastador. Esa necesidad de compensar produce una mutación y, claro, acarrea muchos problemas.

Lo mismo ocurre con dos personas con características de desentendidas, que naturalmente evitan las cuestiones vinculadas al dinero, evitan hablar de plata, no se preocupan por cuánto gastan ni por cuánto cobran. Les cuesta hablar de su salario con el jefe y ponerle un límite a los hijos que demandan determinados gastos. Pero cuando los dos son así, uno comienza a tomar la actitud de un preocupado por el dinero, porque si no nadie sabría si hay dinero en la cuenta corriente para pagar las cuentas. La respuesta del otro es desentenderse aún más.

Dado que el dinero no tiene un valor en sí mismo sino que es el resultado de las vivencias experimentadas —las influencias del entorno, la cultura—, es que existe un correlato entre las personalidades financieras y los temperamentos intrínsecos de las personas. Así, una persona que es gastadora no sólo es suelta con el dinero, sino que probablemente es muy efusiva respecto de sus sentimientos, de sus palabras y de sus acciones altruistas. Mientras que una persona acaparadora con el dinero también es retraída, taciturna e introvertida. Entonces, para llegar a un acuerdo en la pareja, se puede poner el foco en los problemas o los acuerdos necesarios en cuestiones financieras, pero probablemente lo que se necesite es corregir los desequilibrios en el carácter que enfrentan los miembros de una pareja.

Es muy importante tomar conciencia de estas diferencias en el inicio de la relación porque cuanto más tiempo una pareja está unida más se asientan los roles. Las peleas entre ambos miembros se agudizan, lo que impide ver los aspectos positivos que tiene el otro y buscar el equilibrio.

Cuando no se hace el esfuerzo por comprender la relación del otro con el dinero, lo que para él representa y las actitudes que toma en consecuencia de eso, nos exponemos a situaciones desagradables, en donde uno de los dos se puede sentir muy herido y que pueden llevar a pensar hasta en una ruptura de pareja.

Un ejemplo bastante frecuente es el del hombre que tiene características de gastador y para quien el dinero representa el medio que le permite darse los gustos que no pudo darse en su familia de origen. Para él el dinero es una representación de felicidad. Su pareja es una mujer ahorradora, para quien el dinero significa seguridad, debido a que su familia perdió todo cuando la empresa familiar quebró, por lo tanto es austera en el gasto para consigo misma y para con los demás. Llega el día de San Valentín y él, para agasajarla, hace una reserva en un lujoso y carísimo restaurante y la sorprende en el

medio de la cena con los pasajes para pasar unas vacaciones en un lugar soñado. Pero ella al tiempo que agradece la invitación, se encuentra todo el tiempo incómoda en el restaurante, y al abrir el sobre con los pasajes no logró expresar felicidad, porque la preocupación por el gasto que sabía que significaba ese viaje la inquietó tanto como para que no pudiera disfrutar del gesto de amor de su pareja. De más está decir que él se sintió herido al no encontrar la respuesta que esperaba. Pero además, cuando recibió de ella un regalo menor y una carta, tampoco pudo valorar el gesto, si no que sintió que ella no gastó en él lo que él merecía y ella también se sintió herida. Un círculo vicioso.

¿El interés por el dinero es igual para hombres y mujeres?

Dado que a través del dinero se puede ganar poder, entender lo que el mismo significa para cada género nos permitirá entender la influencia que tiene en las relaciones de pareja.

Históricamente, el hombre detentaba el poder absoluto por su condición de ser el único «proveedor» de los ingresos familiares. Sin embargo, con la creciente incorporación de las mujeres a la fuerza laboral y al mundo del dinero, las mujeres han ido mejorando la correlación de fuerzas hasta convertirse en «coproveedoras» del hogar, alterando las relaciones de poder en la pareja. Como hemos visto, en las parejas más jóvenes en donde ambos trabajan para aportar a los gastos del hogar esto es una realidad cotidiana.

Es necesario que se entienda bien qué significa ser «el proveedor» o ser «coprovedores» en la pareja o en la familia.

El proveedor es aquel integrante de la pareja que aporta el dinero para solventar los gastos de la familia. Puede suceder incluso que el otro miembro de la pareja tenga algún nivel de ingreso, pero ese dinero es considerado dentro del hogar como innecesario o accesorio.

Un elemento importante a tener en cuenta es que en el modelo de proveedor único en el hogar, la libertad que tiene cada uno de los integrantes de la pareja no es equivalente. La socióloga norteamericana Jean Potucheck lo explica muy bien al aclarar que «para considerar a una persona proveedora no basta con que tenga un trabajo remunerado, sino que además tiene la obligación de mantener a la familia, por lo que su trabajo no es voluntario y no puede plantearse dejar de trabajar, aunque sea temporariamente».

Esto puede verse en parejas tradicionales, en las que la mujer muchas veces tiene un trabajo que es considerado secundario y tiene derecho a renunciar para intentar poner en marcha su emprendimiento personal o dedicarse a la crianza de los niños, cosas que no tiene permitidas el hombre de la casa.

Por el contrario, cuando se trata de coproveedores, nos referimos a parejas en las que el aporte de los dos miembros es imprescindible para solventar los gastos. Pero yendo un poco más allá, los dos miembros tienen un compromiso mutuo con sostener ese aporte al hogar y ninguno de los dos se consideraría con derechos sobre el otro a tomar decisiones trascendentes en lo que tiene que ver con su dinero sin consultarle al otro.

Pero no todo es blanco o negro. Hoy en día es cada vez más obligatoria y no voluntaria la necesidad del aporte de ambos y el modelo de coproveedor es en muchos casos forzado y debe convivir con la herencia del modelo de proveedor único.

En el zigzagueante camino a este nuevo escenario, las desigualdades entre hombres y mujeres persisten, fundamentalmente, por la perspectiva distinta con la que cada género se relaciona con el dinero. Autores como Clara Coria, Olivia Mellan o Eaker Weill, que se han enfocado en el costado sociológico del dinero, han marcado las distintas facetas de este dilema:

1) *Hombre/cazador; mujer/recolectora*: históricamente el hombre era el que buscaba el alimento y lo necesario para construir una vivienda, que se podría definir como el «proveedor», dado que sin eso la familia no sobrevivía y la mujer era la que recolectaba y administraba lo que el hombre proveía.

Tanto hombres como mujeres entenderán este concepto a través de una parte de la obra de teatro *Defendiendo al cavernícola* o simplemente *El cavernícola*, una comedia escrita por el actor y comediante estadounidense Rob Becker entre 1988 y 1991 en la que trata los malentendidos en las relaciones entre hombres y mujeres, que dice: «...ellos salen, se compran una camisa y la usan hasta que se muere. Sólo entonces salen y matan otra camisa. A su vez, las mujeres recolectan... ellas van a comprar un regalo para el cumpleaños de su mamá, después otro para su sobrino y otro para su nuera para las próximas navidades...»

2) *Los «límites parentales» se perciben distinto*: dado que tanto hombres como mujeres son mayoritariamente criados por mujeres son distintos los límites personales que cada género se pone. Los hombres deben poner límites más estrictos en relación a la madre para separarse de ella psicológicamente y ejercer su masculinidad. En el caso de las mujeres, dado que no necesitan separarse de su madre de una manera tan rígida, pueden permitirse límites más permeables.

3) *Hombres/competitivos; mujeres/colaborativas*: a los hombres a medida que crecen se les va enseñando a ver el mundo como un terreno que se rige por la competencia y las jerarquías. Dicho de otra manera, siempre hay alguien que está por encima o por debajo de él, ganadores o perdedores. Por el contrario, las mujeres perciben el mundo como un escenario colaborativo y democrático. La mujer es de compartir sus dudas y problemas sin sentirse debilitada por eso. Socialmente a la mujer se le permite mostrarse vulnerable y necesitada, de hecho dicha cualidad es estimulada, mientras que está mal visto que un

hombre muestre ese costado.

Aunque cada vez esto sucede menos, aún hoy muchos chicos se sorprenden cuando ven a su papá llorar, mientras que la mamá tiene libertad para emocionarse ante cualquier pequeño gesto de sus hijos sin que nadie se sorprenda por eso.

4) *Hombre/comunica; mujer/busca consenso*: Producto de las características enumeradas, hombres y mujeres chocan en el proceso de toma de decisiones vinculadas al dinero. Para ejemplificar, una pareja que viene hablando hace un tiempo de que debería cambiar el auto que ya tiene unos años y tarda en tomar la decisión, por el desembolso de dinero que supone la operación y por los mayores gastos que acarreará tener un modelo más nuevo. De buenas a primeras, él llama a su pareja cuando está por llegar a la casa para pedirle que salga a la calle porque tiene una sorpresa para mostrarle.

—¿Te gusta el nuevo auto que compré? Surgió una oportunidad y no te consulté porque te quería dar una sorpresa —dice él.

—¡Hermoso! ¿Pero cómo que ya lo compraste? ¿De verdad lo compraste? —dice ella.

—Sí, ya es nuestro. Vengo de la concesionaria y de terminar los papeles.

—Pero ¿y si yo no quería? ¿Cómo no me consultaste? Estas decisiones las tenemos que tomar en conjunto —dice ella, con un enojo que empaña la alegría que siente por el nuevo auto.

—No te preocupes que yo ya analicé todo y vamos a poder afrontar los gastos. Te quería dar una sorpresa, dale... ¿te tengo que pedir permiso? —sigue él.

—Permiso no, consultarme sí —remarca ella.

—¿Pensás que todavía soy un nene y vos mi mamá para que en todo tengas que asentir? —se le termina la paciencia a él.

¿Pero cómo se sentiría ese hombre si su mujer definiera sin consultarlo un gasto de esa dimensión? Probablemente sería un escándalo. Y en la mayoría de los casos se trataría de un imposible, porque en el caso de un hombre con ese perfil, ella nunca tendría los datos de la cuenta en el banco o de los ahorros comunes a los que hay que acceder para comprar, por ejemplo, un vehículo.

5) *Hombre/isleño; mujer/continental*: debido a que el hombre debe poner límites más rígidos para separarse de su madre, se percibe como una isla separada del continente y se recluye o tiende a apartarse en la intimidad cuando tiene dificultades. Le cuesta relajarse en el cuerpo técnico y si bien escucha, las decisiones las toma en soledad.

La mujer normalmente es lo opuesto y por eso tienden a chocar en lo que se refiere a cómo deben manejar el dinero. Si bien las cosas están cambiando a pasos acelerados, los hombres siguen siendo criados bajo la premisa de que van a ser o deberían ser buenos en cuestiones de dinero, que van a ser los «Superman del dinero» aunque esa presión casi nunca va acompañada de las herramientas para lograrlo. Por el contrario, la mujer es criada en un contexto en el que se naturaliza que no van a ser buenas para manejar dinero (no hay Wonderwoman del dinero) y sería bueno que tengan la suerte de conseguir una pareja que se ocupe del tema.

La tarea de las nuevas generaciones es la de intentar despegarse del modelo de Superman para los hombres, y la de explorar la posibilidad de ser wonderwoman para las mujeres. Como hemos visto antes, las historias del pasado son un fuerte condicionante. Y las hijas de mujeres que han sufrido la dependencia de su pareja suelen tener en sus madres a fuertes aliadas que las impulsan a priorizar su carrera profesional o la formación de su propio capital. Son las que alientan a sus hijas a comprar el primer departamento, a viajar o a hacer una experiencia profesional sólida porque padecieron no contar con esas herramientas.

Los hombres, en cambio, no encuentran en un padre que fue superhéroe permiso para no serlo. Aunque a los progenitores les haya ido mal con su modelo, madres y padres con un formato tradicional miran de modo raro a un hijo que quiere tomarse un año sabático o que tiene una pareja que gana más que él.

6) *Hombre/ cree en él; mujer/ cree en la suerte*: En lo que respecta a las inversiones, cuando a los hombres les va bien, tienden a contárselo rápidamente a sus parejas (y a todos los que los rodean) para recibir el reconocimiento a su inteligencia y astucia. Si las cosas les van mal, en cambio, buscan esconder el fracaso y para que su pareja se entere, tiene que preguntar ella por el asunto y encontrará una respuesta esquiva expresada a regañadientes. Generalmente, en el relato, la culpa fue de algún tercero (el asesor financiero, el socio, el banco o hasta la suerte).

Por el contrario, cuando a la mujer le va bien, ella le endilga el saber y el reconocimiento a su buen asesor financiero, a la suerte de Dios o incluso a los astros. En el caso de que les vaya mal, se culpan a sí mismas y se recriminan no haber medido bien los riesgos.

Estas diferencias de género llevan a una lucha de poder respecto de cómo se debe manejar el dinero en la pareja para que no haya un desbalance. Lo que se busca es un equilibrio entre las necesidades de pareja, las familiares y las personales.

¿Conformar una pareja o un «ménage à trois»? Vos, yo y el dinero

Muchos de ustedes pensarán que es una locura, pero muchas personas —y algunas al extremo— se relacionan con el dinero de una forma similar a como lo hacen con las personas: algunas lo cuidan más que a nada en el mundo; otros no le dan importancia; otros toman riesgos sin apreciar lo mucho que les costó tenerlo, son frases que podrían dedicarse por igual a la pareja o al dinero. Esto es así, porque el imago dinerario nos determina como personas y también en nuestra relación con los demás.

Cuando dos personas comienzan a formar una pareja, en realidad el dinero es un

compañero más que se juega en la relación y con el que ambos se tienen que poner de acuerdo para que la relación funcione adecuadamente.

Ese tercero en discordia en que puede convertirse el dinero vive dentro nuestro y no lo queremos dejar salir por miedo a que arruine la relación de pareja. Algunas mujeres prefieren no decir en las primeras citas que les gusta la buena vida por temor a ser catalogadas de materialistas y superficiales mientras que muchos hombres ocultan al principio de una relación que les gustó tomar riesgo en sus inversiones o negocios, y que en algunos casos les fue mal con esas decisiones.

Si no somos conscientes de esta situación, los conflictos de pareja se pueden agravar.

La administración del dinero en la pareja: la diferencia entre lo que decimos y lo que hacemos

El valor que le otorgan los integrantes de la pareja al dinero no es estático y se va redefiniendo con el tiempo.

La cuestión a la que se enfrentan al principio de este capítulo Soledad y Federico sobre cómo manejar el dinero de la pareja es lo que le ocurre a la mayoría de los casos. Es una concepción generalizada que existe en la sociedad moderna, en la Argentina y en la mayoría de las culturas de raíces latinas, el dinero que ingresa al hogar va a un pozo común, o sea, es de la familia. Esto proviene de la esencia misma de una pareja, en donde todo se comparte y es el resultado de un proyecto en común. O sea, que existe una fusión entre lo afectivo y lo económico, que incluso tiene su correlato legal en el régimen de bienes gananciales que establece que los bienes que se incorporen a una pareja durante la vigencia de la sociedad conyugal serán propiedad de ambos, sin importar quién los haya generado.

La concepción cultural indica que cada uno de los miembros de la pareja no distingue entre «dinero propio» y «dinero común».

El «dinero propio» no existe; sólo existe el dinero común que permite afrontar los gastos del conjunto de la familia, ya sea el alquiler, la hipoteca, la comida, el colegio, etcétera, así como los gastos individuales de cada uno de los miembros de la familia, se trate de ropa, estudios, actividades personales o hobbies. Esto es independiente de cuánto aporte cada uno.

De hecho, en nuestra sociedad es común escuchar que se usen adjetivos peyorativos para describir a parejas que mantienen cuentas separadas. «Cada uno piensa primero en sí mismo», «no tienen un verdadero compromiso». Para Soledad, justamente, poner

todo el dinero en común y dejar de manejarlo por separado fue una señal de mayor compromiso en su pareja con Federico.

El concepto subyacente es que la confianza es una base fundamental de todos los aspectos de la relación, incluidos los aspectos monetarios. Una de las máximas expresiones de esta confianza es la compra de la vivienda en común, dado que este acto permite para muchos darle forma y cristalizar un futuro juntos que consolida aún más la pareja.

Como contracara, muchas parejas demoran la compra de una vivienda para evitar un compromiso duradero del que a posteriori se puedan arrepentir.

En todos los discursos iniciales de las parejas que entrevistamos están presentes las palabras igualdad, justicia, el planteo del reparto igualitario del dinero y las responsabilidades.

En la teoría, ambos miembros de la pareja pregonan que tienen derecho a tener el mismo estándar de vida que el otro y para que eso se logre deben llegar a un acuerdo para alcanzar entre ambos el objetivo familiar.

La forma óptima en que se debe hacer el reparto de roles queda a merced de cada pareja y las negociaciones de cada día. Además, ningún formato es definitivo, las circunstancias cambian y los consensos deben reformularse constantemente.

Pero en la vida real compartir no es tan sencillo y requiere de un gran esfuerzo de ambos. En la preparación de este mismo libro, una encuesta anónima que hicimos entre adultos jóvenes marca que el 40% cree que el miembro de la pareja que aporta más dinero tiene más poder. Son los mismos jóvenes que cuando hablan con nombre y apellido pregonan la igualdad, pero en la intimidad admiten las tensiones que genera el dinero en la relación de pareja.

No es tan sencillo compartir, a pesar de lo que se declama. Y aún en las parejas más jóvenes y más igualitarias, se evidencian desigualdades en el uso y la administración del dinero. Estas desigualdades generalmente son el resultado de un desequilibrio de poder en las relaciones de pareja.

Acá, nuevamente insistiremos en que el dinero es un emergente, difícilmente quien ejerza el poder por controlar el dinero o aportar más dinero a la casa no sea también quien controla o influye en decisiones relacionadas con otros puntos, como el uso del tiempo. Por ejemplo, quién debe recortar la jornada laboral para dedicar más tiempo a los hijos, cómo deben distribuirse las tareas domésticas, quién se encarga de negociar con los proveedores del hogar.

A la hora de buscar herramientas para resolver los conflictos respecto del dinero que se dan entre los sexos en nuestras latitudes, decidimos analizar aquellos países más igualitarios entre ambos sexos y nos enfocamos en el caso de Suecia, considerado uno de los países más igualitarios del mundo. Allí, las diferencias en el mercado de trabajo no son tan grandes como en otros países, en lo que se refiere al grado de participación femenina y a sus salarios. Por otra parte, las parejas suecas comparten más que otros países las tareas domésticas y también los hombres se involucran en el cuidado de los hijos más que en otros países y tienen una licencia por paternidad equiparable a la de las

mujeres.

Tan es así, que este tema se convirtió en una política de Estado. En la última década el objetivo explícito de los gobiernos ha sido el de alcanzar la independencia y autonomía individual y no la dependencia familiar de alguno de los miembros. A diferencia de los regímenes que rigen en otras latitudes, se les dio la posibilidad tanto a padres como a madres de poder conjugar el trabajo remunerado y las tareas dedicadas a la familia. Esto podría considerarse un avance sustancial y que tendería a quitar el peso de «guardiana de la familia» a las mujeres. Por ejemplo, existe una institución, llamada «Ayuda de la Caja» de los padres, por la que hombres y mujeres comparten el derecho a cuidar a los hijos recién nacidos y perciben el 80% de su salario hasta un máximo de 12 meses y un cónyuge le puede ceder los derechos al otro. Sin embargo, la intención de la ayuda brindada es que cada uno escoja 6 meses para estar con el bebé.

Incluso la legislación sueca es muy estricta en las obligaciones de los cónyuges, en donde están obligados a contribuir a la economía familiar de acuerdo a las posibilidades de cada uno y son responsables de que se satisfagan las necesidades individuales de cada uno. Ambos tienen el mismo derecho legal al estándar de vida y se les exige que lleguen a un acuerdo en cómo proveer el mejor bienestar a la familia, pero deja al libre albedrío de los miembros de la pareja la forma en que lo llevarán a cabo.

¿Pero qué pasa en la práctica? Para nuestra sorpresa, un estudio realizado en la Universidad de UMEA, en Suecia, por Charlott Nyman y Lasse Reinikanen, demostró que aún en este país considerado uno de los más igualitarios en lo que se refiere a hombres y mujeres, las desigualdades persisten y no son muy distintas a las que se encuentran en nuestras latitudes.

El trabajo dotado de un gran número de entrevistas demuestra que aunque en Suecia los hombres no tienen más poder que las mujeres ni se desentienden de las tareas cotidianas del hogar y en todos los hogares las parejas son coprovedoras, las diferencias se instalan en la vida cotidiana. Al tender, naturalmente a ocuparse de los gastos cotidianos y de la casa y de los integrantes de la familia, las mujeres son las primeras que se quedan sin dinero en el mes y tienen que vivir los días que les quedan pidiéndole dinero a su pareja. El hombre asigna ese dinero sin conflicto, como puede suceder en nuestras latitudes, pero el dilema de la mujer pidiendo dinero al hombre persiste, marcan Nyman y Reinikanen. Esto trae aparejado además que sean las mujeres —mucho más que los hombres— quienes tengan menos dinero personal para ahorrar o para darse un gusto personal. Si el dinero se acabó, la mujer pide para las necesidades, pero no para los premios. Mientras que el hombre tiene dinero de sobra que puede darle a su pareja si le hace falta algo, pero también puede administrar a gusto.

El hombre podría ser visto como quien más ahorra y es más responsable en la administración del dinero, porque tiene un «sobrante» en su cuenta, sin embargo es la mujer la que cargó con todas las responsabilidades de la casa y la que hizo que la rueda familiar girara.

¿Es cumplible la norma justiciera de compartir en igualdad?

En casi todas las parejas que entrevistamos, las necesidades y los gastos de la familia tienen prioridad por sobre las necesidades individuales. Esto está en concordancia con la idea de conformar un pozo común con los aportes de los dos miembros.

Bajo esta concepción y para que esta norma de «compartir en igualdad» funcione en la práctica, se deben dar tres condiciones:

- a) Que ambos miembros de la pareja puedan acceder fácilmente al dinero común.
- b) No tener que pedir permiso a su pareja para gastar lo que se pactó para utilizar individualmente.
- c) Que a cada miembro de la pareja le sobre la misma cantidad de dinero después de pagar los gastos comunes.

A Federico le molesta pedir permiso para gastar algo que quiere para él y a Soledad le da culpa gastar en darse un gusto personal si no le avisa a Federico.

Tampoco tienen el mismo acceso al dinero común. Puede resultar que Soledad no pueda darse un gusto para sí, si al momento de pagar descubre que la tarjeta de crédito está excedida del límite y no tiene efectivo para gastar y debería pedirle a Federico.

O sea que por acción o por omisión dos de las tres condiciones básicas para que el ideal de manejo del dinero en la pareja funcione no se aplican en una pareja que desde su concepción, desde su discurso y desde su lógica es igualitaria.

El caso de Soledad y Federico es una muestra de lo que le pasa a muchas parejas jóvenes.

Tanto a nivel social como a nivel individual la mayoría de las parejas expresan o manifiestan llevar una vida en relación al dinero en pie de igualdad entre los sexos. Pero como hemos visto en este caso, al observar en detalle cómo las parejas organizan el día a día, se observa que a pesar de las buenas intenciones de ambos miembros surgen diferencias, desequilibrios y desigualdades que deberían corregirse.

La administración del dinero en la pareja en la práctica

No hay una forma óptima de distribuir el peso de los gastos en la pareja, pero la forma

que se elija tendrá distintas consecuencias para la dinámica de la pareja.

Si bien no se puede abarcar todas las alternativas posibles, las opciones que veremos a continuación nos permitirán evaluar un gran número de situaciones que les toca vivir a quienes deciden formar una pareja.

1) INGRESOS SIMILARES PERO PATRONES DE GASTO DESIGUAL

Los miembros de la pareja ganan aproximadamente lo mismo y consideran que lo que ganan va a un pozo común y sienten que tienen la libertad de hacer lo que quieren a nivel personal después de pagar los gastos compartidos. O sea, que si bien tienen dos cuentas bancarias distintas donde cada uno percibe su remuneración mensual, cada uno puede acceder a la cuenta del otro. Si bien, como principio general ambos pueden disponer de la misma cantidad de dinero, en la práctica se observa una pauta de gasto desigual.

Supongamos que el hombre de esta pareja juega al golf y los gastos que este deporte le acarrea suelen ser mayores a los gastos que tiene ella en las clases de canto que toma mensualmente o la ropa que se compra. Tanto ella como él, reconocen que él gasta más que ella. La cuestión es que ella piensa que quien elige eso es ella misma que podría cuidarse mejor o darse más gustos sin que nadie se lo objetara. Piensa que él hace bien, pero no por eso deja de darle bronca la desigualdad. La tendencia de las mujeres es siempre a justificarse y considerar, como un pensamiento mágico, que gastan menos en ellas mismas porque no tienen dinero para permitírselo o no saben organizarse para aprovecharlo.

2) PAGAR LOS GASTOS COMUNES EN PROPORCIÓN AL INGRESO DE CADA UNO

El hombre gana aproximadamente un 30% más que la mujer (coincidente con las encuestas generales de la diferencia de ingresos entre hombres y mujeres para puestos similares) y en la búsqueda de una distribución justa del dinero, muchas parejas afrontan el pago de los gastos comunes sobre la base en proporción a lo que se gana. O sea, que el que más gana aporta una parte mayor a los gastos comunes.

Una vez pagados los gastos comunes, lo que sobra le pertenece exclusivamente a quien lo gana. ¿Cuál es la falla de este sistema? Que al que más gana siempre le va sobrar más dinero nominalmente para gastar que al que gana menos y eso genera una desproporción en los «extras» que se pueden permitir uno y otro cada mes.

Si el hombre gana mensualmente 10.000 pesos, la mujer 7.000 y los gastos comunes mensuales son 13.600 pesos. Para cubrir los gastos comunes ambos deben destinar el 80% de su ingreso. De esta forma él pone 8.000 pesos (o sea, el 80% de 10.000) y ella 5.600 pesos (o sea, el 80% de 7.000). De esta manera a él le quedan 2.000 pesos para gastos personales y a ella 1.400 pesos. O sea, que si bien la idea parecía justa, en la práctica él siempre va a tener más dinero para gastar que ella y mucho más aún si se

considera la posibilidad de ahorrar esos fondos a lo largo del año. Obviamente, la situación se agrava cuando la diferencia de salarios es más pronunciada.

Sean mujeres o hombres, quienes tienen el menor ingreso en las parejas que eligen este modelo de administración, es inevitable que sientan cierto descontento porque el otro dispone de más dinero, tiene más opciones de qué puede hacer con él y mayor libertad a la hora de proponer un nuevo gasto en común, ya que cuenta con mayores fondos que le requerirán hacer menos sacrificio. Finalmente, la autonomía y la independencia con la que puede moverse uno y otro en la pareja es distinta, si el respaldo económico con el que cuenta uno y otro es diferente.

Tanto hombres como mujeres son conscientes de esta situación, pero nadie tira la primera piedra. Si son ellas las que menos ganan, no lo hacen porque va en contra de su ideal de igualdad con el varón en donde el dinero es de quien lo gana. En el caso de ellos, si son los que ganan más, no plantean las desigualdades del modelo porque el statu quo los favorece.

Pero evitar el tema no lo resuelve. La disparidad en relación al dinero es una fuente de resentimiento encubierta y otras veces, directamente, de conflictos abiertos y visibles.

3) PAGAR LOS GASTOS EN FORMA ABSOLUTA PARA QUE QUEDE LO MISMO

Para que no ocurra lo anterior, sería deseable que la cantidad de dinero que quede para gastos personales sea la misma en términos nominales. Por lo tanto habría que agregarle algo al modelo 2, que sería que el que más gane complemente en dinero lo que le falta al otro. En el caso anterior, el hombre debería darle de sus ingresos 300 pesos a ella para que ambos se queden con 1.700 pesos para gastos personales.

Si bien la situación mejora, nada garantiza que el que recibe esa diferencia sienta lo mismo al recibir dinero de su pareja que si lo obtuviese de otra forma. La dependencia se hace notar, a la larga o a la corta.

4) UNA CUENTA COMÚN Y DOS INDIVIDUALES CON SUS TARJETAS DE DÉBITO Y CRÉDITO ASOCIADAS

El esquema de tener una cuenta en común de donde ambos puedan sacar el dinero para los gastos de la familia (colegios, supermercado, prepaga, entre otros) y luego tener cada uno una cuenta propia a la que el otro no pueda acceder para gastos personales, podría ser una solución a los problemas de inequidad en la pareja.

También serviría que cada uno tenga una tarjeta de crédito y/o débito asociada a dicha cuenta, de manera de no tener una extensión de la tarjeta del otro (normalmente la mujer tiene una extensión de la del hombre) y de esa manera sentirse más libres para gastar su dinero asignado sin tener que estar dando explicaciones al otro. De todos modos, esta forma no resuelve el problema principal que es determinar qué se considera gasto personal y gasto común y/o familiar que se abordará más adelante.

Estas son sólo algunas alternativas para manejar el dinero de la pareja en la práctica. Sin embargo, ninguna resulta óptima ni viene a solucionar completamente las desigualdades que se originan y los sentimientos de resentimiento que generan esas distorsiones. Para que estos últimos no ocurran se necesita un diálogo abierto y franco que permita abordar las responsabilidades, los temores y los deseos de cada uno en relación con el dinero, de modo de encontrar el mejor camino que dé tranquilidad y libertad a las dos partes en su mundo financiero.

Los principales problemas devienen de las diferencias de género así como de las normas sociales establecidas.

Analicemos algunas de ellas:

Pautas de gasto desigual

En el caso 1 analizado anteriormente, a pesar de que ambos ganan más o menos lo mismo, ella siente que él gasta más en él y a ella le molesta. En el caso 2, una razón externa hace que ella gaste menos que él: le sobra menos dinero para ella. En este caso, la pauta de gasto menor por parte de la mujer es algo externo a ella. Pero también en el caso 1, ella siente cierta presión externa, dado que el marido gasta mucho en él, se polariza y por eso gasta menos en ella. Volvemos a la autonomía, y vemos que se ve limitada por razones prácticas o psicológicas.

Pero la principal causa de esta pauta de gasto desigual deviene de motivaciones internas, dado que las mujeres se ponen un obstáculo psicológico al gasto. Ellas tienen serias dificultades para gastar dinero en ellas mismas por causas que desconocen y es una de las razones de por qué no plantean esta desigualdad. Pero la razón habría que buscarla en que la mujer siente que «es para y de los otros». Primero vienen los miembros de la familia —también en cuanto a gastos— y luego ellas. Y dado que normalmente fueron educadas para negar sus necesidades y relegarlas hasta que las de los demás fueran cubiertas, terminan presas de la concepción tradicional de pareja aunque al inicio del camino todo indicaba que su objetivo era el contrario.

La versión de hombre proveedor y mujer ama de casa gana, y la autonomía de la mujer pierde.

Las mujeres han aprendido de forma implícita o explícita que administrar el dinero es ver primero cuáles son las necesidades de los otros y, de ser necesario, poner sus propias necesidades en último lugar sin exigir demasiado. La autolimitación de la mujer puede llegar al extremo en gastos pequeños y en muchos casos necesarios, como comprarse un par de anteojos nuevos o hacer una terapia física o entrenamiento físico que es necesario para mejorar su salud. Entre pagar el profesor de patín para la niña que va al jardín y el gimnasio para ella, que tiene un serio problema de cervicales, la mujer no duda en arrastrar sus dolores y llevar a su hijita a probar si le divierte o no el andar sobre ruedas.

Los especialistas lo llaman la «racionalidad del cuidado». Cuidar a los demás y poner las necesidades de los demás por delante de las propias refuerza la feminidad y es percibido como un hecho positivo más que negativo.

Dado que las ideologías y normas sociales influyen tanto a hombres como a mujeres, ambos sexos son responsables de mantener y ocultar la subordinación de las mujeres, haciéndola aparecer como una expresión del amor.

En el caso de que el hombre sea el verdadero proveedor del hogar, o sea, que gane mucho más que la mujer y el trabajo de esta se considere accesorio, la desigualdad en las pautas de gasto es significativa, aunque se trate de ocultar.

Muchos estarán pensando que no es tan así, porque la mujer muchas veces tiene aparatos electrónicos de última generación, anda en un auto nuevo y se lo pasa viajando. Pero esto en muchos casos es así porque coincide con los gustos y valores del varón respecto de su pareja y la mujer cree que son propios o que puede disponer del dinero como les plazca. Sin embargo se trata de una dependencia oculta, dado que si el varón cambia de opinión o de gustos, la calidad de vida de la mujer se resiente. El acceso a un auto propio o el gasto en un estilo de vida determinado no es una decisión autónoma de la mujer, sino que se trata de una extensión de los deseos y decisiones del hombre que ella lleve ese estilo de vida.

Por el contrario, en el caso del varón, se observa una actitud más relajada y sin tantas restricciones, tanto en lo que se refiere al hogar como a los suyos propios. Nos estamos refiriendo a viajes con amigos a salidas a jugar al fútbol, a las cartas o al golf. Los hombres definen esos gastos sin culpas y sin vueltas, mientras que las mujeres lo hacen de manera dubitativa o impulsadas por la decisión de su pareja, no por motivación y determinación propia.

El «uso del tiempo» puede resultar desigual

No sólo es importante el dinero que se dispone para gastar, sino el «tiempo» que se dispone para dedicarse a uno mismo.

Generalmente es la mujer la que destina tiempo y esfuerzo adicional a su trabajo a las cuestiones relacionadas con el hogar; es común que se ocupen de ver las ofertas en los supermercados, revisen los cuadernos de la escuela de los chicos, se ocupen de los uniformes y si pueden remendar cierta ropa para no tener que comprar nueva, entre otros.

En estos casos, muchas mujeres se encuentran ante el dilema de que no sólo disponen de menos dinero que los hombres para gastar en sí mismas, sino que tampoco disponen del tiempo para hacerlo.

Muchas de estas situaciones hacen relegar las aspiraciones laborales de las mujeres porque implicaría descuidar su rol de «cuidadora espiritual del hogar».

Un ejemplo de esto es el de una mujer que era muy exitosa en su trabajo, pero luego de 11 años de intensa tarea decidió dejarlo todo para dedicarse más a su familia y a sus cosas personales. Ella estaba tan preparada profesionalmente como su pareja, tenía un salario similar y podía escalar mucho más que él, pero decidió abandonar ese mundo porque se sentía muy culpable por no haber dedicado el tiempo suficiente a sus hijos.

Cuando la entrevistamos nos contaba que cuando iba a los actos escolares de sus hijos sólo prestaba atención cuando le tocaba actuar a sus niños y el resto del tiempo se lo pasaba mirando el celular y resolviendo cuestiones laborales y a veces no sabía ni de qué se trataba la muestra en cuestión. Ni qué hablar de las muchas veces que no podía asistir a eventos o participar de reuniones de padres por estar fuera del país. Pero lo que más la ponía mal era pensar que muchas veces la empleada doméstica llevaba a sus hijos al médico porque ella no tenía tiempo.

Finalmente, su pareja continuó con su trabajo y ella buscó un empleo a tiempo parcial para subsanar la carencia de dedicación a su familia que pesaba sobre sus hombros. ¿Pero cuántos hombres pasan por esta situación o se hacen un planteo de esta dimensión?

El dilema es que estas elecciones son forzadas y es muy complejo que no arrastren conflictos hacia el interior de la pareja, porque la mujer no sabe cómo contrarrestar el poder masculino y entra en conflicto con su proyecto de matrimonio con ideal igualitario. Las mujeres jóvenes tienen un ideal de igualdad con el hombre que han probado, o que ven que se realiza en alguna de sus amigas o compañeras que las rodean, por lo tanto resignar la independencia y la realización no será gratis. Y cuanto más forzado y menos consensuado haya sido ese camino de limitaciones al desarrollo personal, más riesgo correrá la pareja en el mediano plazo de pagar el costo por eso.

¿Qué ocurre en la pareja cuando el hombre gana menos que la mujer?

En estos casos se trata de disimular el hecho de que la mujer gane más que el hombre. ¿Por qué? Porque si bien se pregona la igualdad, se pone en duda el rol socialmente aceptado del varón como proveedor del hogar, lo que suele tener consecuencias negativas en su autoestima.

Normalmente en estos casos, el dinero que percibe el varón se utiliza para el pago de un gasto importante, como puede ser una hipoteca, jerarquizando el uso del dinero, y el aporte de la mujer se usa para los otros gastos comunes e incluso personales. Los dos aportan lo mismo, o ella aporta más, pero el valor asignado a lo que paga cada uno le da

mayor importancia a los ingresos del varón. ¡Sí, aun cuando sean menores!

A las mismas mujeres les cuesta aceptar que son las poseedoras del dinero ganado y resisten la idea de tener mayor poder o autonomía por eso, algo que los varones dan por sentado. Si bien en el fondo la mujer sabe que gana más, considera genuinamente que su dinero pertenece a la familia y normalmente «niega» que le pertenece a ella, limitando su autonomía.

Ellas mismas justifican que el varón gaste más y tienden a «subvalorar» los gastos de su pareja y hasta los disfrazan de inversiones. Por ejemplo, cuando el hombre tiene un hobby caro, como el golf, que es costeadado por la mujer, se lo considera una inversión en su persona o una herramienta para contactar posibles clientes o conseguir negocios. Lo mismo pasa para justificar que el hombre de la casa maneje un auto caro porque de esa manera será visto como un par por otros hombres de negocios en su club y esto podría generarle relaciones que deriven en futuros negocios. Las mismas mujeres explican y justifican ese discurso.

Más vale temprano que tarde

Una de las conductas que evitan conflictos futuros y moldean la relación de la pareja es establecer los roles y objetivos desde un principio. Esto será fundamental para determinar la autonomía de los miembros de la pareja o la dependencia, generalmente, de la mujer en la relación.

El caso de la maternidad, por ejemplo, o lo que pasa cuando se tienen que mudar de ciudad por el trabajo del otro y uno de los dos tiene que relegar todo.

Claves para que las billeteras y las carteras tengan una relación más igualitaria

- 1) La mujer debe experimentar su autonomía antes de entrar en la pareja. Esto implica no sólo ser autónomo desde un punto de vista económico, sino también desde lo social.
- 2) La mujer debe tener recursos suficientes para poder solventar su vida y mantener a los hijos para ser tan proveedora como el hombre. De esta manera su pareja las verá así, las respetará económica y emocionalmente, y sabrá desde un principio que someter a la mujer a cualquier tipo de dependencia puede ser el final de la relación. Atención: esto no significa que el hombre y la mujer ganen lo mismo, sino que ambos se puedan sustentar de manera independiente, aun cuando eso requiera algunos pequeños ajustes en la vida cotidiana.
- 3) El varón no debe oponerse a la autonomía de la mujer, pero no sólo eso, debe estimular ese proceso que la

hará más libre y le dará mayor balance a la pareja.

4) Aunque las generaciones más jóvenes son más abiertas, deben tener en cuenta estos dilemas desde un principio, porque se chocarán con las funciones que asigna el imaginario popular a hombres y mujeres a medida que las obligaciones en común vayan aumentando, y generalmente lo hacen de la mano de la llegada de los hijos.

La autonomía en la pareja, diferencias y similitudes entre billeteras y carteras

- Los hombres desean que todo los ingresos de la pareja vayan a un pozo común, pero manteniendo en forma primaria el poder en el proceso decisorio.
- La mujer desea al menos tener algo de dinero en forma separada, sobre el que no rinda cuentas.
- Los hombres tienden a limitar la autonomía de las mujeres bajo la excusa de protegerlas, y esconden una subvaloración de la pareja en ese discurso.
- Las mujeres tienden a delegar posiciones de poder dentro de la pareja por comodidad, para darle mayor protagonismo a ellos en lo que consideran un acto de amor, pero terminan perdiendo una autonomía que luego extrañan.

Desde el primer día de la pareja, los hombres deberán aceptar sus vulnerabilidades y las mujeres su protagonismo. Respetando cada uno los espacios, las necesidades y entendiendo las motivaciones del otro, cada pareja podrá llegar a un modelo saludable propio y único de manejo del dinero, porque no será más que una forma de expresión de la decisión que tomaron de llevar una vida en común.

LA FAMILIA UNIDA. LAS PRIORIDADES DEL HOMBRE Y DE LA MUJER EN LA VIDA EN FAMILIA DESAFÍAN LOS IDEALES DE IGUALDAD QUE LA PAREJA TENÍA. EL DESAFÍO DE LA MATERNIDAD PARA LA AUTONOMÍA DE LA MUJER REFORMULA EL LUGAR DEL HOMBRE. ESTRATEGIAS PARA EVITAR RETROCEDER EN EL CAMINO HACIA LA IGUALDAD.

En la tradición no sólo hay fantasmas

Las parejas de mediana edad —esos que atraviesan los 40 o se asoman a los 50 años— son en este dilema que abordamos del cambio en la relación de los géneros con el dinero algo así como el jamón del sándwich. Las mujeres de esta generación crecieron bajo el lema de la independencia femenina como nueva conquista, pero arrastran todavía toda la presión sociocultural que les dice que deben ser, ante todo, madres y esposas. Para colmo, pocas de ellas tienen en su casa un modelo de madre o abuela independientes, y mucho menos aún, de verdadera autonomía. Pobrecitas ellas lidiar con la presión de que tienen que estudiar una carrera, pero ser buenas madres y entre lo que pretenden imponerles la familia, la sociedad y los maridos, van viendo cómo hacen para defenderse y ver qué es lo que ellas quieren.

Los hombres de este grupo no están a salvo. Algunos viven el «drama» de convivir con mujeres que ganan más que ellos y nadie les explicó jamás si eso era algo para enorgullecerse o para deprimirse y sentirse un mantenido y un fracasado. Otros titubean en un cambiante mundo laboral, donde el desempleo es una amenaza constante, la sociedad de consumo se las arregla para crear necesidades ficticias cotidianamente que deben enfrentar con sus billeteras para poder exhibir el cartel de buen marido y buen padre, y no fueron educados para estimular a sus parejas a la autonomía. Si mandás a tu mujer a trabajar sos un vago o un explotador, en la mirada de ellos mismos.

Martín y Candelaria integran ese grupo, y atravesaron los típicos dilemas de su generación. Ella era pura autonomía e independencia y él todo seguridad e igualdad, hasta que una propuesta laboral puso ese universo perfecto a prueba.

Desde que a Martín lo trasladaron y nos tuvimos que ir a vivir a otro país, yo me transformé «técnicamente» en ama de casa y fue durante mucho tiempo un drama existencial para mí. Ahora que lo miro en perspectiva,

nunca perdí del todo mi independencia, pero fue salvaje el proceso, una montaña rusa de emociones y conflictos. Si bien siempre había trabajado, administrado mi plata y contaba con mis ahorros, nunca sentí que perdía un lugar por dejar de hacerlo, porque tenía en claro que era una circunstancia —cuenta Candelaria, casada hace 15 años y recientemente repatriada a la Argentina.

El que piense que es fácil pasar de vivir sola y tener tu trabajo y tu plata a convivir y ser ama de casa está loco... Es un camino y pasás por mil estados. Lo más difícil para mí fue entender el rol que ocupaba y valorarlo yo misma. Me di cuenta en estos años que a veces las más machistas somos las mujeres. Yo odiaba decir que no trabajaba, por la mirada de los demás, el prejuicio que yo misma tenía con el hecho de ser ama de casa. Y al mismo tiempo yo también era la que no valoraba todo lo que hacía, ya que cargaba con las tareas de la casa, los chicos, los trámites, todo pesaba sobre mis hombros... y si después de pasarme un día entero limpiando la casa, yendo al banco, contratando un plomero para que hiciera un arreglo y llevando los chicos al médico me encontraba con alguien que me preguntaba qué hacía, le contestaba: «Nada». Nada, muy suelta de cuerpo. Agotada y con el pelo atado en una colita porque no había podido ni peinarme, decía que no había hecho nada.

Candelaria dejó su trabajo para seguir la carrera de su marido, Martín, y tuvo una tarea titánica para conservar la independencia que a su generación y a su clase social le era marcada como una obligación. Sus amigas profesionales la miraron atónitas cuando les dijo que renunciaba a todo, y sus padres un poco también. Y los que la felicitaban por la decisión lo hacían un poco con la idea de que iba a vivir en el exterior como una princesa mantenida por su príncipe. Justo a ella, que se enorgullecía de ser una mujer independiente y moderna. Que la emparentaran con el modelo de ama de casa burgués la angustiaba.

Yo tengo dos mejores amigas, con las que todas las semanas nos juntábamos los martes a tomar algo después de nuestros trabajos en un bar de Palermo que se llamaba «Un gallo para Esculapio...» Todo muy cool, todo muy cool hasta que llegó el día de sentarme con Constanza y Anabela para anunciarles mis planes. Ahí, donde miles de veces nos reímos, coqueteamos con los caballeros de la mesa de al lado y nos contamos nuestros dramas profesionales y personales, pasé por todos los estados de ánimo juntos ese día. Es que cuando les dije mi plan, Anabela saltó con una sonrisa, me abrazó y me felicitó. Pero Constanza quedó congelada. Parecía pegada a su silla.

—¿Vos? ¿Una mina como vos... yéndose atrás del plan de Martín? ¿Estás segura...? ¿Por qué no dejás que vaya él, ves cómo le va, y pensás un poco si te sumás o no a ese proyecto...? —me dijo.

—¿Estás segura?, ¡qué pregunta nena! Es una gran oportunidad. Casa, sueldo de expatriados, la experiencia de vivir afuera, el plan de carrera de Martín... —le escupí rápido porque yo sabía que era una gran oportunidad, sí. Pero segura no estaba ni por casualidad. Yo me hacía en silencio las mismas preguntas que ella decía en voz alta.

Por suerte estaba Anabela, que siempre fue una mediadora entre los temperamentos fuertes de Constanza y el mío. La pobre dibujó todo enfatizando las bondades de mi plan y Constanza me perdonó la vida esa tarde y no hizo más preguntas. Nos ganó la emoción, lloramos todas un poco porque yo iba a faltar a esas reuniones semanales y nos reímos mucho planificando cómo nos íbamos a divertir cuando ellas viajaran a visitarme a mi nuevo destino.

La vuelta a casa fue en el auto de Constanza, y Anabela tenía que ir para el otro lado así que tuvimos una larga charla más, sin mediador esta vez, donde me animé a contarle mis miedos.

—¿Te parece una locura, no? —le dije cuando me subí a su auto... y arrancó una charla durísima porque me contestó que sí, que le parecía una locura.

—Te guste o no te guste, Cande, vas a ser la mujer de... —me dijo y me pegó donde más me dolía y en donde yo acumulaba mis mayores dudas—. Te vas a desdibujar... ¿explicame cómo vas a seguir tu camino en otro país, sin un título que tenga validez y sin visa de trabajo? Sabés qué me parece que te va a pasar: que

vas a terminar haciendo la vida de un ama de casa igual a nuestras viejas, pero frustrada porque vos querías otra cosa, y eso te va a jugar en contra a vos y a Martín, porque te vas a poner infumable amiga, te conozco...

¡Ella hablaba y yo sentía que era la vos de mi conciencia! Fue tremendo pero le puse los puntos, porque al final ella me condicionaba más que los demás.

—Es todo cierto —le dije—. Pero estoy enamorada de él. Martín me dio el poder de decidir a mí, no es un machista típico que me va a pisar la cabeza. Si le digo que no, él no acepta y nos quedamos. Y el frustrado va a ser él. Te pensás que no me va a pasar la factura dentro de dos años cuando no lo asciendan más en la empresa... Hay que elegir quién resigna, y me toca a mí, amiga —le dije y cerré la charla.

Yo tenía los miedos que Constanza expresaba, y te aseguro que me costó mucho, pero mucho, hasta que me amigué con el lugar que ocupaba. Una de las cosas que me ayudaron fue tener un ingreso de rentas —porque con lo que había ahorrado en los años que trabajé antes de irnos a vivir afuera me había comprado un departamento en Argentina— que me ayudó, porque yo sabía que tenía un dinero propio ahí. Claro que para el nivel de gasto de una familia con tres hijos, como la nuestra, en los Estados Unidos, ese aporte era insignificante, pero era algo mío. Ahora que lo repienso con ustedes, probablemente lo que me ayudaba de esa renta no era el aporte económico, sino lo que significaba... Era un símbolo de que yo también puedo generar dinero si quiero, que puedo, y que no trabajar era una circunstancia elegida, era lo que me pasaba, no lo que soy.

Explica su lógica Martín, que representa a buena parte de las parejas de su generación, pero no a la mayoría.

La verdad es que a mí nunca se me ocurrió que Candelaria tuviera más o menos voz y voto en la relación en función de si aportaba dinero o no. Para mí fue natural que la decisión de irnos a vivir afuera la tomáramos juntos, aunque la oferta de trabajo fuera mía, y que la administración del dinero fuera compartida resultó natural, más allá de quién aportaba. Yo soy un desastre y un desordenado con la plata, y Cande era una mujer independiente antes de que yo la conociera y súper prolija, que ella se ocupara era un alivio para mí y una responsabilidad que ella podía asumir.

Candelaria repite que el rol de su marido fue central para que ella dejara su trabajo pero no perdiera su independencia. «Nunca sentí que tenía que pedirle plata, el día que nos fuimos me quedé con una tarjeta y acceso a la cuenta. No existió el día en que tuve que pedirle dinero para comprar algo», cuenta.

Ahora, como ya vimos, la autonomía es otra cosa. Candelaria vivió 12 años como ama de casa y esposa de un expatriado. Manejó el dinero de la familia en esos años. No sólo cómo se administraban los gastos de la casa, sino que también definió cuánto se ahorraba y en qué se invertía con el espacio y la autoridad que le dio su pareja para eso. Pero el dinero en cuestión era el que generaba Martín. Y cuando volvió a la Argentina y quiso retomar el mundo del trabajo se enfrentó con lo que había perdido: la confianza en sí misma.

Una cosa es definir si con este dinero se compra un departamento para que nos sirva de renta en el futuro o un terreno, pero otra muy distinta fue salir yo, con mis habilidades, a rendir examen y pedir trabajo... me sentí pésimo —cuenta.

Cuenta Martín:

«Yo le decía que se relajara, que teníamos que organizar cosas primero, reinstalarnos todos en la Argentina, buscar un colegio para los chicos, acompañarlos para que se adaptaran... Pero ella quería volver a trabajar, hasta que llegó el momento de buscar laburo de verdad y yo me di cuenta que no avanzaba. Pero no le dije nada, que se tomara su tiempo. Ella cargó con mucho para que la armonía familiar no se rompiera en esta maratón de mudanzas que hicimos en los últimos años. Pero un día que estábamos en casa, su mejor amiga le puso los puntos sobre las íes y la interpeló de verdad.

Cande se hacía la cool diciendo que quería hacer algún trabajo social, que el sueldo no le importaba, que no quería llamar a los contactos que tenía bien posicionados en el país porque no quería un trabajo en el centro, ni de muchas horas, ni que le implicara mucho viaje... Cuando le dijo eso a Constanza en la cocina de casa, la amiga la interpeló a fondo, con esos diálogos que entre ellas tenían donde parecía que se iban a matar y se decían cosas durísimas, pero siempre terminaban a los abrazos y dándose la razón una a la otra...

«Candelaria, déjate de joder, si agarrás un trabajo aburrido y mal pago en dos meses te vas a querer matar. Vos lo que tenés es un miedo bárbaro a enfrentar una entrevista de trabajo. Ponete los pantalones largos y llamá a tu ex compañero de trabajo que hoy es el presidente de una consultora y va a estar feliz de que puedas trabajar con él, no seas cagona.» Cande estaba atónita, así que yo, como buen esposo, huí de la cocina al jardín con alguna excusa antes de que me hicieran opinar en esa conversación. Soldado que huye sirve para otra guerra....

«Es exactamente como lo cuenta Martín, aunque no me había percatado de que estaba ahí y que salió corriendo, cobarde...», se ríe Candelaria con su marido recordando la escena. Aún hoy no es fácil. Todavía ella está en esa etapa de animarse a recuperar un espacio personal, individual, donde sus decisiones sean completamente de ella. Lo intenta con un emprendimiento, pero no la convence del todo la idea de ser cuentapropista. Recuperar la autonomía le llevará su tiempo.

En los matrimonios de entre 40 y 50 años la mayoría de las parejas tiene un régimen en el que el hombre es el proveedor, y aunque en la práctica la mujer aporte un ingreso igual o similar, no funciona socialmente como coprovedora. El aporte de las mujeres en muchos casos es identificado como un ingreso secundario, para ahorro o para vacaciones, por ellas mismas a las que les cuesta mostrarse protagonistas de sus actos y decisiones. Las mujeres tienen el mandato social de ser profesionales o tener su trabajo, son la generación de la liberación femenina, pero en la mayoría de los casos esa libertad es *pour la galerie*.

Reconoce Candelaria:

Cuando escuchaba la pregunta a qué te dedicás o por qué estas acá, sabiendo que la respuesta era «por el desarrollo de carrera de mi marido», sentía que era como decir: «por el plan de otro» y hasta procesar que era un momento que transitaba me costó muchos malhumores, enojos y angustias, obvio que la ligó Martín también. Y sí... en mis peores momentos él era la cara visible de todos mis conflictos... como si no hubiera decidido yo lo que estábamos haciendo.

Lo que me hacía falta era un trabajo más que un sueldo, porque hay un mandato para las mujeres de mi generación. Tenemos que ser profesionales, tenemos que trabajar y nos creíamos esa historia de que el trabajo nos identifica. Son mandatos, yo he sido así, siempre pensé en que tener mi plata era importante y renunciar a eso era renunciar a mis mandatos.

¿Si mi madre fue proveedora? Bueno, si me lo preguntás no puedo negarte que la historia de mi madre me ayudó mucho a traspasar esta etapa. Ella jamás se ocupó de las cosas vinculadas al dinero, hasta que lo necesitó. Cuando ya había pasado los 45 estudió y empezó a desarrollar una carrera y con sus ingresos mantuvo la casa más de una vez. Para mí se volvió un gran ejemplo de lo que podía hacer, pero también fue la referencia de lo que no quería que me pase. El rol del ama de casa desentendida que no sabía qué pasaba

no era para mí. Probablemente por eso, trabaje o no, no dejé nunca de tener un ojo en las cuentas de casa — se pone seria.

No es fácil, pero es cierto que siempre hay tiempo para desarrollar una carrera, cambiar de profesión u oficio, y esa es una de las cosas más difíciles de aceptar para los que están en la mitad de la vida.

Con distintas motivaciones y temores, hombres y mujeres de entre 40 y 50 años se aferran al rol que ocupan no porque sea lo que más les gusta hacer, no necesariamente porque los realice, sino porque los ayuda a identificarse. A la pregunta: ¿quién sos? La respuesta lleva el nombre con la actividad adherida como etiqueta. Juan Pérez, abogado. Ana Rodríguez, maestra. Y puede que esa actividad sea transitoria y no lo que más nos gusta hacer, y ni por casualidad defina quiénes somos o quiénes queremos ser en verdad en la vida, pero nos da seguridad y les permite a los demás y a nosotros mismos identificarnos y, mejor aún, encasillarnos.

Las mujeres y los hombres transitan ese camino de manera distinta, aunque en el fondo los angustie por igual. A ellas, cuando dejan el trabajo o lo relegan para ser amas de casa o criar a los hijos, les cuesta decir que ese rol es transitorio, demostraría cierto desapego a la familia y al lugar que ocupan hoy, y el temor a la mirada reprobatoria de los demás es un problema. A ellos les pasa lo mismo, creen que si muestran disconformidad con el trabajo que tienen o revelan que les gustaría retirarse quedan parados al borde de un precipicio.

Cuando Martín renunció a su empleo en el exterior para volver a la Argentina esta pareja de profesionales tuvo que enfrentar más de una mirada reprobatoria. Martín cuenta:

Nosotros habíamos decidido que íbamos a criar a nuestros hijos en la Argentina, y que nos estuviera yendo bien en lo económico afuera no cambiaba nuestra idea, pero tanto mis amigos como los de Cande, incluso nuestra familia, se alegraban de saber que íbamos a estar cerca pero también nos miraban con desconfianza porque íbamos a renunciar a lo que ya habíamos logrado y era simple la respuesta, el plan de vida iba por un lugar distinto del que recorría nuestro trabajo.

El trabajo te hace creer que sos el puesto de trabajo que ocupás o el volumen de negocios que aportás a la empresa, la cartera de clientes que tenés y si se te cae eso o renunciás a eso, dejás de ser.

¿Cómo se toman las decisiones en la «familia unida»?

Las parejas deben resolver problemas de dinero cotidianamente, en la conversación de todos los días está presente cómo se afrontan los gastos, si hay que hacer cambios en el presupuesto debido a la inflación o a algún cambio de ingresos de alguno de los

integrantes. Pero rara vez se plantea sobre la mesa de discusión *qué le pasa a cada uno con el dinero*.

No es fácil, como hemos dicho y queremos remarcar, el «dinero habla», es parte de la pareja y es complejo de abordar porque no se trata de charlas superfluas, sino que esconden lo que este representa para cada uno y ahí se ponen en juego valores, expectativas y temores.

Estas conversaciones pueden ocurrir en cualquier momento, pero sí o sí deben abordarse cuando se dan determinados eventos que llevan a la pareja a tomar decisiones: la compra de una vivienda, la compra del auto, el cambio de trabajo, la educación de los hijos, el destino de los ahorros que se mantienen para gastos individuales.

A él se le metió en la cabeza que quiere cambiar el auto que está impecable para que no se desvalore, cuando podríamos usar ese dinero para cambiarle los muebles del cuarto a los chicos y, además, a la casa le hace falta pintura.

No nos ponemos de acuerdo si queremos comprarnos un departamento más grande acá en la ciudad o ir a vivir a un barrio cerrado.

Ella le compra ropa nueva a los chicos en cada cambio de temporada, cuando la ropa del año pasado todavía está en buen estado y podrían aguantar. Si es ropa para jugar en la plaza o en el patio y que se ensucien, es un gasto innecesario.

Quizá una o todas estas frases te suenen familiares y las hayas escuchado o dicho en alguna oportunidad. Y aunque luzca como una conversación sobre temas domésticos, lo que verdaderamente se está poniendo en juego es la relación de poder en la toma de decisiones.

Muchos cambios que ocurren a nivel social se traducen en cambios en la toma de decisiones. Hoy se puede apreciar un ideal más igualitario a la hora de tomar decisiones, el modelo en el que el varón «manda» hoy es mal visto. Sin embargo, en la práctica, el poder en manos de quien es proveedor sigue estando presente, aunque se lo niegue desde el discurso. Es natural, los cambios tardan en materializarse.

En muchos hogares, la toma de decisiones está definida por la socialización de los roles: *el varón se encarga de los gastos más importantes y la mujer de los gastos más domésticos*. Pero aun en aquellas familias que se precian de tener un ideal igualitario en la toma de decisiones, las inequidades subsisten y la toma de decisiones genera conflictos explícitos y otras veces ocultos, difíciles de modificar y, al no tratarlos abiertamente, tienden a resentir la relación de pareja.

¿De dónde venimos y cómo nos comportamos?

La forma de administración y toma de decisiones de las distintas parejas tiene mucho que ver con la historia personal de los miembros, la historia familiar, así como el contexto en que se mueven, o sea, el entorno social en que se desenvuelven.

Esta situación luego se va a reflejar en la manera en que se gestiona el dinero dentro de la pareja y también va a mostrar lo que representa el dinero para hombres y mujeres, que casi nunca es lo mismo. Aun cuando el objetivo sea el mismo en la superficie, por ejemplo, comprar una casa, lo que dice esa decisión para uno y otro es distinto. Mientras que para un hombre esa decisión significa un logro, habla de quién es él y muestra su éxito, para una mujer representa seguridad, protección, es su nido.

Por eso, aunque en la actualidad encontramos diversos formatos de administración dentro de la pareja y todos pueden ser válidos, cada uno va a mostrar una orientación distinta, según el rol que ocupen hombres y mujeres en cada caso.

Dos autores reconocidos en el estudio del manejo del dinero en la pareja, Jan Pahl y Carolyn Vogler, han planteado cinco modelos de toma de decisiones en la pareja:

1) *Sistema de dinero común y administración conjunta*: En este sistema la toma de decisiones se realiza en conjunto por parte de los integrantes de la pareja y sería el ideal al que todos aspiran. A pesar de ello, no está exento de inequidades dentro de la pareja. En estos casos, lo que sobresale no es el acuerdo por la libertad que tendrá cada uno en el uso del dinero o cuánto va a consensuar cada decisión que se tome, sino que hay una base común de objetivos y valores, sobre qué es el dinero y para qué sirve, y como consecuencia no hay tirantez en compartir los ingresos o negociar los gastos.

2) *Sistema de dinero común y administración por parte del varón*: En este caso el dinero es administrado totalmente por el varón y en la toma de decisiones prevalece ampliamente su postura. Aun cuando haya un régimen de coprovededores, el aporte de la mujer es descripto como secundario. La agenda de estas casas tiende a priorizar el cambio de auto, la ampliación de la casa, la compra de un segundo auto, como muestras de lo que el hombre puede lograr para su familia, son una medida de quién es él. Las mujeres, en este modelo, son más conservadoras que los hombres, ya que adoptan la postura de delegar la administración porque consideran que el hombre se sentirá más realizado de esa manera.

3) *Sistema de dinero común y administración por parte de la mujer*: Similar al anterior, pero con la preponderancia de la mujer. Es el caso más inusual. La mujer toma las decisiones en función del dinero que ingresan los dos a la casa, pero no porque crea que va a hacer mejores negocios o incrementar el patrimonio, sino porque se considera que es mejor administradora y que tiene más en claro que el hombre las necesidades y urgencias que tiene la familia.

4) *Sistema de administración y toma de decisiones de una cantidad asignada*: En este modelo, los dos aportan fondos, pero sólo uno decide por el total, la otra parte tiene injerencia en una cuota de la agenda. Generalmente la mujer sólo toma las decisiones relacionadas con el funcionamiento del hogar. En cambio el hombre decide sobre los temas de inversiones. Es el sistema más extendido en aquellas parejas más tradicionales o de mayor edad, en donde el rol del varón se identifica con el de ser proveedor y por lo tanto el dueño del dinero del hogar.

5) *Sistema de administración separada*: En este modelo cada uno administra el dinero que gana de forma separada y autónoma y por lo tanto cada uno se hace cargo de distintos gastos de la familia. Este sistema, que está muy extendido en las parejas jóvenes, genera problemas desde su concepción, dado que se

contradice con el concepto ampliamente aceptado de familia de «causa común» y más aún si uno de los miembros de la pareja gana menos que el otro. Puede funcionar adecuadamente cuando ambos miembros ganan dinero similar, pero si la carrera de uno de los dos despegas o se hunde, el conflicto está a la vuelta de la esquina.

De eso no se habla

La forma en que se toman las decisiones influye en quien detenta el poder y de qué manera se ejerce. Hay veces que la toma de decisiones encubre acuerdos «tácitos», o dicho de otra manera, cuestiones de las que «no se habla», que permiten que la pareja no entre en conflicto y no discuta. Esta situación no es inocua y después aparecen distintos «síntomas» como consecuencia de este modo de actuar, que muchas veces se traduce en lo que en este libro vamos a llamar «infidelidad financiera» y que describiremos en detalle más adelante.

Otras veces la toma de decisiones es «manipulada» por uno de los miembros y si bien parece que hay acuerdo, el mismo es sesgado y también genera conflicto. Muchas veces las mujeres se adelantan a las malas reacciones que pueden tener los maridos ante determinados temas y otras veces se «tragan» posibles conflictos.

«No le digas a papá que nos compramos esta ropa nueva, cuando nos la vea puesta quizá lo nota y quizá no, pero ya la compramos.»

Estas situaciones cotidianas no son otra cosa que un «conflicto latente». La forma de solucionar este problema, o la forma ideal de conducirse, sea dentro de un modelo tradicional o más igualitario, es que cada uno pueda expresar lo que piensa y siente con libertad e independencia. Esto quiere decir que se pueden expresar y actuar a su buen saber y entender como si debieran actuar de manera individual o siendo conscientes de que estando en pareja prefieren delegar funciones o la toma de decisiones, pero estando plenamente conscientes de ello, de manera que si el día de mañana se encuentran sin pareja, puedan asumir todas las responsabilidades económicas. Deberían actuar sin sentirse amedrentados por la mirada de otro, más poderoso o con más derechos.

Hombres y mujeres: distintas percepciones sobre el uso del poder

En la constitución de la personalidad del varón tradicional juegan muchos factores sociales y culturales que avalan la idea de que:

- Dinero es equivalente a poder.
- El poder es el camino al respeto.

Esto repercute en la toma de decisiones en la pareja.

- Cuando el hombre gana más que la mujer, cree que sus ingresos superiores le otorgan mayor poder en la toma de decisiones del hogar.

Por el contrario:

- Cuando la mujer gana más que el hombre, casi siempre prefieren un «sistema democrático» en la toma de decisiones del hogar.

El distinto significado del dinero para los sexos genera controversias en la pareja. Pero esas controversias pueden volverse un problema cuando uno de los dos decide ejercer poder y control sobre el otro. Aun cuando el que es sometido muestre aceptación al modelo, esconde, detrás de esa sumisión, inseguridades, temor a la ruptura de la pareja, mandatos familiares, pero inevitablemente acumula rencores y frustraciones ocupando ese rol que en algún momento aflorarán en forma de conflicto. Porque

Ejercer poder y control sobre el otro miembro de la pareja no es compatible con la necesidad de intimidad y complicidad que la misma requiere.

Pareja significa estar parejos, ir juntos, caminar uno al lado del otro, y sólo se logra ese objetivo si ambos están dispuestos a mostrarse como realmente son, con sus fortalezas y sus debilidades. Y eso es fácil de asumir para las mujeres, es bien visto, pero no así en los hombres.

Ellos tienen dificultades para entender que el poder debe ser compartido y que si no lo hacen se están haciendo daño a sí mismos y boicoteando la pareja. Pero las mujeres deben entender que cuando los hombres se apoyan en el concepto de que «más dinero=más poder» no están haciendo otra cosa que cumplir con un mandato cultural y ponerse a la defensiva escondiendo detrás de esa falsa fortaleza la terrible carga que sienten por ser proveedores del hogar y responsables por el bienestar económico de la familia. El modelo de Superman que describimos en el capítulo 3 y al que las generaciones más jóvenes le quieren escapar, no siempre con éxito.

No sólo los hombres deben entender esto para modificarlo y que no se les vuelva en contra, sino que también las mujeres deben ser conscientes, plantearlo en la pareja y buscar modificarlo para encontrar un equilibrio.

¿Qué debería tener en cuenta la mujer para buscar un punto de contacto con el hombre sobre este tema?

1) Entender ella y hacerle entender a su pareja que compartir la toma de decisiones no tiene que ver con un estado de vulnerabilidad o falta de carácter sino que en el bagaje cultural de la mujer prevalece la formación para cuidar del hogar y no para ver el mundo jerárquicamente.

2) Las mujeres deben desterrar la idea de que no son buenas para las matemáticas y el manejo del dinero. No será una tarea sencilla porque está arraigada, pero muchas veces son ellas las principales responsables de ocupar un rol secundario. Un ejemplo de esto es que un banco de inversión hizo una encuesta en una escuela secundaria de los Estados Unidos preguntándoles a chicos y chicas qué tan buenos eran para las matemáticas y el manejo del dinero. Los chicos respondieron que son «bastante buenos» y las chicas «no somos muy buenas». La realidad es que ambos sabían lo mismo respecto del dinero, la diferencia era el «nivel de confianza».

3) Si bien en la mayoría de los casos las mujeres ganan un poco menos que los hombres para puestos similares y de igual responsabilidad, esa barrera de discriminación que mantiene el mercado laboral no puede transformarse en una verdad para nosotros, debe ser visto como lo que es, un problema. Si los hombres siguen pensando que a mayor dinero/mayor poder, la diferencia de ingresos para el mismo cargo mina el nivel de confianza de las mujeres. En aquellos casos en que el hombre ejerce mucho poder o lleva el nivel de dependencia de la mujer al máximo, logra someter a la pareja con el temor implícito —y a veces explícito— de que si se rompe la pareja ellas van a quedar en la calle. Salvo situaciones absolutamente extremas, no es una posibilidad real, pero claramente generará un brutal resentimiento en la pareja, que conducirá de manera segura a la infidelidad financiera.

Las mujeres son responsables del lugar que ocupan en relaciones de poder desigual, por comodidad, por falta de personalidad, por temor, pero son las que pueden protagonizar el cambio. Y en más de un caso encontrarán un caballero aliviado de poder sacarse el traje de Superman que tenían puesto por mandato y que también escondía temores.

Hoy en día la postura extremadamente autoritaria del varón en la toma de decisiones casi no existe, y cuando aparece es condenada por el entorno. Sin embargo, en las generaciones que están por encima de los 40 años, muchas veces el hombre logra imponerse de una manera sutil. Se juega un juego de negociación, que en realidad es falso y superficial, se *insinúa* una negociación y una búsqueda de acuerdos que en realidad es una *información o comunicación* a la mujer o a la familia de la decisión tomada por el varón, para que todos se adecuen a su plan.

Cuántas veces escuchamos:

- Vos que manejas los números ¿cuánto podemos gastar en las vacaciones así voy pensando adónde podríamos ir?
- ¿Cómo estamos de dinero para festejarle el cumple a los chicos en un salón?
- Vamos a cambiar el auto porque ya estamos atrasándonos mucho con el modelo, ¿te gusta el que elegí?
- La cochera de la oficina aumentó un 20% así que vamos a tener que ajustar algunos gastos en casa.

Todos sabemos cuáles son frases dichas por un varón y cuáles por una mujer. No es más que una confirmación del mayor poder del varón en la toma de decisiones.

Al tener el varón mayor influencia en la toma de decisiones, también ejerce el control del dinero que gasta la familia y por lo tanto supervisa los movimientos. En muchos casos, la mujer esto lo sufre y debe comenzar a recortar gastos para adecuarse al presupuesto establecido «de común acuerdo» y pierde autonomía.

En las entrevistas con mujeres en pareja hace más de 10 años escuchamos:

- Él me pregunta cuánto dinero necesito para el mes y en función de eso, me da. Incluso algunas veces me insiste para que haga una planilla de cálculo con los gastos para estar más organizados, aunque la única que discrimina en qué usa el dinero soy yo. No tengo idea de cuánto gasta él.

- Con los chicos aparecen todo el tiempo gastos que no estaban programados, y yo hago malabares para cubrirlos recortando alguna otra cosa para no tener que pedirle de nuevo dinero a mi pareja. Si lo hago, lo más probable es que terminemos discutiendo si el gasto es necesario o no y prefiero hacer un sacrificio que terminar en una pelea. Este mes no voy a la peluquería, los chicos tienen lo que pidieron y él no me recrimina nada, ya está.

- Yo tengo una reserva armada para los gastos que yo quiero hacer sin rendir cuentas. Es mi plata, si quiero ayudar a mi mamá no pido permiso, si tengo una emergencia me saca de apuros y si quiero comprarme unos zapatos nuevos lo hago sin tener que pasar por el interrogatorio de mi marido que me pregunta cuánto cuestan, si no hay más baratos en otro lado, si no me sirven los del año pasado, si no puedo usar los marrones con el conjunto negro... ¡me pone de mal humor! Eso sí, el plan perfecto incluye gastarle la suela a los zapatos nuevos en el cordón de la vereda, para que cuando me pregunte si son nuevos le muestre la suela para probarle que están usados... Y no se da cuenta...

Esta situación es injusta e incómoda para la mujer y peligrosa para la pareja, pero absolutamente frecuente en matrimonios constituidos por mayores de 40 años.

Esta situación se agrava cuando el hombre adquiere el rol de experto en temas financieros y deja a la mujer en posición de inferioridad a la hora de negociar y establecer un diálogo.

La idea la explica muy bien Luis Bonino (psicoterapeuta y director del Centro de Estudios de la Condición Masculina, de Madrid) con lo que define como «conductas micromachistas», que en pequeños gestos cotidianos revelan la superioridad masculina. El hombre adquiere una postura de detentar el saber en determinados temas y no revelarlos a la mujer para que no compita con él por el poder.

Esto puede darse incluso cuando la mujer gana más que el hombre, y es él quien termina tomando las decisiones. Qué contradicción la de las mujeres que después de criticar un punto de partida de inferioridad debido a un ingreso menor que el del varón, cuando ganan más, repiten el lugar secundario en la toma de decisiones y pierden su autonomía.

Podemos decir que estamos ante un caso en donde la «coerción» de parte del varón no se da por su mayor ingreso sino que muchas veces se da al desoír las necesidades de las mujeres o lo que es peor, tratan por todos los medios de disminuir la autonomía de la

mujer y seguir manteniendo su ideal de proveedor del hogar.

En entrevistas con hombres de más de 40 años escuchamos:

- Ella sabe que no puede hacer gastos sin consultarme porque nuestros sueldos no son infinitos. Yo pago todo lo importante de la casa y ella se encarga de ahorrar para las vacaciones o para darnos algunos gustos.
- Como mi mujer no trabaja, yo le doy un «sueldo» para que ella gaste en lo que quiere y necesita. Así no me tiene que rendir cuentas y puede disponer. ¿Y yo? El dinero que gano se usa para pagar las cosas necesarias en la casa y el resto lo ahorro o lo invierto pero en eso mi mujer no tiene influencia, ya sé que son bienes gananciales, pero ella sabe que eso es mío, yo soy el que trabajo.
- Yo no quiero que ella se preocupe por nada, ya bastante que trabaja y querría estar más tiempo con los chicos. Si la pongo al tanto de las cuentas tengo que explicarle todo y ya se dio así, que yo me encargara de la plata, y nos ha funcionado siempre. Ella puede plantearme todo lo que quiera hacer con el dinero, y si se puede, no dudo ni un minuto en darle el visto bueno.

Aunque los formatos parecen muy distintos, todos esconden un estilo de pareja en el que la mujer ocupa un rol secundario. El que decide sobre el dinero es el hombre. Un marido que se presenta como amoroso y no quiere que su mujer se preocupe en realidad subestima la capacidad de su pareja. Una mujer proveedora que descansa en la administración que hace su marido del dinero que ella gana teme que su marido se sienta débil si ve desdibujado su rol de «proveedor». Los prejuicios y los temores les ganan en la pelea por la libertad y la autonomía a ambos sexos.

El conflicto de lo tuyo, lo mío y lo nuestro

Un camino frecuente por el que optan las parejas para evitar los problemas es determinar la forma en que se distribuirá el dinero, fijando gastos comunes y personales, en una negociación a conciencia en la que ambos se expresen con libertad y queden satisfechos.

Pero ése es sólo el comienzo del camino. Porque es habitual que en este formato que luce, a priori, justo, suelen quedar «zonas ambiguas» que llevan al conflicto más temprano que tarde.

Una de las cosas más frecuentes es *no diferenciar correctamente gastos comunes de gastos propios*, y así uno de los miembros de la pareja debe asumir y pagar de su dinero compromisos que deberían compartir. Esto disminuye el dinero disponible para los gastos personales, lo que agrava la desigualdad, ya que *mientras que los gastos comunes son consensuados, los gastos personales no*. El que tiene que enfrentar mayores gastos comunes pierde autonomía frente al otro. Aporta fondos de los que podría disponer libremente a pagar cuestiones que están preestablecidas y pautadas.

Otro conflicto en este modelo de negociación se da cuando una de las partes influye y

condiciona las decisiones de los gastos personales de la otra, violando el principio de independencia e intimidad de los gastos propios. El que tiene mayor influencia sobre el otro gana terreno en detrimento de la autonomía del otro.

Esto suele ocurrir mucho con gastos no tan elevados pero que sumados adquieren cierta importancia. Generalmente es la mujer la que sale a comprar alguna cosa para la casa o sin salir a comprar específicamente algo, cuando lo ve, le gustó y lo compra. También es la que se encarga de los regalos, la ropa de los chicos o los pedidos de materiales que hace el colegio. Dado que estas compras no son regulares, como pueden ser los gastos de servicios o de alquiler, no siempre están en el presupuesto del hogar y no está muy claro cuáles corresponden a gastos individuales y cuáles comunes. Puede ser que la mujer le quiera comprar un regalo a los hijos simplemente porque le gustó y cualquiera podría pensar que debería salir de sus propios gastos. Pero también es válido pensar que debería ser un gasto común, ya que el niño iba a necesitar equiparse. Esa zona gris es comúnmente absorbida por las mujeres, que ven resentido su presupuesto para gastos personales.

Es verdad que si el dinero propio se le termina antes, le puede pedir ¿«prestado»? al marido, pero eso implica una cierta forma de dependencia y subordinación y entrar en una discusión nuevamente sobre cómo considerar cada tipo de gasto.

Para evitar el potencial conflicto sobre el destino del dinero, muchas mujeres prefieren no plantear seriamente este problema a sus maridos que ni se enteran de que hay un conflicto latente. El problema llega cuando le piden a su esposa que haga un gasto común y ella revela que no le queda dinero. El hombre muestra sorpresa, porque nunca se enteró de los gastos necesarios y comunes que hizo su mujer. A la sorpresa le sigue la pregunta «querida, ¿en qué TE gastaste el dinero?» porque él no sabe que lo usó para gastos comunes y desata todo el resentimiento acumulado por su pareja porque ese mes tuvo que limitar sus gastos personales por haber absorbido una larga lista de pequeñas cuentas de los niños, de la casa, y hasta del marido.

Pero en muchas oportunidades los hombres son completamente conscientes de lo que sucede y ante el menor indicio de que emerja el tema, tratan de evitarlo para que prevalezca el statu quo en el hogar y no haya cambio en la administración del dinero. De esta manera el hombre conserva y protege su posición más ventajosa respecto del uso del dinero para consumo propio y gana autonomía contando con más disponibilidad para usar el dinero según sus decisiones personales.

No hay un responsable, la culpa es compartida.

Dado que las mujeres no presionan a sus maridos y los maridos no quieren que haya cambios, los mismos nunca se producen.

Mi dinero es valioso, tu dinero es superfluo

Te proponemos un ejercicio. Pensá cuántos chistes se te ocurren en cinco minutos sobre mujeres que son gastadoras. Y luego tomate el mismo tiempo para pensar alguna broma sobre hombres derrochadores. No necesitamos aclarar la diferencia, ¿verdad?

El gasto individual del varón está legitimado y se considera una inversión, mientras que el de las mujeres genera muchos conflictos, porque más que un gasto se interpreta como un derroche.

Si bien las mujeres lo toman como un chiste, es una fuente de conflictos. Si lo pensamos seriamente, es como cuando años atrás se hacían chistes sobre el alcoholismo o el tabaquismo, temas profundamente dramáticos, como lo es también que haya alguien en el hogar que gasta sin control y puede poner en riesgo la estabilidad de una casa.

Lo que suele suceder es que los gastos de las mujeres son más transparentes y explícitos, pero no por ello aceptados. Se los considera como derroche y no son aceptados por los varones, incluso si dichos gastos se relacionan con su trabajo, como la asistencia a un curso o la compra de ropa adecuada para el trabajo.

Si una mujer debe gastar o invertir en un curso de capacitación para su desarrollo profesional debería considerarse un gasto común, porque no sólo le dará crecimiento personal sino que redundará en beneficio de la familia, pero la pareja varón pueda hacerla considerar un gasto propio, cuando en realidad debería ser común.

En cambio en los hombres los gastos personales están más legitimados y en muchos casos se «visten» de inversiones aunque no siempre dichas inversiones salen bien. Incluso suelen darse más derroches en los gastos de los varones, pero de eso no se habla.

Algunos ejemplos de gastos-derroches en los que los hombres superan a las mujeres: salidas grupales, equipo e indumentaria para hacer deportes, gadgets tecnológicos, equipamiento para el auto. ¿Cuántas veces escuchaste cuestionamientos sobre este tipo de gastos y cuántas sobre las mujeres que compran mucha ropa?

Las mujeres pueden explicar con naturalidad que buscan un lugar económico para salir a comer o que usarán una promoción especial para comprarle el regalo en conjunto a la amiga que cumple años, algo que incomoda muchísimo a los hombres, sobre todo a los mayores o más tradicionales.

Sin embargo, muchas veces las mujeres esconden detrás del comentario de que buscan precio y descuentos para cuidar la economía, que en realidad no gastan porque eso les traerá problemas en casa. Prefieren admitir problemas económicos que aceptar que el varón les pone límites o las controla.

Cuando las entrevistamos, las mujeres lo explican claramente.

«Es que ellos ven sólo la foto y no tienen idea de toda la película, están concentrados y preocupados por los gastos grandes y no prestan atención a los pequeños, que son

también muy necesarios», dijo una entrevistada.

«A él le parece que si el gasto es pequeño es porque se puede evitar, y muchas veces no es así», se queja de la asignación del dinero otra mujer en las conversaciones que mantuvimos preparando este libro.

«Mi marido sale a almorzar todos los días al mediodía con sus compañeros de trabajo, y cuando le digo que llevé a los chicos después del cole a almorzar a un fast food lo considera un gasto innecesario. Y yo les suspendo la salida a los chicos, pero ni loca le planteo a él que se lleve una vianda a la oficina porque me saca corriendo», protesta otra.

Lo más llamativo de todas estas frases dichas por mujeres de entre 38 y 45 años en una entrevista conjunta es que todas admiten que no le plantearon nunca en estos términos la situación a su pareja. Una vez más, las mujeres terminan convalidando un lugar secundario en relación al dinero y la pareja.

Él toma decisiones, ella ejecuta

Un formato extendido en la administración del dinero en la pareja es aquel en el cual la mujer se encarga de todas las compras pequeñas y frecuentes, mientras que el varón sólo interviene cuando se trata de desembolsos grandes y esporádicos. La mujer decide la compra cotidiana del supermercado y el hombre interviene cuando se trata de comprar un electrodoméstico.

¿Cuánta autonomía hay en la mujer que adopta este formato? Las decisiones recurrentes tienen que ver con las necesidades cotidianas de la familia: alimentarse, pagar cuotas, vestirse, etcétera, que terminan conformando una tarea más de las muchas que implica la vida doméstica y recaen en la mujer.

Pero no debemos confundir:

Manejar los gastos del hogar con manejar el dinero en la familia.

Quien se encarga de los gastos cotidianos es un «gerente» del dinero y ejecuta las órdenes del director de la familia.

Pero de ninguna manera esta función otorga poder, todo lo contrario: es más trabajo y más ingenio para ajustarse a un presupuesto y, en definitiva, persigue un criterio de obediencia.

Sin embargo hay otras decisiones que no son tan frecuentes, y que tienen otra envergadura y que en las parejas más tradicionales y de mayor edad, son tomadas por el varón, lo que normalmente podemos decir que es quien «tiene la última palabra».

En la realidad se da una paradoja, porque a los ojos del exterior y cuando se va a tomar una decisión importante se suele decir en broma que la que tiene la última palabra siempre es la mujer, cuando en la realidad quien la tiene generalmente es el hombre.

Esto tiene mucho que ver con lo que está socialmente aceptado sobre qué decisiones toma un hombre y cuáles una mujer. Por ejemplo, se espera que el hombre sea el que decida qué auto hay que comprar y cuándo hacerlo, elija la computadora del hogar o el aire acondicionado, mientras que la mujer define las marcas de alimentos que se utilizan, opina sobre el colegio adonde irán los chicos o el destino de las vacaciones.

Pero más allá de lo que está socialmente arraigado —y que muestra lentos cambios en las generaciones más jóvenes— autores como el sociólogo español Gerardo Meil han clasificado a las familias según la toma de decisiones:

- *Patriarcales*, con predominio del poder de decisión masculino.
- *Simétricas*, donde las decisiones importantes se toman en conjunto o una decisión importante por parte de uno es compensada por otra toma de decisión importante por parte del otro.
- *Matriarcales*, donde predomina el poder de decisión de la mujer.

Si bien esto puede influir en las parejas en función del tipo de familia de la cual proceden, lo que abunda en parejas con más años de convivencia es lo que Clara Coria ha definido mejor que nadie:

«Los hombres administran el dinero de la abundancia y las mujeres el de la carencia», haciendo alusión a las grandes y pequeñas decisiones. Esto atenta contra la autonomía de las mujeres, que no hacen lo que quieren, sino lo que pueden y lo que deben.

Lo que subyace a la toma de decisiones y en especial a las grandes decisiones es que se da prioridad a unos gastos sobre otros y tiene que ver con la escala de valores que posee la pareja. Acá se ve bien cómo funciona la negociación y el poder.

El autoengaño de la mujer

Hoy en día las decisiones unilaterales por parte de los hombres están en proceso de extinción. Sin embargo, en las parejas patriarcales, si bien la decisión final no se toma sin el consentimiento final de la mujer, muchas veces esta asiente aunque no esté de acuerdo.

La costumbre es repetir en estas parejas que «ella tiene la última palabra», pero ambos cónyuges saben implícitamente que no es así.

Pero las estrategias que supuestamente evitan conflictos de pareja no siempre logran su objetivo. Por el contrario, desencadenan distintas estrategias para aliviar el enojo que siente el dominado. Algunos casos:

- Las normas sociales mandan. Las mujeres tienden a justificar determinadas decisiones de sus parejas por las normas sociales, aunque van en contra de la igualdad que pregonan. Por ejemplo, los hombres llevan más dinero en el bolsillo que las mujeres y por lo tanto pueden afrontar mayores gastos. Ellas lo justifican argumentando que por su trabajo ellos se ve obligado a invitar clientes. Pero al mismo tiempo empieza a separar y esconder dinero para ella, para sentir que compensa la pérdida de autonomía que significa que él controle el dinero.
- Poder y miedo. Algunas mujeres aceptan el poder del hombre, aunque después tengan que convivir con los miedos y preocupaciones que sus decisiones les generan. Un caso frecuente es cuando ellos deciden comprar un auto más nuevo y de mayor valor. Ella sabe que esa decisión implicará ajustarse en otros gastos porque aumentarán los costos fijos de la casa, pero acepta la idea y hace propios los argumentos de él ante su entorno. Le cuenta a sus amigas y a la madre que este vehículo es más cómodo, tiene mejor sistema de seguridad, etcétera. Al mismo tiempo empezará a convivir sin reclamos con el ajuste de gastos cotidianos para mantener el nuevo «chiche» de la casa. Pero si aparece un problema en el auto ella le hará sentir que tomó una mala decisión, responsabilizándolo por todos los males que trajo aparejada la compra. Aunque podría haber planteado con firmeza que estaba en contra de la decisión en el momento de tomarla. Si consintió, es tan responsable como el marido de lo que sucedió después.

El modelo de toma de decisiones por el que opta una pareja debe servir a la autonomía de ambos.

El eje de este libro es que tanto hombres y mujeres puedan lograr la autonomía en sus distintos órdenes de la vida, que en este caso particular se traduce a través de los comportamientos respecto del dinero.

Como hemos visto, la autonomía se relaciona con la capacidad de llevar adelante acciones que se desean por propia voluntad y que no siempre van a tener la aprobación del otro.

El tema es que la forma en la que se construye la autonomía en hombres y mujeres es diferente. La filósofa Nancy Hartsock señala que los varones intentan ejercer el poder «por sobre alguien». Se construyen a sí mismos para dominar a otros. Mientras que la mujer intenta «ganar poder para», visto como la posibilidad de realizar cosas que muchas veces no puede o para las que se autolimita.

Como se ha señalado anteriormente, los hombres han crecido y han sido educados para ser independientes y tener el control de sus vidas. Y en ese proceso han sido apoyados y ayudados por las mujeres para construir su autonomía e identidad.

En cambio las mujeres no han sido educadas para la autonomía, y muchas veces los cambios que propugnan no están exentos de culpa, inseguridades y buscan la aceptación del varón. El ser autónomas no es algo que viene dado para las mujeres, sino que hay que conseguirlo.

Para nosotros es el gran tema que las mujeres en la mitad de sus vidas deben poner en su agenda, el que debe ocupar más espacio en su cartera, y probablemente el que debe estar primero en la escala de objetivos a lograr en la vida. El desafío de los

caballeros y sus billeteras es impulsar y validar esa independencia como un logro. Ello redundará en parejas más armoniosas y les evitará convivir con conflictos latentes que a la larga o a la corta van a estallar.

Hay infinidad de ejemplos de cómo la mujer toma la decisión de ayudar a construir la autonomía del varón a expensas de la suya. El más común se da cuando la mujer deja un trabajo remunerado y con excelentes perspectivas de crecimiento profesional, para dedicarse a la crianza de los chicos y, en muchos casos, una vez que los chicos crecen, se enfrentan a la dificultad de reinsertarse en el ámbito laboral.

Los hombres deben dejar de lado sus inseguridades y temores, e impulsar las carreras, el trabajo, la toma de decisiones independientes de sus parejas, aunque en la vida cotidiana eso implique un sacrificio. Habrá que cocinar el día que ella tiene examen final y aceptar que hay que negociar antes de definir un gasto importante.

Es un esfuerzo, porque la autonomía de los varones está perfectamente legitimada mientras que la autonomía de la mujer no lo está tanto. De hecho, cuando una mujer muestra autonomía en una pareja sufre la condena social de ser señalada como mandona y suenan las frases «ese es un dominado» o «la que lleva los pantalones del hogar es ella».

Lograr la autonomía de ambos miembros de la pareja no es imposible, pero requiere un amplio trabajo de ambos, para que las decisiones que se toman en la pareja no generen resentimientos. El premio no es menor: libertad y armonía ocuparán el lugar que antes llenaban el rencor y los temores.

INFIDELIDAD FINANCIERA. CUANDO LA DESCONFIANZA IRRUMPE EN LA ECONOMÍA FAMILIAR. QUÉ ESCONDEN MÁS FRECUENTEMENTE MUJERES Y HOMBRES A SUS PAREJAS. LAS RAZONES DETRÁS DEL TEMOR A HABLAR DE DINERO. LUCES AMARILLAS PARA DETECTAR LA INFIDELIDAD FINANCIERA Y LAS HERRAMIENTAS PARA EVITAR UNA CRISIS QUE LLEVE A LA PAREJA A LA RUPTURA.

Secretos y mentiras: infidelidad financiera

El engaño más caracterizado de las parejas es el amoroso, pero no es el único.

¿Qué esconden más frecuentemente hombres y mujeres a sus parejas? Las razones detrás del temor a hablar de dinero. Herramientas para evitar una infidelidad financiera que desencadene la ruptura.

Fernanda pasó de ser la mujer más envidiada por sus vecinas en el barrio cerrado donde vivía a tener que esconderse por la vergüenza de haberlo perdido todo. Cuando nos cuenta su historia pasaron cinco años de aquel momento, y recién ahora puede decir que lo que la avegonzaba en verdad era no haber advertido lo que estaba pasando delante de sus narices.

Para mí todo empezó el día que recorriamos la casa que nos íbamos a comprar. Era la más linda del country en el que vivíamos y donde alquilábamos una linda casita. Esta duplicaba los metros que teníamos, estaba cerca de la zona donde vivían mis mejores amigas en el barrio y el jardín era soñado. Yo ya había hablado con mis amigas de las reuniones que haríamos con todos los chicos allí, para que compartieran tiempo juntos y crecieran con el formato de vida que nosotros, con David, habíamos proyectado. Era una casa ostentosa, es cierto, y él insistía por el precio alto, pero lo valía.

Lo que yo le remarcaba era que si teníamos un auto deportivo de lujo porque a él se le ocurrió, también podía ser lujosa la casa, y en definitiva era mucho más importante para la familia que el auto que él había comprado sin que yo le diera el consentimiento.

En definitiva, para mí todo empezó recorriendo esa maldita casa porque él se paró en el medio de un pasillo y quedó petrificado. Yo lo llamaba para que viniera hasta la cocina, que era hermosa, con vista al jardín y el lago. Yo ya proyectaba mis mañanas tranquilas ahí, compartiendo un café con mis amigas después de llevar a los chicos al cole y hacer gimnasia.

—Vení, tenés que ver esta cocina, te morís... —le dije desde la puerta.

Y él, paralizado en el medio del pasillo, cambió la cara, me miró y me dijo:

—Yo no voy a comprar una casa para que te la quedes vos.

La frase estalló en el pasillo, y mientras resonaba en mi cabeza me fue cambiando la cara. En un primer momento pensé que era una broma, pero fueron 5 segundos, su expresión decía algo más. Después de decirlo siguió recorriendo la casa con el agente de la inmobiliaria como si nada, pero yo lo conocía desde los 15 años, su forma de caminar, la expresión, todo en él mostraba su incomodidad. Mientras lo veía caminando por la galería que ya no iba a ser nuestra, tomé conciencia de que no era una frase dicha al pasar. Era lo que pensaba, me iba a dejar y no quería que me quedara con una casa.

Y fue así, a los tres días volvió muy tarde, mucho más tarde de lo normal, yo estaba viendo una película en el living y se sentó a mi lado. No me saludó con un beso, no me preguntó qué veía ni por los chicos, sólo miraba fijo al piso.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con mucho miedo, porque sabía cuál era la respuesta y no sabía si me iba a decir lo que yo ya sabía o me iba a mentir.

—Estoy confundido, necesito un tiempo —soltó sin levantar la vista y empezó a proyectarse ante mis ojos una película de terror.

A la primera que le conté al día siguiente fue a Camila, mi mejor amiga, que estaba terminando de atravesar un divorcio reconflictivo y yo traté de acompañarla en ese proceso convencida de que la entendía. Mucho tiempo después le tuve que pedir perdón, era imposible imaginarme lo que ella sentía sin haberlo vivido. Esa mañana Camila me consoló.

—No te angusties, vas a ver que va a terminar todo bien, es difícil tener mucha presión en el laburo, hijos chiquitos, y debe estar abrumado por tantas responsabilidades.

Y yo le creí. Para mí, David no era como el ex de Camila, que le había sido infiel, que no le dirigía la palabra, que había regateado hasta lo imposible para la cuota que le correspondía poner para mantener a sus hijos. Sin embargo, la frase que me había dicho tres días antes cuando fuimos a recorrer la casa que queríamos comprar me resonaba en la cabeza... «Yo no voy a comprar una casa para que te la quedés vos.»

La calma duró poco, pero fue el tiempo suficiente para que yo firmara, confiada, todos los papeles de operaciones de negocios que había que hacer en la empresa que habíamos fundado juntos. Cuando descubrí que él tenía otra relación también me enteré de que ya no teníamos empresa.

Fui tomando conciencia de lo que había pasado de a poco, durante mucho tiempo lo seguí defendiendo. Es que no quería que los chicos tuvieran una mala imagen del papá, así que yo lo defendía. Me acuerdo la cara que pusieron las chicas cuando les conté que tenía cortada la prepaga por falta de pago. Camila estaba más enojada que yo.

—Es un hijo de puta, no le importan ni sus hijos, no puede venir en un Audi a decirte que no tiene plata —me dijo ese día.

Yo le contesté lo que creía sinceramente, al menos hasta ese momento.

—Es que está enojado conmigo, yo sé que tiene guita y no la quiere compartir conmigo, pero si los chicos la necesitan porque pasa algo grave, él va a pagar lo que sea.

—Sos una pelotuda, no puedo entender que lo protejas y lo defiendas sabiendo que es un hijo de puta —me escupió Cami.

—No lo protejo a él, los protejo a los chicos, necesito pensar que es como yo digo, porque si no me muero Camila, entendeme —le grité.

Nos abrazamos, lloramos un poco, yo un poco más. Y salimos en su auto rumbo al cole a buscar a los chicos. Había que poner buena cara otra vez.

La velocidad con la que se fue deteriorando todo fue increíble. David ya había empezado a pagar a destiempo el alquiler de la casa en la que yo vivía con los chicos, dejó de pagar la prepaga, el seguro del auto estaba vencido y me decía que los negocios habían ido mal y la empresa que habíamos montado juntos 10 años atrás había quebrado y me pedía que achicara los gastos. ¿Él? Él estaba en un departamento en el centro, de tres ambientes, porque tenía que tener un cuarto para los chicos, con todo nuevo, para poder llevarse los con el régimen de visitas que correspondía. Y yo lo volví a entender, a justificar. Pero resultó que el tres ambientes lo necesitaba porque esperaba otro hijo con su nueva pareja, la que había sido su amante.

Saber que me había engañado con otra mujer me hizo tomar conciencia de que me había engañado con el dinero y con todo. Pero recién vi lo segundo cuando me enteré de lo primero. Y me enojé mucho conmigo misma, porque mirando para atrás era súper claro que me estaba engañando con todo. Y me dio mucha vergüenza, ¿cómo no me había dado cuenta antes?

Se compró un auto deportivo y teníamos dos bebés, era obvio que su vida era distinta de la que habíamos acordado juntos. Yo quería volver a la oficina y a nuestra empresa y él me decía que aprovechara a cuidar a los chicos. Le insistía con volver a trabajar y me decía que avanzara con un emprendimiento propio, pero no volviera a la empresa. La empresa supuestamente crecía y crecía, yo decía que estábamos asumiendo mucho riesgo y él me decía que lo dejara, que sabía lo que hacía. Y me equivoqué.

Cuando David se fue, dejó de aportar económicamente a la casa y además quebró la empresa que teníamos y yo tuve que salir a buscar trabajo de cualquier cosa. Yo, la que invitaba a todas en el barrio a tomar el té, pasé a ser la que se iba 9 horas al centro de la ciudad a trabajar de secretaria. Tenía mucha vergüenza de lo que iban a decir los demás, pero no sabés cómo me taparon la boca mis vecinos, cómo me bancaron.

¿Sabés que yo me encontré con la heladera vacía sin tener qué darle de comer a los chicos? Yo, la que estaba a punto de comprar la casa más linda del country. Y la llamé a Camila para pedirle que me prestara arroz y leche para hacer algo de comer, prometiéndole que se lo devolvería, claro que en ese momento no tenía idea ni cómo ni cuándo lo haría. Al día siguiente, llegué del trabajo y me tocó el timbre Mariana, otra de mis vecinas. Venía con una bandeja de canelones y me dijo: «Perdone, Fer, pero hice mucha comida y no me anda el freezer, ¿no te ofendés si te dejo una bandeja para los chicos?» Las dos sabíamos cuál era la verdad atrás de esa bandeja de comida que traía a casa mi amiga.

—Estoy segura de que David nunca creyó que le decía la verdad cuando le contaba que no teníamos para comer —se quiebra Fernanda cerrando su relato y volviendo a justificar a su ex.

Fernanda hoy vive en un pueblo de la Patagonia. Se fue lejos, a un lugar donde tenía familiares y donde la vida cotidiana con poco dinero es bastante más simple que en un country de zona norte. David sigue en la misma, prometió pagarle el colegio a los chicos y cada tanto la directora le avisa a ella que hay cuotas pendientes. Con el primer sueldo que percibió en su trabajo en la municipalidad del lugar invitó a sus hijos a cenar afuera. Era un día para festejar porque el trabajo y el sueldo fijo iban a ser dos grandes ordenadores de la nueva vida que emprendieron lejos de Buenos Aires. Fernanda tiene un trabajo, sus ingresos, y el convencimiento de que no volverá a dejar que otro tome decisiones por ella en materia de dinero. «Ni aunque me enamore de un príncipe árabe dejo el trabajo», jura cuando termina la entrevista.

La historia de Fernanda es extrema. Tan extrema como cierta. Pero, ¿cuántos casos conocemos de mujeres y hombres que esconden dinero o gastos a sus parejas, o que toman decisiones que involucran el patrimonio de los dos sin consultar u ocultándole la situación al otro?

Si miramos para adentro de nuestra familia, ¿quién puede levantar la mano y decir que nunca pasó por la situación de comprarse algo para gratificarse después de una pelea en casa o de guardar un dinero sin que la pareja lo sepa?

¿Conoce a alguien o tiene usted una cuenta en un banco que su pareja no sepa, por si algún día tiene que recurrir a ella?

La dimensión de estos hechos es absolutamente diferente, pero tienen como denominador común el carácter de secretos y mentiras respecto del manejo del dinero en común que ambos miembros de la pareja se han comprometido a llevar adelante.

En este libro llamamos a eso «infidelidad financiera».

La «infidelidad financiera» se define como una conducta o acto secreto relacionado con el dinero que involucra a uno de los miembros de la pareja, que lo hace menos confiable en la relación, por haber roto

Lo más habitual es que en una charla de amigos o incluso en un consultorio terapéutico al aparecer la palabra «infidelidad», todo se lleve al terreno del engaño físico y amoroso cometido por una persona; la psicología se refiere a cuestiones que tienen que ver con la «libido». Pero no es la única. Existe otro tipo de infidelidad, que es tanto o más perjudicial para las relaciones de pareja y es justamente la «infidelidad financiera».

Generalmente empieza con conductas pequeñas, sin consecuencias mayores. El que protagoniza el acto no le ve otra connotación que la de darse un gusto sin dar demasiadas explicaciones. Una mujer que se compra un vestido caro de algún diseñador famoso alegando que estaba discontinuado y costaba un 60% menos, pero en realidad no había descuento, o un hombre que compra un traje en las mismas condiciones; o cuando para la compra de algo se usan cupones de descuento, pero se oculta y se retira el dinero del valor total de la compra y el descuento que se ahorra va a parar a una cajita escondida, o en los casos más definidos, a una cuenta individual.

El problema es cuando, con el tiempo, estas conductas se vuelven cada vez más habituales y por mayores montos o más complejas y cada uno de los cónyuges, tanto hombres como mujeres, comienzan a justificarse y racionalizar estas decisiones alegando que están buscando su *seguridad financiera personal*.

Entre las conductas más frecuentes de infidelidad financiera podemos incluir acceder a créditos, poseer tarjetas de crédito, gastar o tomar prestado dinero, tener cuentas bancarias individuales, esconder en algún lugar dinero en efectivo, entre otras cosas.

Ya dijimos que el dinero por sí mismo no significa nada, sino que adquiere importancia por lo que representa. Por eso la infidelidad financiera no habla de dinero, sino de la relación de pareja. Sea una suma pequeña o grande, el engaño juega en contra de las parejas.

En la pareja, el dinero es una fuente de poder y cuando esa relación está desbalanceada, la infidelidad financiera puede aparecer. La persona que oculta dinero o una acción vinculada al dinero no es quien tiene el control, es el que se siente sometido. Reacciona en «rebelión contra el control» que la otra parte quiere ejercer.

La infidelidad financiera también se manifiesta como una forma de llenar el «vacío» emocional que se siente en la relación de pareja.

La infidelidad financiera no distingue países, razas, religiones o culturas

Podríamos citar como ejemplo a miles de inmigrantes que llegaron «sin nada» a nuestro

país desde fines del siglo XIX y que sin más ayuda que su propia capacidad de trabajo y su talento lograron forjar pequeñas, medianas e incluso grandes fortunas. Una de las cosas en común que tuvieron estas personas son las carencias y privaciones que sufrieron en sus países de origen, producto de las guerras que azotaron a sus países durante los siglos XIX y XX, así como la Gran Depresión de los Estados Unidos de 1930. Muchas de esas personas han manifestado en su vida adulta una tendencia a «amarrocar» o a «guardar» dinero por si mañana hace falta. Esto es producto de la personalidad que moldea el «imago dinerario».

Como parte de las enseñanzas a sus hijos, esa generación les ha inculcado la idea de tener siempre algo «separado» por las dudas. Esto es algo muy común en la enseñanza de madres a hijas mujeres: les confiesan que siempre han «traicionado» a sus parejas de esa manera. Se justifican por actuar así y lo recomiendan también. Están convencidas de que hacen patria con su idea.

Esa recomendación se da en una generación en la que la mujer mayoritariamente no trabajaba, dependía del hombre para su sustento y en caso de quedarse sola o abandonada terminaba en «pampa y la vía», un fantasma que les traía reminiscencias de su infancia (en muchos casos las penurias económicas que sufría la familia cuando el jefe de familia partía para la guerra).

La especialista Leslie Whitaker, en un artículo en la revista *Time*, ha señalado que la práctica de las mujeres de esconder cierto dinero de sus maridos proviene desde tiempos inmemoriales y que es común a distintas sociedades. Ella señala:

Las esposas, posiblemente, han venido escondiendo dinero de sus maridos desde que se inventó el matrimonio... Nadie sabe cómo han hecho muchas mujeres para esconder dinero de sus maridos, pero hay evidencia de que dicha práctica es extendida.

Pero hoy hay autoras que estimulan este tipo de prácticas. La especialista en finanzas personales Georgette Mosbacher, por ejemplo, *recomienda que las mujeres periódicamente separen pequeñas sumas de dinero de sus salarios, premios, dinero que se asigna para el presupuesto familiar e incluso el «cambio chico» con el objetivo de ir construyendo su propio patrimonio.*

A su vez, otra especialista, Heidi Evans, escribió en *ABC News* que las mujeres:

Vivimos más tiempo que los hombres; el dinero de nuestra jubilación es menor; las mujeres dejan los trabajos para criar a los hijos o cuidar a los padres ancianos y a pesar de eso sus pensiones no son las mismas que las de los hombres.

Esto demuestra que esta práctica, considerada por nosotros como infidelidad financiera, es algo que rige incluso en el presente y no sólo es propiedad de un solo país o cultura sino que está extendido a lo largo de los cinco continentes.

De hecho ese dinero «oculto» o «escondido» lleva un determinado nombre popular en cada uno de los países. En China se llama «hui»; en Japón le dicen «tonomoshia»; en los Estados Unidos, «nest egg»; los judíos le dicen «knippale»; las mujeres caribeñas «sous-sous» y en nuestro país se le llama «canuto», por señalar algunos ejemplos.

«Infidelidad financiera» vs «infidelidad amorosa»: dos caras de una moneda

Hasta que no se produjo la crisis de las hipotecas basura en 2008, que trajo como consecuencia una gran recesión y problemas económicos globales, los análisis sobre infidelidad financiera eran escasos y con conclusiones ambiguas. Pero a medida que las condiciones económicas globales empezaron a afectar el bolsillo de las familias, los investigadores comenzaron a descubrir que la infidelidad financiera empezó a superar a la infidelidad sexual como la mayor amenaza para las relaciones de pareja.

Durante 2013 una encuesta realizada por *Today.com* y la revista *Self Magazine*, que encuestaron a 23.000 adultos online, encontró que la mayoría de los encuestados (60%) veía a la infidelidad financiera tan dolorosa como la traición sexual y un tercio ligó ambos tipos de infidelidad diciendo que la mentira sobre el dinero, en última instancia, conduce a la mentira sobre el sexo.

En lo que se refiere a la infidelidad amorosa o sexual, ciertos rasgos de personalidad o físicos, como ser egoísta, ser atractivo, no tener control de los impulsos y la adicción sexual, aumentan las posibilidades de ser infiel, lo cual vale tanto para hombres como para mujeres.

En lo que se refiere a la infidelidad financiera, el egoísmo es un rasgo de personalidad que aumenta la posibilidad de que el proveedor (mayoritariamente el hombre) sea infiel, no así el que es dependiente del otro (generalmente las mujeres). Posiblemente esto es así porque el que es «mantenido» percibe que va en contra de sus intereses ser infiel y ve la posibilidad de ruptura con su pareja como un gran riesgo de quedarse sin nada.

En la práctica, es más probable que el hombre con un rasgo de personalidad dominante y materialista sea más infiel que una mujer. Esto es así porque la mujer le da más importancia a esos rasgos de personalidad en un hombre, que a la inversa.

Billeteras vs. carteras: cuál contiene más dinero de «infidelidad financiera»

Luego de realizar numerosas entrevistas, recabar distintas historias, leer diversos análisis sobre el tema para la escritura de este libro, se instaló entre nosotros el debate de quiénes son más infieles financieramente: si los hombres o las mujeres.

Hemos mantenido distintas charlas, algunas con humor, y otras no tanto, intentando defender los «colores» a los que cada uno pertenece y tratar de llegar a una conclusión.

Un estudio de *Today.com* y la revista *Self Magazine* señaló:

El 63% de los hombres y el 70% de las mujeres estuvieron de acuerdo con el hecho de que ser honesto respecto del dinero (su uso y administración) era tan importante como ser monógamo.

Mientras que

El 31% de las parejas admitieron haber cometido infidelidad financiera.

El dinero habla y expresa insatisfacciones y miedos o temor a hablar de estos temas que minan la relación de pareja, pero en todos está presente.

Como hemos dicho, la infidelidad financiera adquiere distintas formas. Una de ellas es ocultar la tenencia de dinero sin que la pareja lo sepa (lo que conocemos como tener un «canuto»). ¿Qué dicen las encuestas?

El 58% de los adultos que ha cometido infidelidad financiera señaló que oculta u ocultó dinero a su pareja.

Ahora llegamos a uno de los puntos centrales de nuestro debate: quién contiene más fichas o billetes de infidelidad financiera: ¿las carteras o las billeteras?

El 37% de los hombres y el 56% de las mujeres admitieron que han mentado a su pareja respecto del dinero.

Analizando un poco más en profundidad, nos encontramos con tres aspectos en los que se dan más ocultamientos.

- El 34% admitió haber ocultado información sobre:
 - Inversiones.

- Deuda.
- Ingresos ganados.

Uno de los aspectos más elegidos por los hombres para cometer infidelidad financiera está vinculado a los ingresos ganados.

- Los hombres llevan la delantera con un 11% contra un 6% de las mujeres.

Otros aspectos están igualmente repartidos entre hombres y mujeres. Por ejemplo:

- El 53% admitió haber tergiversado el verdadero valor de una compra.
- El 48% de parejas más jóvenes admitieron esconder compras.
- El 34% respondió haber ocultado ciertas deudas a la pareja.
- El 15% ha reconocido esconder una cuenta bancaria.
- El 12% admitió haber escondido compras en el armario.
- El 10% admitió haber ocultado compras con tarjetas de crédito.

Ley del Talión: el caso de infidelidad financiera en que ambos miembros de la pareja pierden

La Ley del Talión (latín: *lex talionis*) se refiere a un principio jurídico de justicia retributiva en el que la norma imponía un castigo que se identificaba con el crimen cometido. De esta manera, no sólo se habla de una pena equivalente, sino de una pena idéntica. La expresión más famosa de la Ley del Talión es «ojo por ojo, diente por diente» aparecida en el Éxodo veterotestamentario.

Históricamente, constituye el primer intento por establecer una proporcionalidad entre daño recibido en un crimen y daño producido en el castigo, siendo así el primer límite a la venganza.

Por ejemplo, en el famoso Código de Hammurabi (1792 a.C.), el principio de reciprocidad exacta se utiliza con gran claridad. La ley 229 establecía que si un arquitecto que construía una casa para otro no la había hecha sólida y se derrumbaba matando al propietario, el arquitecto sería muerto.

En lo que atañe a las relaciones de pareja la Ley del Talión podría aplicarse de manera estricta, o sea, que por ejemplo, ante un caso de infidelidad amorosa se respondiera con otra equivalente. Sin embargo, muchas veces la infidelidad amorosa es respondida con infidelidad financiera.

Si una pareja atraviesa una crisis en el plano humano, las cuestiones económicas alimentan el problema y los aspectos monetarios acaparan la primera plana de todas las discusiones.

Incluso, muchas veces el miembro que se siente traicionado suele pensar que producirle un daño económico al otro puede reparar en alguna medida el sufrimiento que atraviesa. Esta actitud irreflexiva, más frecuente de lo que se supone, lleva a discusiones interminables y conlleva altísimos costos, que pueden llegar a afectar en forma significativa el patrimonio de la familia y hasta ocasionar la ruina de quien cree estar reparando o compensando el daño que ha recibido.

¿Qué significa tomar revancha de una infidelidad amorosa con una infidelidad financiera? Ni más ni menos que gastar mucho dinero para que al otro le queden menos recursos para aprovechar con el/la amante.

El dilema que esconde esta «justicia» por mano propia en la pareja es que al ejercerla se está destruyendo económicamente también a uno mismo.

Estos «gastos por revancha» dinamitan a una pareja.

¿Cuáles serían las razones que conducen a carteras y billeteras a llenarse de «canutos» de infidelidad financiera?

Existen muchas razones que llevan a las parejas al ocultamiento o a situaciones de infidelidad financiera. Si bien no se puede abarcar a todas, hay dos causales que subyacen a todas en relación al gasto y al ahorro:

- a) La necesidad de confort emocional.
- b) La sensación de seguridad.

Es la relación de «intercambio» y de «lucha de poderes» que se establecen en las parejas.

Visto desde otra óptica, esta conducta es visualizada como un «seguro de pareja», o sea, se busca «comprar» un seguro que se puede cobrar cuando ocurra el siniestro de falta de confort emocional o falta de seguridad. Algunas frases que podemos asociar a esta idea:

- Si me deja y no me quiere pasar dinero, yo tengo mi reserva.
- Se podrá quedar con la casa, pero no se va a quedar con la cuenta que tengo afuera porque ni sabe que existe.

Veamos algunas de las causales en las que muchos identificarán, lo que los llevará a la reflexión:

1) *Él lo hace/todos lo hacen*: no se sabe bien el porqué o las consecuencias que trae, pero se instala como una verdad que cada miembro de la pareja podría tener una cuenta secreta o algún canuto para esconder gastos no permitidos o que sabe que serían sancionados por el otro como regalos caros, salidas con amigos/as, gustos personales, entre otros.

2) *Educación*: un aspecto que se viene transmitiendo de generación en generación, como hemos señalado antes y nos han reflejado algunos de nuestros entrevistados. El caso de las abuelas a las hijas mujeres ya es un clásico.

De todos los relatos sobre las mujeres que le recomiendan a otras separar u ocultar dinero la que más nos sorprendió es la que escuchamos de Andrea y una situación vivida con su suegra.

Un día fui a visitar a mis suegros porque Helena, la madre de mi esposo, se había caído hacía unos días y se había roto un brazo, y yo quería hacerle compañía. Serví un té como a ella le gusta, es una mujer encantadora, y mientras conversábamos como si nada del accidente que había tenido me dice que no se sentía bien. Yo me preocupé y lo primero que le pregunté es si había llamado al médico o si quería que lo llamara en ese momento. Y Helena me responde:

—No, Andreíta, quedate tranquila que del brazo estoy bárbara. Me duele el corazón... Ayer fuimos al banco a cobrar mi jubilación con Adolfo (su marido, y mi suegro) porque yo no podía hacer el trámite sola por el yeso, y se enteró lo que cobro...

Andrea cree que su mirada debe haber sido una mezcla de incredulidad y sorpresa absoluta, porque su suegra enseguida buscó justificar su comportamiento:

—Él no sabía cuánto ganaba y yo siempre le sugerí que era mucho menos. Pero yo no se lo dije, él sólo lo fue suponiendo... quizá yo ayudé llorando un poco la carta con algún reclamo de lo mala que es la jubilación... El tema es que Adolfo siempre se encargó de los gastos más importantes de la casa y yo de la ropa de los chicos y alguna cosa menor de la familia y, desde que los chicos crecieron y yo estoy jubilada, Adolfo sigue pagando todo lo importante y yo acumulo mi jubilación y mis pesitos... No me dijo nada, pero ahora yo sé que me va a pedir que pague algunas cosas o que usemos esa plata para arreglar el auto, que él hace tiempo está queriendo cambiar y no puede porque no le alcanza con la jubilación... Pero bueno, yo lo hago para tener libertad de comprarle lo que quiero a mis nietos y ayudarlos a ustedes si necesitan algo...

—A mí nunca se me hubiera ocurrido, pero ahora pienso que siempre el abuelo era percibido por los chicos como el amarrete y la abuela como la generosa —cuenta Andrea.

Esta actitud no es privativa de las mujeres. Muchos padres que han vivido situaciones traumáticas respecto de sus divorcios y perdido parte de su patrimonio, suelen inculcar este tipo de conductas en los hijos varones.

3) *Desconfianza en la pareja*: a medida que pasan los años, uno continúa observando que su pareja muchas veces es presa de impulsos y no se puede controlar en ciertos gastos: no tiene buenos hábitos financieros. Si bien muchos de esos gastos son para disfrutar en el hogar, tienden a ir más allá de las posibilidades reales de la familia que termina pensando por el dinero. El hecho de poder acceder a un determinado fondo secreto y disponible opera como una forma de «protegerse a uno mismo».

4) *Salida de emergencia*: Hoy en día, en la era del «amor líquido», en donde la tolerancia es cada vez menor y el número de divorcios crecen año a año, está asentada la duda de cuánto va a durar una pareja. En algunos casos esa inquietud surge desde el minuto uno en que se constituye y en

otras la duda crece cuando la relación avanza y se comienzan a percibir incompatibilidades que indican que en algún punto se va a romper esa construcción. Ante esta perspectiva, las personas cometen infidelidad financiera ocultando y encanutando dinero para poder vivir luego de una hipotética separación. Este ejercicio también busca preservar el poder de decisión, tener una actitud proactiva: en cuanto a que el que quiere separarse y cuando quiere hacerlo tiene la libertad financiera de dar el paso escondida debajo de su lado del colchón.

El caso de Mabel es un buen ejemplo de este tipo de «reservas» tomadas para preservar el poder de decisión. Esta mujer de unos 50 años estaba en busca de asesoramiento para invertir su dinero. Cuando decide mantener una entrevista con nosotros nos cuenta que hace 25 años que está casada, que es maestra de escuela primaria y que trabajó hasta que nació su primer hijo, cuando tenía 30 años.

Como con el ingreso de mi marido podíamos mantenernos bien, decidimos juntos que yo dejaría de trabajar para ocuparme de la crianza de los chicos, porque después vinieron dos más. Pero la verdad es que en los últimos 10 años la relación entró en una crisis de la que yo sabía que no podíamos salir, pero les tengo que confesar que separarme tampoco era una alternativa, porque Rubén no podía mantenerme y yo con 15 años fuera del mercado laboral no iba a conseguir un empleo con un sueldo que me permitiera mantenerme sola tampoco. Así que seguimos. Pero yo tomé la decisión en esos años de ir separándome mis pesitos, todos los meses, los cambiaba a dólares, obvio, porque tampoco sabía muy bien qué hacer, y cuando junté 100.000 dólares le pedí el divorcio.

Cuando percibe que no la vamos a juzgar por su conducta de infidelidad financiera, Mabel se anima a contarnos que no fue fácil lograr su «canuto».

—Lo escondía en los gastos cotidianos, en cada cosa que compraba podía inflar un poco el precio y la verdad es que Rubén no tenía idea de cuánto costaban las cosas porque yo me encargaba de todo y él no pisaba un supermercado ni loco. Claro que lo difícil vino cuando él se fue transformando en un controlador total, y me recriminaba que derrochaba el dinero en cosas superfluas. Yo estaba juntando para mi libertad — dice Mabel.

—¿Nunca le dio culpa el lugar que le tocaba ocupar a Rubén en esta historia, Mabel? —le preguntamos.

—No, si yo sabía que separarse era lo que él también quería. Yo lo estaba haciendo por los dos.

5) *Temor a ser dejado: la historia de Mabel tiene dos caras, mientras ella va construyendo su cuenta para separarse también está construyendo su cuenta por si era abandonada.* Esto es parte de la inseguridad que se siente dentro de la pareja y uno de los miembros tiene miedo de que lo abandonen y quedarse en «pampa y la vía». Este escenario es más frecuente en aquellas parejas que conviven pero no se han casado legalmente. Y adquiere singular importancia cuando la mujer no es independiente ni autónoma y el hombre es el proveedor, porque la inunda el sentimiento de inseguridad económica.

6) *Para evitar conflictos en la pareja:* A esta altura no quedan dudas de que el dinero es una de las mayores fuentes de tensión en la pareja. Hemos dicho que el dinero habla. Y habla como un «síntoma» de cuestiones que no tienen que ver con el dinero sino con aspectos emocionales o de reconocimientos y necesidades individuales. Charlar sobre la mejor forma de administrar el dinero en la pareja; no ser criticado por determinados gastos propios; expresar desigualdades en el uso del dinero y la calidad de vida de cada uno; entre otros, son cuestiones difíciles y la infidelidad

financiera es una forma de tapar el problema.

¿Qué pasa cuando la pareja no se pone de acuerdo en cómo manejar el dinero?

En la mayoría de los casos ambos están presos de la infidelidad financiera y realizan gastos o toman decisiones individuales con respecto al patrimonio familiar para suplir otras faltas.

Y también en la mayoría de los casos, la mujer siente que el marido nunca tiene tiempo para ella, se considera no querida y descuidada. Pero la necesidad de protección no es expresada abiertamente y se queda sólo en la queja. Considera que él trabaja todo el tiempo y se ocupa sólo de él y de realizar gastos para su bienestar personal. Por lo que responde con la Ley del Talión y gasta tanto como cree que lo hace él, sin lograr llenar el vacío que siente.

Por otro lado, el marido considera que ella no valora el esfuerzo que hace como *proveedor* de la familia y por lo tanto gasta en hobbies, en salidas con amigos y en sus gustos personales para darse el premio que merece y no le dan en su casa.

Lo que ni mujeres ni hombres perciben cuando entran en este esquema de lucha silenciosa es el daño emocional que se hacen mutuamente y el peligro en el que están poniendo a la economía familiar.

No pareciera difícil la solución: sólo hay que estar dispuesto a contar las necesidades personales y escuchar las del otro.

Algunas ideas. Si una mujer se siente limitada en su libertad porque su marido es el proveedor y puede controlar cada uno de sus gastos revisando el resumen de cuenta de la tarjeta de crédito, y él se siente con derecho a hacerlo así, una solución podría ser que ella tenga su propia cuenta con una tarjeta a su nombre. Ella tendrá que comprometerse a no ocultar los gastos, porque en definitiva saldrán del dinero familiar, pero él podrá darle el espacio suficiente y demostrarle que confía en su criterio a la hora de manejar los fondos que son de todos, más allá de quién los haya generado.

Es cuestión de ponerse en el lugar del otro, y pensar ¿qué verdaderamente dice, cuando dice...?

- *Él dice:* Cuando veo el resumen de la tarjeta de crédito, me doy cuenta de las pavadas en las que gastás, que podrían suprimirse, y ni qué hablar de la ropa que se acumula y se usa una vez y nunca más. Vos no te das cuenta de cómo me cuido yo cuando voy a comer con amigos.
- *En realidad él quiere decir:* Me parece que vos no le das importancia al dinero. Y peor aún, no valorás el esfuerzo que yo hago porque vos no tenés que ganarlo.

Más allá de los gastos de ella y de él que no se consensuaron, el proveedor reclama que se valore su esfuerzo.

Visto desde el punto de vista de la mujer, se podría ver de la siguiente manera:

- *Ella dice:* Ya sé que es una salida cara la que quiero hacer, pero somos los únicos de nuestros amigos que todavía no conocen ese lugar.
- *En realidad ella quiere decir:* Necesito que me dediques tiempo a mí y a la pareja y si hay que gastar un

poco más, no importa, porque nos va a hacer bien.

Nuevamente, ella lo que está reclamando es cuidado y atención, y lo expresa a través de un gasto, y el argumento para convencer al marido es que los amigos ya lo hicieron. Aun a riesgo de poner en peligro las finanzas.

¿Cuántas artimañas y tretas tienen las parejas para no confesarse los gastos?

- Sacar dinero de la caja chica de la empresa familiar para hacer gastos personales.
- Quedarse con el dinero recolectado de los bolsillos de la pareja.
- Mentir el gasto en pequeñas compras que se realizan en efectivo para esconder el vuelto.
- Esconder la existencia de un premio o bono en el trabajo para tenerlo como fondo de reserva para «emergencias personales», etcétera.

Pero los problemas se desenmascaran. Y en general es cuando surge un cambio en la realidad del proveedor del dinero. Como la pérdida de trabajo, la disminución en la renta que se obtiene del alquiler de un inmueble, los problemas de cobros en la empresa familiar, entre otros.

El síntoma de este problema es la pelea por el manejo del dinero y en qué se gasta, cuando hay crisis. Todo es más simple de disimular en la abundancia. Pero lo que subyace es la lucha de poder entre ambos y la ausencia de un acuerdo común sobre en qué y cómo se gasta el dinero.

El debilitamiento de los roles tradicionales del hombre y la mujer genera mayor infidelidad financiera

Hemos visto en capítulos anteriores que el ingreso de la mujer al campo laboral y que haya comenzado a ganar independencia económica le trajo como consecuencia un cambio en los roles tradicionales del hombre proveedor y la mujer ama de casa. Ante la falta de modelos definidos a seguir, tanto hombres como mujeres tratan de acomodarse a esta nueva situación no liberados de dudas, temores, ansiedades y nuevas expectativas.

Hoy la mujer ya no define la riqueza que tiene o su ingreso a través de lo que tiene o no su marido. Hoy las mujeres se debaten entre la lucha por su independencia y autonomía y el temor de intimidar al hombre con su poder y riqueza o la limitación para ocuparse de la familia que implicará ese compromiso con el mundo del dinero.

El número de mujeres que tienen altos ingresos se ha cuadruplicado en la última década. Sin embargo, en lugar de sentir la libertad que brinda ser independiente y autónoma, las mujeres están preocupadas y atemorizadas por las consecuencias negativas

que esto puede provocar en la relación de pareja.

Para los hombres esta nueva situación no es gratis y también los inquieta. Si bien por un lado señalan que disfrutaban el mayor nivel de vida que acompaña un mayor ingreso de la pareja, por el otro, sienten herido el ego al dejar de ser los proveedores estrella, sobre todo en las generaciones mayores a los 35 años.

Los temores y confusiones que traen aparejados estos cambios de roles son caldo de cultivo para la infidelidad financiera.

El miedo a lo desconocido lleva al ser humano a realizar acciones irracionales. Con el dinero ocurre lo mismo. Las conductas irracionales tienen al dinero como el emergente de los temores. No son otra cosa que infidelidad financiera.

¿Cómo se manifiesta la infidelidad financiera en este cambio de roles y paradigmas?

Durante 2010, la socióloga Christin Munsch condujo un estudio que la llevó a dar una conclusión de por sí controversial, con severas críticas tanto por parte de hombres como de mujeres. Según ella, «el secreto de una relación leal y duradera es para aquellas mujeres que ganan 25 por ciento menos que sus maridos. En la medida que dicha brecha se achica, es más probable que el hombre sea infiel».

Lo que subyace a esta conclusión es la incertidumbre que generan las transformaciones que se están dando en los cambios de roles.

El extremo se muestra en los hombres que son completamente dependientes del ingreso de sus parejas. Los llamados «amos de casa» o «papás full time» es hasta cinco veces más probable que engañen a sus parejas en comparación con el comportamiento de sus pares que son coproveedores del hogar.

Pero cuando se ve el detalle de la investigación, Munsch remarca que la tasa de infidelidad decrece cuando se cruzan factores como edad, nivel educativo, religión y satisfacción en la relación. Estos elementos también influyen en la relación, tanto como la disparidad de ingresos, entonces. Lo que demostraría que hay un dilema paralelo cuando la infidelidad llega de la mano de una mujer proveedora y un hombre «amo de casa».

El dinero es, una vez más, el emergente de otros problemas. El que cae en la infidelidad es aquel hombre que está frustrado y que no sea el proveedor o coproveedor de su hogar es sólo uno de los hechos que lo golpean.

Munsch considera que los hombres buscan relaciones extramaritales y cometen también infidelidades financieras como una manera de compensar el dolor emocional que genera en ellos perder el estatus tradicional de proveedores de la pareja o la familia.

Pero esto es sólo una parte de la historia. Porque, por el otro lado, también se encontró que aquellos hombres que ganan significativamente más que sus esposas también son, en promedio, más susceptibles de tener una relación extramatrimonial. Esto es producto de que sus trabajos de largas horas, viajes y altos ingresos les dan la libertad y el dinero para que la mentira sea más fácil de conciliar con la realidad.

Por el contrario, las mujeres que dependen de sus parejas para la mayoría de sus gastos son menos propensas a tener una relación extramarital que aquellas que tienen un ingreso similar. Yendo al extremo, aquellas mujeres que dependen exclusivamente son 75% menos propensas a mentir, según Munsch. Y argumenta que algunas mujeres no

sienten como una ofensa a su status el ser mantenidas, mientras que quienes quisieran tener una aventura, no lo hacen por temor a las consecuencias financieras que podría traer una ruptura sobre sus vidas.

De todos modos, muchas veces si la mujer no se siente cómoda o la agobia la situación de dependencia, la infidelidad financiera (compras, tener canutos, etcétera) puede resultar más fuerte que la infidelidad amorosa.

Por el contrario, las mujeres que ganan más que el hombre son más proclives a tener una relación extramarital. Cuando las consecuencias económicas de ser descubiertas desaparecen, o no son una amenaza, el nivel de infidelidad de las mujeres se equipara con el de los hombres.

¿Cuáles serían «señales de alerta» de la infidelidad financiera?

Entre las muchas señales de alerta podemos nombrar:

- 1) Retiros sospechosos de una cuenta bancaria.
- 2) La insistencia de una de las partes de tener un control absoluto de las finanzas del hogar sin dar muchas explicaciones.
- 3) Cuando uno de los integrantes cambia rápidamente de tema cuando emergen situaciones relacionadas con el dinero.
- 4) Cuando una persona insiste en tener claves secretas para las cuentas bancarias online.

Si bien las anteriores son señales de alerta que alteran el orden habitual o el desarrollo rutinario de la vida financiera familiar, existen otro tipo de «señales» que tienen más que ver con los consensos que se determinan en la pareja sobre la forma de administrar el dinero.

Si bien en teoría serían acuerdos beneficiosos para la pareja, también pueden convertirse en facilitadores de infidelidad financiera en la práctica si no se hacen a conciencia y con el compromiso de que sean respetados.

1) *Cuentas separadas*: Nosotros coincidimos en que es deseable que cada miembro de la pareja, luego de cumplir con los compromisos familiares, tenga su dinero para administrarlo libremente. Esto implicará tener cuentas bancarias separadas. Pero sólo funciona en la medida en que lo que pasa con esa cuenta «libre» sea transparente y conocida por el otro, sino es una tentación a la infidelidad financiera.

2) *Uso no racional del dinero*: muchas veces una de las partes quiere darse un gusto postergado. Pero suele pasar que luego de ese gasto, el impulso lo lleva a realizar otro, y otro, hasta que la tarjeta de crédito quede con su límite utilizado por completo y al llegar el resumen no se puede afrontar. Cuando se elige ocultar en lugar de blanquear este desliz, empieza a rodar una bola de nieve porque surgen problemas de

endeudamiento, mentiras respecto de los gastos; se esconden los resúmenes de cuenta; se pide prestado para corregir nuestros errores financieros y todo se transforma en un círculo vicioso que no sólo compromete a la persona, sino a la pareja y a la familia.

3) *Planeamiento deficiente*: la vida actual muchas veces nos incita a vivir el «carpe diem» y nos hace olvidar que el futuro está a la vuelta de la esquina. Y así es que no planeamos adecuadamente la jubilación; las necesidades de los chicos cuando crecen, y esto nos lleva a «atacar» determinados ahorros que eran para otros destinos, sin que la contraparte lo sepa.

Consejos para guardar en la billetera o en la cartera, para evitar que la infidelidad financiera rompa una pareja

- Propiciar la confianza es el punto número uno para no caer en esa trampa.
- Mantener la independencia es para nosotros el mejor camino para lograrlo.
- Para algunos la fórmula será la de cuentas compartidas, para otros la de separadas, para un tercer grupo un fondo en común y un presupuesto para que cada uno maneje de manera independiente. Lo importante es que los dos miembros de la pareja tengan voz y voto a la hora de decidir el modelo a seguir. Ambos deben sentirse libres de poder tomar decisiones y confiar en el otro a la hora de que tome las suyas propias.
- Si esa confianza no existe, habrá que conversar todo el tiempo que sea necesario hasta lograr un consenso. De no hacerlo, los que se exponen son por igual los controlados y los controladores, porque lo que está en juego es el patrimonio de la familia que formaron en común.

DE NUEVO SOLOS Y SOLAS. LOS TEMORES ECONÓMICOS DE HOMBRES Y MUJERES TRAS LA SEPARACIÓN. MUJERES SIN INGRESOS, ALEJADAS DEL MUNDO LABORAL. «NO SÉ CUÁNTO TENGO NI CUÁNTO NECESITO». HOMBRES ANTE EL DILEMA DE «COMPARTIR» LO QUE CREÍAN QUE ERA DE ELLOS SOLOS.

Solos y solas, parte dos

Después del terremoto que atraviesan hombres y mujeres en una separación, las marcas que deja ese proceso en la vida no son fáciles de borrar y definitivamente los condicionarán en cada uno de los pasos a seguir en adelante. ¿En el camino del amor? Puede ser, pero a nosotros nos interesa hablar de las marcas que deja en la cartera y en la billetera una separación y, por sobre todas las cosas, volver a enfrentar la vida solos.

¿Cuánto tarda un hombre en casarse por segunda vez después de haber dejado la mitad de su casa —o peor aún, la mitad de su empresa— en manos de su primera pareja? ¿Cuánto tiempo lleva que deje de tener ataques de pánico cada vez que asiste a una boda y ve a un hombre firmar el acta en un registro civil? ¿Qué le pasa a una mujer que dejó de ser ama de casa y salió a buscar trabajo sin tener experiencia, forzada por un divorcio que la dejó en la calle cuando su nueva pareja le dice que deje todo para seguirlo...? Probablemente salga corriendo, aunque también hay chances de que vuelva a apostar por el cuento del príncipe azul, demostrando que no aprendió la lección.

En este capítulo veremos que en la mayoría de los casos las marcas quedan. Tanto hombres como mujeres que vuelven a enfrentar la vida en soledad tras una separación cambiarán para siempre su comportamiento financiero obligados por la experiencia.

Hombres y mujeres ven las finanzas personales de modo diferente después de atravesar un divorcio, una separación o enfrentar la viudez. Reformular la economía cotidiana cuando ya no son dos los que aportan a un proyecto común representa un desafío. Qué puede ser aún mayor para el integrante de la pareja que representaba el menor ingreso o que no trabajaba —en general la mujer— y que debe revisar cómo insertarse en el mercado laboral o poner en marcha un emprendimiento cuando hace 10 o 20 años que dejó el mundo de los negocios.

En general los hombres, pero también algunas mujeres que son exitosas

emprendedoras, viven con la sensación de empobrecimiento porque tuvieron que repartir las acciones de su empresa o perder gran parte del capital personal para poder retener el negocio. Si bien siempre tuvieron sólo la mitad de eso que estaban construyendo económicamente cuando estaban en pareja, porque se trataba de un bien ganancial, siempre lo percibieron como propio y la división de bienes impacta en la vida de un modo inesperado.

Al enojo por el fracaso amoroso se le suma el malestar por lo perdido (tiempo o desarrollo laboral en el caso de la mujer, riqueza en el caso del hombre) y esto representará un fuerte condicionante para volver a formar otra relación.

Es el caso de Emilia, una mujer joven, de 42 años, que siempre se mostró para sus amigas como alguien exitoso e independiente, pero cuando llegó el momento de separarse, se encontró con que era mucho el espacio que su autonomía había perdido y le costó tiempo, lágrimas y esfuerzo, sobre todo mucho esfuerzo, recomponer su situación. Por eso se juró no volver a desandar el camino, lo prometió ante su hermana que fue la que le prestó plata cuando se encontró ahogada porque no podía llevar el mismo ritmo de vida de antes con un trabajo part-time como el que tenía ahora, y ante su jefe, que le dio una oportunidad para que sumara horas de trabajo y nuevas tareas, porque sabía que era capaz. Pero qué pasa cuando aparece de nuevo el amor...

Yo me se separé hace tres años y medio y pasé por todas las etapas. Lloré, me enojé con mi ex, me enojé con todos los hombres del mundo, conmigo misma, me fastidiaban los que me decían que ya iba a estar mejor y los que me ponían verdaderamente furiosa fueron los que me dijeron que era una pena porque éramos una hermosa familia... ¡Qué atrevidos somos al hablar y juzgar la vida de los demás! Te juro que más de uno me hizo ese comentario... hasta gente que ni nos conocía más que superficialmente... ¿Qué sabían cómo era nuestra familia puertas adentro? Te cuento y me vuelvo a enojar. Es que ese comentario es el que más me dolía también —cuenta Emilia, claro, hablaba de la familia que se había roto.

Pero poco a poco me fui recuperando y recuperando mi espacio, mi lugar, poniendo las cosas en orden, volviendo a ser yo. No es que fue fácil... Y sigue sin serlo, porque hay días que tengo que volver tarde a casa y me da mucha culpa no poder llegar casi nunca al colegio a retirar a los chicos, pero sé que es para mejor, aunque algunos días me gane el cansancio.

Una decisión central fue volver a mi departamento de soltera, el que tenía alquilado porque con mi ex nos habíamos mudado a una casa más grande, pero yo sola ahí no me podía sostener ni loca... Yo sabía que Juan, mi ex, no iba a poder pasarme esa cantidad de guita y era irracional pagar un alquiler caro y cobrar uno barato por mi departamento. La reorganización me implicó trabajar más, mudarme, y desprenderme del auto. Si, vendí el auto y te juro que fue fatal, porque todos mis amigos —y hasta mis padres— me miran desde ese día con lástima. ¡Te lo juro! Me miran como si fuera pobre, muy pobre eh! La decisión la tomé charlando con mi mejor amiga, Carla, y mi hermano, Sebastián, que siempre me aconsejó en este tiempo. Yo dudaba porque mudarme y que la casa estuviera un poco maltratada no ayudaba para ponerle onda... Los chicos iban a marcar que era una casa más chica y más fea y a mí también me ponía de mal humor el tema, admito. Una tarde que estaba con Carla tomando un té en un barcito de Palermo y hablando de cómo podía darle vuelta al asunto de arreglar mi departamento pasó Seba a darme unos papeles que le había firmado mi ex y Carlita lo sumó a la charla, porque yo no hablaba de las cosas que me parecían más superficiales con él... Ya bastante le quemaba la cabeza pidiéndole ayuda con el divorcio.

—Tomate un capuchino, Seba, y de paso contanos ¿qué pensás de que tu hermana se vuelva a su viejo departamento con los chicos? —soltó ella y me ayudó una vez más en esos días en los que no podía tomar decisiones por mí misma. O ya tomaba tantas que no quería ni una más...

—Está bueno, Emi, gastarías mucha menos guita y la ubicación es recómoda —dijo mi hermano.

—Es cierto, pero el departamento está venido abajo y no tengo un centavo para arreglarlo. Los chicos ya bastante tienen con la separación como para encima mudarse a una casa más chica y más vieja —pedí comprensión yo.

—Tampoco es Vietnam. Tendrías que renovar la cocina y pintar, con eso ya le lavás la cara —aportó Carla, siempre quitándole dramatismo a todo.

—Cierto, pero no tengo un peso para nada. Y no puedo pedirle a Juan. No da. Ya me cuesta mucho mantener el auto, me aumentó el seguro y la cochera y no sé cómo lo voy a pagar —argumenté yo, y Seba encontró la solución a todos mis problemas. O por lo menos a los problemas que me ocupaban en ese instante.

—Pero, nena, tu departamento viejo queda a cinco cuadras del colegio de los chicos y a dos del subte. ¿Por qué no vendés el auto y con esa plata arreglas la casa? Los fines de semana que tengas que hacer algo lejos te podés pedir el auto a mamá... Bueno, no pongas cara. Si no le querés pedir nada más a los viejos te pagás un remis cuando tengas que ir lejos con los chicos y te va a salir la mitad de la guita que te sale mantener el auto —resumió Seba y solucionó en un solo párrafo todos mis problemas.

Fue la mejor manera de resolver las cosas. Arreglé la cocina y me quedó hermosa. Los chicos aportaron y eligieron algunos de los materiales y colores y fue un buen plan familiar. O de la nueva familia, por lo menos. Estaban contentos con elegirse los colores de pintura de sus cuartos y con la idea de casa nueva... Aunque de nueva no tenía nada, porque ese depto me lo había comprado yo cuando estaba soltera y ya era viejo — cuenta Emilia.

El nuevo dilema de Emilia es que está en pareja hace un año y su nuevo novio le propuso vivir juntos y ella acarrea todos sus fantasmas. «Yo estoy súper enamorada, muy bien con Gabriel, pero no vuelvo a convivir ni loca. Mi casa es mi casa, mis cosas son las que yo puedo tener y pagar, y así es como pueden vivir mis hijos con lo que aportamos Juan y yo, no quiero pasar otra vez por lo mismo», confiesa sus temores nuestra entrevistada.

No es fácil formar una pareja poniendo barreras de esa dimensión, pero para una mujer que perdió independencia y autonomía, y que tuvo que hacer el esfuerzo de reconstruirlas, muchas veces pesan más esos valores que el del amor.

Es que yo desarmé toda mi vida para mudarme con Juan y dejé mi casa, cedí espacios que no estaba segura de querer ceder y ahora no quiero repetir el error. ¿Qué dice Carla? Mi amiga es una romántica y está del lado de Gaby. Me repite que Gabriel no es Juan, que yo no voy a cometer los mismos errores. Y yo le contesto que para no cometer los mismos errores no tengo que dar los mismos pasos. Yo no me mudo con Gaby. Novios, pareja, pero cada uno con su casa —remata la charla Emilia.

La de Emilia es una típica historia de mujeres separadas. Los miedos de los hombres al volver a estar solos después de transitar por una pareja son otros y los veremos representados en un caso más adelante. Pero hay una creencia generalizada de que volver a estar solo después de una separación es más traumático para la mujer que para el hombre.

¿En qué se sustenta esa idea? En que una de cuatro mujeres que se quedan solas luego de una separación tiene grandes problemas económicos así como también que tres de cada cuatro madres no reciben la totalidad de lo que les corresponde por la cuota alimentaria de los hijos que quedan bajo su custodia.

Pero la realidad muestra también —aunque el tema no tenga el mismo marketing— que también la mayoría de los hombres experimentan una pérdida en el nivel de vida en

los años posteriores a la separación. En promedio, los hombres separados pierden entre el 10% y el 40% de su nivel de vida, dependiendo de las circunstancias.

Según Guy Grenier, profesor de la Universidad de Western Ontario, un factor clave para evaluar lo traumático de la situación es la «estabilidad financiera». Según sus estudios, históricamente el ingreso de los hombres luego del divorcio cae en promedio un 25%, mientras que el de las mujeres lo hace un 50% en promedio.

Esta situación lleva a que

Las personas que se separan necesitan un aumento de sus ingresos de más del 30% en promedio, si quieren mantener el estándar de vida previo a la separación.

Las cuestiones económicas plantean desafíos para ambos miembros de la pareja. El proceso del divorcio es honeroso. El ingreso que antes se destinaba a mantener un solo hogar ahora se debe repartir en solventar dos casas. Los gastos que se compartían hay que afrontarlos individualmente. Y dado que todas las posesiones, ya sean activos financieros, dinero, inversiones, bienes raíces, entre otros, se deben dividir, también se achican las rentas de esos activos a la mitad para afrontar ciertos gastos.

Pareciera que las cosas empiezan a emparejarse entre los sexos o por lo menos cambian el paradigma tradicional. Como es sabido, en las últimas décadas las mujeres se casan a una edad más tardía, permanecen mayor tiempo cursando sus estudios y perfeccionándose, se introducen en la fuerza laboral y comienzan a transitar carreras exitosas y comienzan a ganar cada vez más dinero, que en muchos casos puede ser superior al ingreso del hombre.

Todo esto lleva a repensar el efecto que tiene sobre hombres y mujeres el volver a estar solos y llevar adelante una nueva vida. Como pasa con las cuestiones emocionales, en función de lo amigable o traumática que haya sido en términos financieros la separación, dependerá de cómo influirá en la manera de encarar la vida nuevamente solos.

Solos y solas de nuevo: ¿Quién sale más fortalecido de una separación?

El discurso más difundido sobre los separados es el del sufrimiento que padece una mujer en esa situación. ¿Quién no escuchó frases como estas alguna vez?

- Pobre Sandra, no sé cómo se las va a arreglar ahora que se quedó sola con los chicos.

- Claudio no está en una buena situación económica, por lo que seguramente no le va a pasar mucho dinero a Paula así que espero que los padres la ayuden porque, si no, le va a resultar muy difícil hacer frente a todos los gastos.
- No creo que Alejandra vaya a poder mantener el mismo nivel de vida de antes. Va a ser difícil bajarse del nivel de gastos y viajes que tenía cuando estaba con Sebastián.
- María está jodida, Darío se va a vivir al sur y a los chicos los va a venir a ver una vez por mes, con suerte. No le va a resultar fácil conocer a alguien porque está a cargo de todo.
- Andrea tiene la autoestima por el suelo. Siempre fue muy segura de ella misma, pero estar sola, tener que enfrentar una entrevista laboral cuando hace 7 años que está fuera del mercado y tener que estar contando las monedas en la billetera la afectan mucho, y no es para menos.

Pero después de entrevistar a mujeres solas comenzamos a percibir que no todo era malo o angustiante. También había otra cara de las mujeres que volvían a estar solas, tras una separación. Algunas cosas que surgieron en las entrevistas que realizamos:

- Había cosas que no hacía y pensaba que no podía hacer. Pero la necesidad tiene cara de hereje y cuando tuve que asumir actividades o roles que tenía mi ex en la dinámica familiar y vi que podía, terminé diciendo: «¡Bien por mí!»
- Me costó mucho salir a buscar trabajo, pero cuando volví a una oficina me encontré con que la experiencia que había adquirido como madre y la diversidad que aportaba mi mirada en una empresa donde la mayoría eran hombres fue muy fructífera. Cuando hago dos o tres cosas al mismo tiempo mis compañeros me felicitan y yo pienso: si vinieran a casa a verme me dan un Premio Nobel. Eso sí, estoy agotada.
- Sí, obvio que me tuve que ajustar el nivel de vida. El delivery es un lujo asiático, pero no me falta nada.

Eso sí, el sentimiento de agotamiento recorre a las mujeres que salieron airoso de una separación. Rehicieron su vida, pero quedaron extenuadas.

En el otro extremo, los comentarios más abundantes sobre hombres que se vuelven a quedar solos, en general, tienen una connotación más positiva.

En otras palabras, la idea instalada indica que *los hombres salen mejor parados, más fortalecidos y se adaptan más rápido que las mujeres* a esta situación de estar de nuevo solos.

- La verdad que a Santiago se lo ve mejor que antes, está más flaco, volvió a hacer deporte, está dejando de fumar...
- Al final Oscar lleva mejor la relación con los chicos que Marta, se reocupa, los busca todos los jueves, les cocina, y los fines de semana es él el que los lleva y los trae a todas las actividades. Los chicos están chochos. Marta, en cambio, protesta por todo cada vez que la encuentro en la puerta del colegio.
- Daniel está bárbaro, sale con sus amigos, tiene algo con una mina divina que le presentaron, pero nada serio. Eso sí, el departamento nuevo está pelado, tiene una mesa y dos sillas. Y como todavía no le compró muebles para los chicos, la ex no deja que los lleve a dormir.

Pero después de varias entrevistas con hombres que están atravesando este proceso, encontramos que había una diferencia importante entre la realidad y lo que indicaba el imaginario popular.

Aunque existirán excepciones, los hombres recién separados tienen la autoestima muy baja, y zigzaguean entre el sentimiento de culpa y el de fracaso. La pérdida del contacto

diario con los chicos, las dificultades económicas y la soledad del hogar la mayoría de los días —dado que la tenencia está a cargo de las madres— son difíciles compañeras.

Lejos de las frases asociadas a los hombres divorciados, lo que escuchamos de sus propias bocas fue:

- No ver a los chicos a diario me mata. No puedo evitar la angustia cuando me cuentan que tuvieron una pelea con un compañero en fútbol y eso fue hace dos días, y yo no estuve ahí para contenerlos, aconsejarlos, me hace muy mal. Y desde que Marisa está en pareja pienso que por ahí ellos tienen una pregunta o una idea y la comparten en una mesa donde yo no estoy y donde no sé si estoy de acuerdo con lo que se sugiere o se cuenta... Es muy difícil.
- Los primeros tiempos fueron devastadores. Todo se volvió en mi contra. Incluso la ley, que está hecha para las mujeres. Lo que ellas piden en la Justicia, lo tienen. Son las buenas de la película y los hombres perdemos todo.
- La verdad es que estoy muy apretado, porque con mi ex teníamos un nivel de ingresos parejos, y como ella se quedó con los chicos, se quedó con la casa también y a mí la guita para alquilar y pasarle a ella la mitad de todo no me alcanza. Hago malabares.

Como vemos, las cosas no son siempre como se piensan. Después de una separación, tanto hombres como mujeres se ven afectados por el cambio. Ambos pierden algunas cosas, ambos ganan algunas cosas y ambos deben adaptarse a una nueva forma de vida, a la que llegan con toda la experiencia de esa pareja anterior.

Carteras y billeteras, dos mundos distintos después de la separación

¿Una separación afecta por igual a hombres y mujeres? ¿Quién sale más fortalecido, el hombre o la mujer?

¿La forma de encarar esta nueva etapa solos está relacionada con la vida que tenía la persona antes de formar pareja o con lo que aconteció en su vida de a dos?

En este libro y después de muchas investigaciones y un sinnúmero de entrevistas, nos animamos a decir que las mujeres salen más fortalecidas que los hombres cuando enfrentan la reconstrucción de la vida, después del fracaso de una pareja.

También vamos a señalar que a los hombres no les resulta sencillo el proceso de adaptación a la nueva realidad.

La conclusión está directamente relacionada con lo que fuimos contando en los capítulos anteriores. Las mujeres que en la actualidad se enfrentan al mundo laboral, a la realidad de llevar adelante un hogar solas, están amigadas con el mundo del trabajo. Puede costarles más o menos tiempo insertarse, pero saben que lo pueden lograr. El entorno las ayuda, ya que siempre hay otra amiga, hermana o compañera de oficina que

enfrenta el desafío de llevar adelante un hogar sola y que va a servir de apoyo y funcionará como la voz de la experiencia.

Como vimos en los capítulos anteriores, los caballeros de estos tiempos quieren alejarse del modelo de hombres superhéroes, pelean cotidianamente para dejar atrás el estereotipo de autosuficientes, y la separación los vuelve a desafiar para que muestren que pueden con todo. Los desafía a ser ese Superman que no querían ser.

Mujeres «mucho más contentas», hombres «un poquito más contentos»

El profesor Yannis Georgellis, director del Centro para el Estudio del Empleo, Habilidades y Sociedad de la Escuela de Negocios de Kingston, dirigió un estudio a lo largo de dos décadas en donde se le preguntó regularmente a 10.000 personas de entre 16 y 60 años, en Inglaterra, la «tasa de su propia felicidad» antes y después de eventos importantes que afectan sus vidas. Se evaluaron situaciones como el matrimonio, la viudez, el nacimiento de un hijo, el divorcio, el desempleo y la pérdida de un trabajo.

Y la conclusión a la que llegó Georgellis fue que las mujeres son mucho más felices y satisfechas con sus vidas luego de la separación. Nadie deja de reconocer por esa conclusión los trastornos que una separación causa en términos de agitación emocional, readecuación de la vivienda, nuevos arreglos con los hijos y una merma de los ingresos, pero ellas están más satisfechas después de separarse.

El estudio tuvo en cuenta que la separación tiene un impacto financiero negativo para las mujeres, pero a pesar de eso, la nueva situación las hace más felices que a los hombres.

Es que en el camino de generar y ganar autonomía, el desafío de que una mujer logre «mantenerse» sola es percibido como posible y conlleva, además, una carga positiva. La mujer actual se «permite» pensar en volver a estar sola y considera que tiene mejores armas para enfrentar la nueva vida que las que tuvieron sus madres y abuelas.

La conclusión a la que llega Georgellis es que la mujer se siente mucho más «liberada» al terminar una mala relación de pareja que el hombre.

En tanto, los hombres han sido educados para ser independientes, autónomos y competitivos, y normalmente también se sienten más contentos al separarse, pero la sensación no es tan marcada. Y es que el desafío para ellos es el de ingresar en el territorio de armonizar el hogar y hacer las tareas domésticas, que en gran medida delegaron en las mujeres durante la pareja y que les resulta poco amigable.

Grupo de soporte

La mujer normalmente tiene un «grupo de soporte» más amplio que el del hombre, debido a que comparte naturalmente más sus dilemas, sus desafíos y pide ayuda y consejos para enfrentarlos con más naturalidad que los hombres.

La mujer gana la autonomía que probablemente añoraba cuando estaba en una mala relación de pareja.

Lo que quisieron esclarecer los investigadores es el «proceso psicológico de adaptación», o la manera en que las *personas se adaptan a las nuevas circunstancias*.

El resultado fue interesante y alentador para aquellos a quienes les toca vivir esta nueva etapa de solos y solas de nuevo.

Las mujeres se sienten significativamente más contentas que lo habitual, por lo menos en los primeros cinco años sucesivos a la separación. De hecho, están aún más contentas durante este período comparado con el «promedio» o «base» de comparación de felicidad de toda su vida.

Muchos, o especialmente muchas, estarán pensando a esta altura:

Estar solo o sola de nuevo pareciera ser entrar en una de las etapas más «plenas» de la vida.

Bueno, claro, que hay que atravesar un fracaso para llegar a esa instancia. Pero lo interesante es revertir la visión clásica de desgracia o maldición que pesa sobre una persona al separarse, y reemplazarla por la idea de esperanza y prosperidad.

Superando los errores del pasado

Como hemos señalado anteriormente, existe un deterioro económico en las mujeres luego de la separación. Las causas de esta situación se relacionan con que: las mujeres pierden lo que comparten del ingreso de su pareja; se desarma la economía de escala (o sea, los beneficios de tener una casa para dos, o pagar una sola cochera, entre otros) que implica una relación de pareja; la cuota alimentaria no siempre compensa los gastos nuevos que tiene que afrontar; aún en un mundo con menos desigualdades, la mujer enfrenta barreras en el campo laboral.

La suma de estos factores puede llevar a que los ingresos de una mujer al separarse y reformular su vida sola caigan entre un 30% y 40%, que puede extenderse hasta un 50 por ciento.

Sin embargo, y a pesar de esto, las mujeres están en promedio más felices que los hombres cuando se encuentran solas de nuevo.

Los análisis sobre las consecuencias económicas para los hombres luego de la separación son más limitados, porque si bien en promedio su nivel de ingresos cae un 25%, en algunos casos logran una mejora o se confía en que no se ven muy afectados económicamente, aunque no sea eso necesariamente cierto.

En el caso de los hombres, para llegar a la situación económica después de una separación, se han analizado los aspectos sociales y el impacto que esto puede tener sobre su carrera laboral o comercial.

La historia que nos contó Carlos cuando lo entrevistamos servirá para ilustrar el concepto.

Carlos fue siempre el exitoso de la casa, el líder del equipo familiar que ponía en marcha una empresa que sostenía a su familia, pero también a la familia de su hermano, Marcelo. Su éxito trascendía lo profesional, era el envidiado del club de tenis, entre los padres del colegio siempre despertaba la atención del grupo por su lujoso auto cero kilómetro... pero no todo eran rosas. Su pareja atravesaba una crisis que se hizo cada vez más difícil de sobrellevar y terminó separándose.

El hombre que era hasta entonces el centro de la escena en todos los lugares a los que iba, se volvió una persona gris y todo el primer año posdivorcio no pudo focalizar sus energías en la empresa. Cuenta Carlos:

No podía laburar en serio... ¿Sabés qué me pasaba? Estaba un poco enojado con la empresa, porque me parecía que el fracaso de mi pareja tenía que ver con todo el tiempo que me había absorbido el trabajo y le había quitado a la familia... La oficina era el enemigo. Me costó tiempo y terapia, mucha terapia, hacerme cargo de que el problema no era la empresa, sino la energía que yo había puesto en ella y mi decisión de priorizar el tiempo que le dedicaba al trabajo por encima del que le dedicaba a lo demás... El que eligió mal fui yo, el escritorio no me tenía atado... Pero no me di cuenta hasta que Sandra me dijo que quería separarse y se me vino el mundo abajo.

Ahora tengo culpa con mi hermano menor, porque la verdad es que se tuvo que cargar todo al hombro porque yo no respondía... ¿Sabés qué fue lo más duro? Armar una casa, que los chicos vengan a dormir y que yo casi no sabía de qué hablar mientras compartíamos una pizza... Es que yo volví siempre a casa cuando ellos estaban acostados porque van temprano al cole... Ahí estaban, Nico y Juanmi sentados frente a la pizza y yo repartía porciones y hacía comentarios idiotas. Juanmi, el más chico, me marcaba todo y yo en cada una de sus frases me daba cuenta de que yo no sabía cómo hacer esto solo: «Pá, no tengo servilleta... pá, a mí no me gusta el jugo de manzana... pá, yo quiero sin aceituna...» ¿Cómo podía yo, el dueño de una empresa, el emprendedor más exitoso, no saber cómo compartir armoniosamente una cena con sus hijos? Me costó mucho encontrarme cómodo estando solo con los chicos, y eso me quemaba la cabeza todo el día como para poder trabajar a full, como antes.

Trabajando en una empresa familiar, Carlos tuvo la suerte de que su hermano tomara la posta y lo cubriera, cosa que no le hubiera pasado en un trabajo en relación de dependencia tradicional, y que hubiera sido un gran problema si hubiera trabajado en una

firma muy competitiva, de esas en las que descolgarse un año es un certificado de defunción.

Un análisis realizado por Matthijs Kalmijn, profesor de Sociología de la Universidad de Tilburg, en los Países Bajos, *demonstró que la separación tiene un efecto negativo en el desarrollo laboral del hombre, a contrario sensu de lo que se piensa.*

¿A qué se debe esto? Al beneficio que trae en el hombre el formar una pareja. A esto se lo conoce como «premio por casamiento». Al comparar el ingreso de un hombre antes y después del casamiento, se observa que el ingreso o salario aumenta después de formar una pareja y lo hace a un ritmo más rápido que el que tuvo antes de casarse.

El complemento de esta idea es que existe una «penalización por divorciarse» porque se pierde el rol de la «especialización» o la «división del trabajo». Si bien las cosas están cambiando y hay una búsqueda y un avance hacia la formulación de parejas más igualitarias, como vimos la realidad nos muestra que aún se mantienen ciertos rasgos de la sociedad tradicional, en donde el hombre toma el rol de proveedor del hogar y la mujer se ocupa de las cuestiones de la casa y de los hijos, aun cuando tenga un trabajo.

La especialización hace que el hombre se vuelva más productivo en el trabajo, lo que se potencia por su sentimiento de «obligación» y «único responsable» de mantener el hogar. Cuando se produce una separación y el hombre vuelve a estar solo, la especialización se desvanece y también el rol de proveedor y esto puede llevar a un menor apego al trabajo o a una menor productividad.

El hombre se «feminiza», o sea, debe comenzar a realizar tareas reservadas a la mujer (cuidado de los hijos, gerenciamiento del hogar, entre otros) y el rol de proveedor se cambia al de «coproveedor» porque la mujer sale a buscar su ingreso propio.

Otra forma de pensar el impacto negativo sobre el ingreso y el trabajo del hombre es que pierde el «capital social» que proporciona la mujer en la pareja. El capital social tiene que ver con el aliento y soporte que dan las parejas para que se desarrollen laboralmente y que es más constante y fuerte en las mujeres para con los hombres. Aún en estos tiempos, el hombre que estimula el desarrollo laboral es visto como una excentricidad. En cambio, la mujer acepta con mayor facilidad la posibilidad de resignar independencia o autonomía en pos del desarrollo laboral o profesional de la pareja, y cuando da ese paso no hace más que cumplir con su mandato de poner en primer lugar el bien de la familia, incluso por encima del propio.

El soporte de la mujer no se limita a aquellas parejas donde los roles son los tradicionales. Cuando la mujer trabaja, al valor del aliento y apoyo emocional para el desarrollo se suma el aporte de información, relaciones y contactos, en pos del crecimiento profesional del hombre, que se potencia cuando la mujer realiza tareas similares a la de su pareja. Es decir que, cuando la mujer es empoderada, en lugar de correrse del lugar de bastón y soporte del marido, lo ocupa con mayor protagonismo y con nuevas herramientas.

En una separación el hombre pierde ese capital y eso puede impactar negativamente en su desarrollo laboral.

Una tercera forma de pensarlo y algo más indirecto pero no menos importante son los

efectos indirectos que la separación provoca, como los psicológicos o psicosomáticos que terminan afectando la actividad laboral del hombre. Esto es lo que se da en llamar «hipótesis del estrés». El burnout de Carlos es un ejemplo de eso.

Esto es así porque estrés posdivorcio o separación lleva a sentimientos de ansiedad, depresión, tensión, trastorno del sueño, entre otros. Si bien es verdad que estos trastornos afectan tanto a hombres como a mujeres, estudios específicos consideran que los hombres se ven más afectados en lo que tiene que ver con la salud que las mujeres.

En los casos más extremos, puede impactar en la posibilidad de quedar desempleado, de enfermarse o incluso tener una menor movilidad.

¿El efecto económico o laboral que produce una separación en el hombre es temporario o permanente?

El efecto del estrés y sus consecuencias son temporarios y de corto plazo, mientras que las consecuencias de la teoría de la especialización y del capital social son mucho más duraderas.

¿El efecto negativo sobre el aspecto laboral se reduce a dejar de estar solo y volver a formar una pareja? Mientras que la teoría del estrés sostiene que una nueva unión no modifica su influencia, las otras dos teorías sostienen que el efecto negativo se reduce cuando el hombre vuelve a formar pareja y vuelve a gozar del «premio por casamiento».

Lo dicho anteriormente derribaría el mito de que el hombre estando solo está mejor económicamente y la situación de «separado» le augura un futuro de prosperidad.

Para llegar a esta conclusión tendríamos que aceptar que la separación ocurre de manera azarosa, de forma inesperada, de casualidad, cuando sabemos que esto no es así, sino que es causa de una situación preexistente (una pareja que no funciona como tal) y la separación termina siendo el «síntoma» de esa situación.

Ante esa presunción el profesor Kalmijn fue un poco más allá y por lo tanto se analizó si quienes llegan a una situación de ruptura con los consiguientes efectos negativos a nivel económico no tienen su causa en problemas laborales, de salud o de relaciones interpersonales previos a la separación.

La idea subyacente es que estas características pueden ser de tal magnitud que son ellas las que conducen a la inestabilidad conyugal y a su posterior separación.

Obviamente que los efectos de la separación afectan más a aquellos hombres de ingresos más bajos, a quienes se les hace costoso asumir los mayores gastos que una separación conlleva, a aquellos que están desempleados o que tienen ingresos inestables. Por lo tanto, los problemas que se observan posteriores a una separación serían una continuidad de los problemas previos.

La oportunidad del «empoderamiento»

La mirada negativa que se tiene sobre las mujeres que se quedan solas luego de una

separación está dando paso a una visión más positiva. Los estudios revisados confirman lo que hemos podido corroborar en las distintas entrevistas que sostuvimos con mujeres de diversas edades y posición socioeconómica en esta situación.

El estar solas de nuevo muchas veces coincide con lo que se llama «la crisis de la mitad de la vida».

¿Es algo nuevo esta crisis de la mitad de la vida en las mujeres o siempre existió pero recién en estos tiempos aflora?

¿Por qué hoy la mujer se permite más a sí misma pensar en enfrentar la segunda mitad de la vida «sola» o en pensar que hay vida después de una separación?

Esta crisis de la mitad de la vida no es algo nuevo o de las últimas dos décadas, sino que viene de vieja data. Pero emerge en la actualidad como consecuencia de los avances que logró en el camino a la igualdad de género. porque hoy las mujeres son diferentes que sus madres y abuelas. Por primera vez en la historia, como señala Sue Shellenbarger, periodista del periódico *The Wall Street Journal*:

Las mujeres no sólo deben enfrentar con mayor frecuencia el tipo de situación de estrés que las lleva a entrar en situaciones de crisis de la mitad de la vida, sino que también hoy cuentan con mayor independencia financiera, habilidades y confianza necesarias para poder exteriorizar sus frustraciones y resolverlas. En cierto sentido, las mujeres están experimentando la crisis de la mitad de la vida en estos días porque «pueden». O sea, tienen ese «empoderamiento», ese fortalecimiento, del que carecían las generaciones anteriores, ganan poder.

El «empoderamiento» de las mujeres

El empoderamiento es «un proceso por medio del cual las mujeres incrementan su capacidad de configurar sus propias vidas y su entorno, una evolución en la concientización sobre sí mismas, en su estatus y en su eficacia en las interacciones sociales», según la socióloga norteamericana Margaret Shuler.

Si bien los procesos de empoderamiento se han dado en muchos grupos oprimidos o desfavorecidos, su mayor desarrollo se ha producido en relación a las mujeres. Sería una estrategia que favorece a que las mujeres incrementen su poder, es decir que accedan al uso y control de los recursos materiales y económicos y simbólicos, ganen influencia y participen en el cambio social.

Esto incluye, por supuesto, la toma de conciencia individual y grupal por parte de las mujeres de sus propios derechos, capacidades, además de hacer conscientes determinados mensajes culturales de opresión y subordinación, que tan interiorizados tienen las mujeres e instalarlos en la sociedad.

¿Cómo se podría resumir el «empoderamiento de las mujeres»?

- 1) La toma de conciencia sobre su subordinación y la toma de conciencia en sí mismas.
- 2) La «autonomía» para decidir sobre sus vidas.
- 3) La movilización para identificar sus intereses y transformar sus relaciones, estructuras e instituciones que las limitan y perpetúan su situación de subordinación.

Como vemos hoy, las mujeres pueden ganar esa «autonomía», o sea tienen las herramientas para decidir sobre sus vidas. Que como hemos señalado a lo largo de este libro, debe ser establecido como uno de los objetivos a lograr porque no viene dado por el mandato sociocultural.

El volver a quedarse sola en muchos casos acelera los tiempos para lograr ese empoderamiento pero cambia radicalmente la perspectiva y visión de las mujeres que enfrentan esa realidad y ese desafío.

Claramente hoy las mujeres están más preparadas que antes para enfrentar una vida por sus medios. Ha aumentado su participación en la fuerza laboral y en las parejas más jóvenes lo más común es que ambos trabajen y contribuyan a sostener el hogar.

Si bien faltan avances, sigue habiendo barreras y la distribución del poder en la pareja sigue siendo desigual, al afrontar una vida individual este problema se reduce para las mujeres.

Además, en la actualidad, las mujeres tienen las habilidades y los recursos necesarios para poder enfrentar cambios en sus carreras profesionales o comenzar aquellos emprendimientos comerciales que siempre soñaron y que no los llevaron adelante estando en pareja. Inclusive, en muchos casos, las mujeres hoy en día tienen un mayor nivel de educación que los hombres, lo que les otorga una ventaja comparativa.

También para aquellas que ya estaban insertadas en el mundo laboral y eran coproveedoras de su casa cuando estaban en pareja, el empoderamiento que supone tomar el control completo del hogar después de un divorcio pueden permitirles realizar mejor sus tareas.

Muchas veces no se necesita cambiar de trabajo para ganar más dinero o ascender, sino focalizarse en el mismo y darse cuenta de las habilidades que se tiene para llevarlo adelante.

Lo cierto es que con esa lección aprendida, las mujeres que se empoderaron y lograron un espacio que antes no tenían, es difícil que con ese valor computado en su haber vuelvan a una relación con el mismo modelo que tenían antes. Los hijos —si los hay— muchas veces son un escudo o una excusa para no reincidir con una pareja formal. «Quiero novios, no quiero más un hombre con cama adentro», es una frase que puede escucharse decir a las mujeres después de un divorcio traumático.

La situación de las mujeres es un elemento más que influye de forma negativa en los hombres tras una separación. Ellos, que pueden aparecer en una primera etapa como los «ganadores», terminan en la mayoría de los casos atravesando una situación desbalanceada que los empobrece, por falta de concentración en su negocio o en su actividad, tristeza por la distancia con los hijos, desorden personal al dejar de contar con una mujer que actúe como organizadora del «nido», etcétera.

Lecciones de divorciadas que van en una cartera

- La independencia lograda por una mujer que era ama de casa tras un divorcio es un bien valioso a resaltar que no debe perderse en la próxima relación. Hay que cuidar ese espacio construido en el desarrollo en un trabajo, en un emprendimiento o con una inversión sobre la que la mujer tuvo que tomar sola las decisiones. Lo que hagan por sí mismas es lo que tendrán a lo largo del tiempo, más allá del devenir de las relaciones.
- La independencia del trabajo debe complementarse con la autonomía que dan los ahorros y las inversiones. Al asumir el control de las finanzas personales, las mujeres deben empezar a separar en sus carteras un monto de dinero destinado al ahorro y traspasar parte de esos fondos a inversiones. La mujer que atraviesa el dilema de insertarse en el mundo laboral luego de años de estar fuera de él atraviesa en el camino restricciones y privaciones en lo material, por eso cuando llegan los primeros pesos fruto del esfuerzo son destinados a resolver las deudas que se hayan generado y a premiarse a sí misma y a los hijos, por el esfuerzo. Un pequeño premio o una tentación después de un período de restricciones es sano para la mujer y sus hijos, pero no deben caer en volver un hábito el premio, porque eso limitará el camino para lograr su independencia.
- Un consejo saludable para guardar en la cartera es el de generar un ingreso pasivo, de a poco y paso a paso, las mujeres solas deben intentar generar una renta que complemente los ingresos personales. No es necesario ahorrar una fortuna para comprar un departamento, una renta puede venir de un ahorro bien invertido en el emprendimiento de una amiga o un familiar. Ojo, prestar atención a que se trate de un verdadero negocio que dará ganancias en el mediano plazo, y no que sea sólo un sueño inalcanzable de alguien que queremos mucho y tenemos intención de ayudar.
- Asumir el control del manejo del dinero debe ser un camino sin retorno. Siempre es tentador para alguien que viene de atravesar diversos conflictos en una separación trasladar el manejo de las finanzas de las manos del ex marido a las de un hermano o un padre, pero ese camino seguirá limitando el potencial, la independencia y la verdadera autonomía de las mujeres.

Lecciones de divorciados que van en la billetera

- La primera enseñanza que debe tener un recién separado es que la construcción que hace en pareja es de a dos, puertas adentro y puertas afuera de la casa. El que considere propio el emprendimiento puesto en marcha o los bienes materiales adquiridos, sólo porque fue el principal proveedor de la casa, debe entender que está equivocado. De otra manera, sólo se sentirá estafado y empobrecido cuando deba pasar por una división de bienes.
- Los hombres deben adoptar como hábito el hablar de dinero con sus parejas, no sólo mantenerlas al tanto de las decisiones que se toman, sino impulsarlas a tener voz y voto en ese proceso. No es fácil, porque compartir una decisión con la pareja obligará a negociar a los hombres, pero será un camino más saludable y responsable. Para que una mujer no dependa de un hombre cuando se rompe una pareja, no debe haber dependido de él antes de eso.
- Los hombres que tienen un negocio, un emprendimiento o una gran empresa y son el motor principal de esa compañía, deben tener en su agenda construir un fondo pensado para una emergencia o ir pagando un seguro de capitalización. Esos recursos permitirán ir formando una reserva para compensar a quien queda fuera del negocio cuando llega el momento de dividir los bienes en común y el fundador se quedará con el control que tanto valora.

LOS HIJOS. QUÉ HERENCIA QUIEREN DEJARLE HOMBRES Y MUJERES A SUS HIJOS. LAS DIFERENCIAS EN LA CRIANZA SOBRE NIÑAS Y VARONES QUE CONDICIONAN LA RELACIÓN CON EL DINERO A FUTURO. ¿SE LIMITA LA AUTONOMÍA DE LAS MUJERES DESDE PEQUEÑAS? ¿LE FALTAN HERRAMIENTAS A LOS VARONES PARA FUNCIONAR EN COOPERACIÓN EN LA PAREJA? LOS DESAFÍOS QUE IMPONE LA HERENCIA Y LA PREGUNTA MÁS INCÓMODA... ¿LE CORRESPONDE A CADA HIJO LO MISMO?

¿Qué, cómo, cuándo y dónde se habla de dinero con los hijos?

Cuando pensamos en economía, finanzas e hijos, lo que primero aparece en la agenda es qué les dejaremos como herencia. Las parejas discuten si es mejor pagarles la educación universitaria o si lo más conveniente es que los hijos salgan al mundo del trabajo y vayan aprendiendo a solventarse apenas dejan la secundaria. Las mujeres —mayoritariamente— se inclinan por esforzarse para ayudar a los hijos a acceder a la primera vivienda, y se enfrentan a sus parejas que —también mayoritariamente— consideran que cuando los hijos crecen es tiempo de empezar a disfrutar ellos del buen pasar construido. Ellos dicen: «Me lo merezco». Ellas dicen: «Se lo merecen».

Pero en estas páginas nos interesa abordar cuestiones más complejas, temas previos y posteriores a los que se plantean cuando los hijos empiezan a alejarse de la casa. ¿Hay que hablar con los chicos de dinero? ¿Cuál es la edad mejor para comenzar a hacerlo? ¿Tienen que administrar dinero los hijos pequeños? Si no nos hacemos estos planteos y andamos estos pasos, ¿cómo podemos pensar que nuestros hijos van a saber cómo administrarse y moverse con el dinero en su juventud?

¿Se entrena a las mujeres desde pequeñas para que sean independientes y autónomas o se les pide eso cuando son jóvenes mientras se las estimula de niñas a ser princesas en busca de un príncipe azul que les resuelva todos sus problemas?

Ser padres no es una tarea sencilla y lamentablemente no existe una universidad que enseñe la tarea. Tratamos de hacer lo mejor que podemos conscientes de que jugamos un rol fundamental en la conducta y personalidad futura de nuestros hijos en todas las

materias. La enseñanza del manejo del dinero no es la excepción.

Los padres influimos en la relación que tienen y tendrán los chicos en el futuro con los temas financieros, lo que incluye la tendencia a ahorrar o gastar el dinero.

En este proceso de enseñanza, como padres nos hacemos infinitas preguntas sobre qué transmitirles a los hijos, qué revelarles o contarles respecto del dinero y qué cosas hay que mantener en secreto hasta que sean un poco más grandes. Si bien esto pasa en los distintos aspectos de la enseñanza, cuando se trata de dinero se complejiza, porque en la familia este sigue considerándose un tema tabú.

Los adultos nos preguntamos:

- a) ¿Cuál es la razón por la que tenemos que transmitir u ocultar a los chicos ciertas cuestiones de dinero?
- b) ¿De qué manera hay que transmitir la información?
- c) ¿En qué circunstancias o a qué edad conviene volcar información vinculada al dinero a los hijos?

La manera en que los padres eligen transmitir la información a los hijos depende finalmente del análisis de costo/beneficio que hace cada familia. Y cobran protagonismo en ese análisis el nivel de madurez que le asignan los padres a los hijos, la receptividad que encuentran en el tema, la relación que los padres tuvieron con el dinero de niños y el contexto sociocultural.

Pero además, no necesariamente padre y madre están de acuerdo —como en tantos otros temas que tienen que ver con la educación de los chicos— o hacen el mismo análisis en esa evaluación de costo/beneficio. De hecho, pocas veces la experiencia personal de la relación que tuvieron en la niñez con el dinero es igual para los dos integrantes de una pareja.

Los padres revelan y ocultan cierta información cuando:

Los beneficios futuros de lo que se comunica a los hijos exceden los riesgos, y viceversa.

Se transmite información y educación financiera cuando se evalúa que esto preparará a los hijos para el futuro, y se oculta cuando se percibe que este tipo de educación va a generar preocupación en los hijos y los padres consideran entonces que puede originarles a los niños una angustia que no están en condiciones de sobrellevar.

Pero el de la comunicación nunca es un camino de una vía. El análisis no estaría completo si no analizamos también como padres lo que «especulan» los hijos respecto de por qué los padres revelan u ocultan cierta información.

Los padres pueden ocultar información sobre el dinero a los hijos para no preocuparlos y estos consideran que los adultos no hablan del tema porque es privado y no debe ser discutido abiertamente, o que hablar de dinero puede conducir a conflictos.

Entonces, para los padres es fundamental entender qué pueden pensar los hijos porque esto va a influir en las creencias futuras de lo que para los hijos es o no privado

respeto del dinero, la reglas mentales que se establecen respecto del mismo y la postura que los hijos aplicarán en su administración en el futuro.

¿Que piensan los hijos respecto de lo que los padres les dicen y lo que les ocultan?

Las respuestas que hemos obtenido al entrevistar a niños de entre 8 y 17 años para este libro coincide con los resultados de las investigaciones internacionales que existen sobre el tema.

Según los chicos, los temas que los padres les enseñan a los hijos están relacionados con «el ahorro», «los gastos» y «los ingresos».

Mis papás me dicen todo el tiempo que no tengo que gastarme todo el dinero que me dan por semana y que es mejor que ahorre algo por si me quiero comprar algo que no había pensado o que necesito. Me insisten mucho en que no es fácil ganar el dinero, pero yo me pregunto para qué me dan plata para mí si después no me dejan hacer lo que yo quiero. [Julián, 11 años.]

Mis padres se lo pasan marcándome que tengo que cuidar más lo que tengo, por ahí pierdo una campera cuando voy al club o a bailar, pero no es la única que tengo. Sin embargo, tengo que escucharlos decirme mil veces que trabajan muchas horas para que a mis hermanos y a mí no nos falte nada. Ya sé eso, pero perdí una campera, no es una tragedia. [Marcos, 17 años.]

Papá siempre se queja de que gasto en ropa, pero es lo que necesito para salir, nada más. Mamá me entiende y a veces nos hacemos una salida a escondidas de él para comprarme algo nuevo para salir el sábado. Papá no entiende que no da ir todos los sábados con lo mismo, pero por suerte mamá me salva. [Valentina, 16 años.]

En lo que respecta a «presupuestos», «cuestiones macroeconómicas» o «cuestiones bancarias» los padres hablan en general, pero no hacen hincapié en la transmisión de educación e información a sus herederos.

En tanto, lo que los hijos perciben que los padres ocultan es lo que tiene que ver con la «riqueza familiar» y las deudas de la familia o de la empresa.

Cada vez que le pregunto a mi papá cuánto gana por mes me dice que eso no es importante porque a mí no me falta nada. Tampoco me quiere decir cuánto cuesta nuestra casa ni cuánto falta pagar del crédito con el que la compraron con mamá. De hecho, hasta hace poco, no sabía que la casa tenía una hipoteca y se la estábamos pagando al banco. [Zoe, 13 años.]

¿Qué piensan los chicos de esta conducta de los padres?

Los chicos perciben que los padres les hablan de ahorro, gastos e ingresos porque eso les va a servir para el futuro, para que sean adultos financieramente responsables. Pero también creen que los padres les transmiten estos conceptos porque no quieren que en el futuro los hijos cometan los mismos errores que les ven cometer mientras crecen.

Cuando era más chica vivíamos en una casa grande y viajábamos un montón, después papá tuvo problemas con su trabajo y nos tuvimos que ajustar bastante. Y yo vi lo que pasó en casa, lo entiendo perfectamente, pero él se lo pasa remarcándome la responsabilidad que hay que tener con el dinero y lo importante que es ahorrar para que a mí no me pase lo mismo. Como si yo no lo hubiera vivido. Yo me di cuenta que pasamos de ir dos veces por año a Disney a pasar veranos enteros en el departamento y yendo a la pileta de los amigos que nos invitaban. No soy tonta. [Mora, 14 años.]

Mi mamá siempre se dedicó a criarnos a mi hermano y a mí y dejó de trabajar cuando nacimos. Y cuando se separó de papá después de 10 años de casados y él no estaba en una situación de pasarnos dinero, ella tuvo que hacerse cargo de los gastos familiares y le resultó muy difícil. Se sacrificó mucho para reinsertarse en el mundo del trabajo. Cuando entré en la adolescencia y a todas mis amigas las madres les hablaban de cómo cuidarse, cómo maquillarse y cómo vestirse para ir a los cumpleaños de 15, a mí mi mamá se lo pasaba hablándome de lo importante que es que piense en estudiar, en tener mi trabajo y mi plata para que no me pase lo mismo que a ella. [Blanca, 17 años.]

Otras dos cuestiones interesantes de por qué los padres no revelan cierta información es:

- 1) Para no crear preocupación en los hijos.
- 2) Evitar que hagan alarde de lo que posee la familia frente a otros chicos.

En el segundo caso, la razón principal es que el dinero es un tema tabú en nuestra sociedad y el éxito económico muchas veces genera vergüenza o pudor, y está asociado a la ambición con una carga negativa.

Es muy importante que como padres entendamos que es preferible hablar de dinero con los hijos porque los hijos entienden más de lo que los adultos suponemos. Por otro lado, como en otros temas difíciles de abordar, pero importantísimos en la formación, lo que no le enseñamos nosotros en casa, lo aprenderán por otros medios de manera desordenada y no necesariamente con la ética que nosotros queríamos transmitirle.

Finalmente, a las mujeres se les debe dar la misma educación respecto del dinero que a los hombres, debido a que hoy en día ha crecido mucho el número de hogares que están sustentados solamente por las mujeres.

Será varón, será mujer

A pesar de los cambios sociales y la aparición de nuevas etapas que llevan a posponer la decisión, la propensión a formar un hogar, tener hijos, sigue y no deja de estar vigente — al menos en la mayoría— de los seres humanos.

Ya cuando la pareja empieza a soñar con el embarazo, llegan las proyecciones sobre si será varón o mujer, y ante la confirmación de que hay un bebé en camino, lo primero que preguntan todos los que se enteran de la noticia es cuándo nacerá y qué prefieren los padres, si un nene o una nena.

La respuesta más comúnmente escuchada es la misma que repetían nuestras abuelas:

- Cualquier cosa, lo importante es que sea sanito.

¿Y qué más podríamos pedir y querer?

La verdad es que muchas cosas, porque alejados de la expectativa de un embarazo o luego de atravesar las primeras ecografías y estudios que digan que «será sanito», aparecen las preferencias por el sexo, por los intereses musicales, los deportes que le gustarán al por nacer y hasta la carrera universitaria que cursará. Todas, en realidad, expectativas que tenemos los padres según lo que nos parece mejor a nosotros, pero que no será necesariamente lo ideal para nuestros hijos.

Pero lo que nos importa a los fines de este libro, es si las preferencias del sexo en los hijos conlleva expectativas financieras sobre los mismos. Y si son diferentes para varones que para mujeres.

Si las expectativas son distintas, será diferente la educación que se le brindará a cada hijo dependiendo de su sexo, y esto moldeará parte de su vida en la adultez.

Están quienes quieren tener primero un varón, porque será protector con sus hermanos menores, y si el padre falta, ocupará el lugar de hombre de la casa. Los que consideran que una mujer es la ideal como primera hija piensan en una niña que ayudará en la casa y colaborará con la mamá en la crianza de los menores.

¿EXISTE REALMENTE UNA PREFERENCIA POR TENER HIJOS VARONES O MUJERES?

Una forma de determinarlo sería analizar qué expectativa genera el nacimiento del segundo hijo. Y si bien en un principio la evidencia indicaría que no existe diferencia de género, dado que la enorme mayoría de los padres quieren formar «la parejita», con un varón y una mujer, podemos darle una vuelta de tuerca más a esta idea...

Estudios posteriores señalan que los padres de dos nenas es más probable que busquen un nuevo nacimiento que aquellos padres que ya tienen dos varones. Esa misma tendencia se ve en las familias numerosas, con más de dos niños. Hay una tendencia mayor a buscar un nuevo embarazo cuando una familia tiene todas nenas que cuando está conformada por todos hijos varones. Entonces, podría interpretarse que hay cierta preferencia de los padres por los varones por sobre las mujeres.

Resulta interesante ver cómo el entorno sociocultural influye en las preferencias. En el caso de países como Suecia, Noruega y Dinamarca, donde el tratamiento igualitario entre hombres y mujeres se ha tomado como una política de Estado, aumenta la probabilidad de buscar un tercer embarazo cuando ya se tienen dos hijos varones que dos hijas mujeres.

Cuando se analiza las preferencias de hombres y mujeres por separado y no como una sola unidad, o sea, como padres, surge claramente la diferencia de expectativa entre los dos sexos.

Ante la pregunta: *¿suponga que usted puede tener un solo hijo, preferiría que sea varón o mujer?*, una encuesta realizada por Gallup Poll, señala que entre los hombres existe más del doble de probabilidad de que respondan preferir a un varón que a una mujer. Según otro análisis realizado por Dahl & Moretti, el 48% prefiere un niño y sólo el 19% una niña. En comparación, las mujeres muestran una leve preferencia de niñas por sobre los varones (35% vs 30%), pero mucho más baja que la diferencia que hacen los hombres.

Pero con los hijos por venir todo es proyección, cuando los niños ya están en casa ¿los padres tienen las mismas expectativas respecto de ambos sexos? Y en consecuencia ¿tratan de la misma manera a varones y mujeres? ¿Son educados de la misma manera? La realidad indica que aún en estos tiempos modernos, existen diferencias en la forma de relacionarse con uno y otro sexo, incluso cuando no sea intencional o racional ese modo de actuar.

Lo primero que debemos reconocer es que los cambios culturales son lentos, y aún hoy como sociedad se espera que el hombre tenga más éxito económico que la mujer y, como consecuencia, se le exige más. Un punto en el que resulta evidente la diferencia de lo que los padres esperan de los hijos es el retiro o la vejez en conjunto, ya que se proyecta que los hombres eventualmente proporcionen ayuda económica mientras que se espera que las mujeres se encarguen del cuidado.

También nosotros percibimos en nuestras entrevistas la diferencia hacia los hijos. Cuando les pedimos que nos cuenten alguna anécdota sobre ellos, los padres coinciden en resaltar la «autonomía» de los varones por sobre la de las mujeres.

Y aunque existan corrientes que buscan revertir esa tendencia, los juegos que se le proporcionan a niños y niñas son diferentes y lo que se conoce como el pasillo «rosa» en las jugueterías está plagado de productos que permiten jugar a realizar los quehaceres domésticos, y que no tienen en la inmensa mayoría de los casos, su versión en «azul».

Para los niños, juegos en el exterior, al aire libre, con desafíos físicos; para las niñas, juegos dentro del hogar resaltando el rol de cuidadora y ama de casa. Las características de la autonomía para los varones se incentivan y se privilegian desde niños, una actitud que no siempre se incentiva en las mujeres.

En la adolescencia, esto puede repetirse cuando vemos que se promueve que los varones aprendan a cuidarse solos en la calle y cuiden a sus hermanos menores, mientras que se trata de postergar todo el tiempo posible la posibilidad de que las chicas circulen solas por la calle.

Unos años más tarde, la conversación en la mesa familiar cuando los jóvenes plantean sus dudas vocacionales, antes de terminar la secundaria, se repite la escena. ¿Quién no ha escuchado alguna vez —o hasta protagonizado el hecho como hijo o como padre— esta carrera es ideal para una mujer? O, por la negativa, esa no es una buena carrera para una mujer... La vocación y no el género, debería ser el que manda.

¿TIENE MI HIJO LAS CUALIDADES PARA SER UN SUPERDOTADO O UN GENIO? ¿TIENE MI HIJA CUALIDADES PARA SER DELGADA?

Una medición sobre las búsquedas online que se realizan en Google avala la idea sobre las diferentes expectativas que generan los hijos según el género.

En lo que respecta a la inteligencia, es más probable encontrar dos veces y media más preguntas sobre la posibilidad de que un hijo varón sea superdotado respecto de una mujer. En sentido más amplio, lo que los padres buscan son respuestas sobre si sus hijos varones están por encima o por debajo de la media respecto de otros compañeros.

Por el contrario, las respuestas que se buscan respecto de las mujeres en general se relacionan con la apariencia. Por ejemplo, se busca en google el doble sobre si la hija mujer tiene sobrepeso que sobre los hijos varones. Otra de las cosas que los padres quieren saber más respecto de las mujeres que de los hombres es si son lindas o feas consultando parámetros estéticos promedio.

¿SE ALIENTA MÁS A MUJERES QUE A VARONES A REALIZAR TAREAS DOMÉSTICAS?

Si uno le pregunta a un conjunto de padres si las tareas del hogar las deben realizar varones y mujeres por igual la respuesta será afirmativa. Pero del dicho al hecho hay un largo trecho, reza el refrán popular.

Y las tareas hogareñas no son la excepción. La realidad muestra que las hijas mujeres realizan o dedican más tiempo a tareas en el hogar. Esto adquiere mucha relevancia en la educación de los hijos, porque esta diferencia persiste aún en los niveles educativos más altos de los padres y en aquellos padres con los más altos estándares de igualdad de género en la pareja.

No sólo existen diferencias respecto al mayor tiempo que las mujeres dedican a las tareas del hogar, sino que también existen diferencias en cómo están distribuidas las tareas. Las mismas están asignadas según la expectativa de cada género. Las mujeres realizan más tareas como cocinar y hacer la limpieza de la casa mientras que los varones realizan más tareas de mantenimiento dentro del hogar, como pequeñas reparaciones, cortar el pasto, mantener la pileta, etcétera.

Esto moldeará la actitud en la etapa de la adultez, y en vez de fomentar la igualdad y autonomía de ambos sexos, se encamina a mantener el statu quo contra el que tanto se lucha en la mediana edad.

No sólo existen diferencias en las familias respecto de la asignación de tareas, sino que también el sexo de los hijos puede influir en la visión de los padres respecto de la dinámica familiar. Los estudios muestran que en aquellas parejas que tienen sólo hijos varones la mirada es más conservadora respecto de los roles de los integrantes de la pareja, que si tuvieran hijas mujeres.

El error de enseñar cosas distintas en un mundo donde deben ser iguales.

Una cuestión adicional y muy relevante es si como padres estamos haciendo alguna diferencia en la comunicación financiera con los hijos según sean varones o mujeres.

Específicamente, ¿educamos distinto a varones y mujeres? ¿ellos lo perciben?

El eje de este libro es que tanto hombres y mujeres adultos persigan no sólo la independencia económica sino también que logren ser «autónomos» en relación a sus finanzas.

Para los varones es algo que viene adherido a los mandatos culturales pero no tanto para las mujeres. Por lo tanto, hemos remarcado que las mujeres deben ponerse la autonomía como un objetivo a lograr y a cuidar.

La pregunta es si como padres ayudamos a eso o consciente o inconscientemente lo obstaculizamos.

Un punto que hemos observado es la diferencia que hacen los padres al transmitir conceptos respecto de «inversiones» a las hijas mujeres y a los hijos varones. Los padres hablan más de esos temas con los hijos varones que con las hijas mujeres.

¿Cuál es la razón? Es que padres y madres siguen viendo mayoritariamente a los hijos más que a las hijas como los futuros proveedores económicos del hogar.

Lo más sorprendente es que aún los hombres que han transitado el camino del desempleo y han vivido en hogares sostenidos o cosostenidos por mujeres, la transmisión del valor de la autonomía es desigual para los hijos según sean varones o mujeres. Aunque menos, también repiten ese error las mujeres que han tenido que atravesar fuertes crisis por depender económicamente de una pareja que en algún momento se termina.

Dos típicos ejemplos de esta situación se plantean cuando los padres se ríen o bromean sobre la poca afición al trabajo cuando un hijo varón dice que va a ser pintor, músico o cuando muestra alguna vocación altruista pero mal rentada como el clásico «quiero ser bombero». En el caso de las niñas, es habitual escuchar que la familia comente «lo costoso que va a ser mantener» a una niña cuando disfruta disfrazándose de princesa.

Los padres deberían repensar estas actitudes si lo que buscan es más igualdad entre ambos sexos y respecto del manejo del dinero y el poder. Sobre todo, si lo que buscan es no repetir historias fallidas que muchas veces ellos transitaron.

¿Qué conducta se observa en adolescentes respecto

del dinero?

Para poder analizar cómo incide la educación de los padres en hombres y mujeres y si hay diferencias, hay que analizar la conducta de ambos grupos cuando son adolescentes. En las entrevistas que realizamos para escribir este libro detectamos que la información real que tienen los dos grupos es similar, que las mujeres tienen más preparación incluso en algunos temas, pero los varones se ven más confiados, encuentran con más facilidad interlocutores dentro de la escuela o la casa para hablar y analizar sus intereses económicos que las mujeres que están más formadas pero son más conservadoras y encuentran un entorno más hostil cuando quieren formarse en la materia.

En los Estados Unidos, donde hay formación en materias de finanzas desde la adolescencia puede evaluarse técnicamente lo que aquí percibimos a través de entrevistas. Un estudio llevado a cabo por Sharon Danes y Heather Haberman de la Universidad de Minnesota, Estados Unidos, entre 5.239 varones y mujeres adolescentes, contabiliza las diferencias respecto del conocimiento financiero, la eficiencia personal y la conducta luego de haber estudiado materias de finanzas.

El estudio concluye que las mujeres ganan más conocimiento que los hombres en materias como créditos, seguros de autos, de vida y de retiro, así como también en inversiones, al haber finalizado la cursada de las materias; sin embargo, los hombres eran los que entraban al curso más preparados. Es decir, la capacidad era igual o con mejor performance para las mujeres, pero la información previa —la que se dio fundamentalmente en la casa— estuvo enfocada más en los varones.

Por otra parte, las mujeres creen que la administración del dinero afectará más su futuro que el de los hombres, pero los hombres se sienten más confiados y más seguros de sí mismos a la hora de tomar decisiones financieras.

Luego de haber tomado los cursos correspondientes, los varones alcanzaron los objetivos financieros más que las mujeres, mientras que las mujeres mostraron que empezaron a hacer presupuestos, comparar precios y hablar de dinero con la familia más que los hombres.

Lo que se desprende del análisis es que los varones en los cursos de finanzas tienden a reforzar el conocimiento previo que traen de la casa mientras que las mujeres aprenden mucho más de finanzas que los varones en áreas con las que no estaban familiarizadas porque no se les dio el conocimiento en el hogar.

¿Está bien o mal ayudar más a un hijo que a otro?

A pesar de que como padres tratamos de no hacer diferencias con los hijos, muchas

veces es la vida misma la responsable de crear esa situación.

¿Qué sucede cuando uno de los hijos logra un alto cargo en una empresa y un pasar económico muy bueno; otro se casa con alguien de mucho dinero y el tercero de la familia vive haciendo malabares para llegar a fin de mes?

Para aquellos padres que tienen la posibilidad de ayudar económicamente a los hijos o que están decidiendo cómo legar en vida su riqueza, este escenario representa un problema que no es fácil de resolver sin crear conflictos entre los hijos.

¿Es correcto que los padres brinden más ayuda económica periódica a uno de los hijos que a otro? ¿Hay que dejarle a cada uno una participación igual en la herencia o sería correcto dejarle una mayor herencia a aquel que más lo necesita?

La familia de Javier tiene un buen pasar económico y tanto él como su hermana fueron dos chicos privilegiados. De niños siempre fueron a escuelas privadas, sus padres les pagaron una universidad privada y hasta les compraron su primer departamento, algo que Javier y su hermana sabían claramente que era un lujo que les permitía empezar la vida adulta con ventajas por encima de las que tenían la mayoría de sus amigos.

Javier nos cuenta lo que pasó cuando falleció su padre.

Yo siempre creí que nos trataban de igual manera, entre mi hermana y yo no había diferencias. O por lo menos eso es lo que yo siempre creí.

Cuando papá falleció repentinamente tuve una conversación difícil y tristísima con mi madre, que me pidió que la ayudara a manejar sus finanzas, porque ella se apoyaba siempre en papá para esos temas. Hasta ahí tenía lógica, ella es de otra generación, papá era súper machista y yo, que era el varón y el mayor, tenía que ocupar ese lugar de referente.

Pero terminé en una discusión salvaje con mamá cuando me enteré de que no éramos todos iguales en casa. Me senté con mamá a ver sus gastos, cómo administraba las rentas que tenía y la pensión que iba a percibir por el fallecimiento de papá. Cuando le dije el monto de la pensión me dijo, como si fuera algo obvio y sabido:

—Perfecto, eso tenemos que organizar para que se lo quede tu hermana así reemplaza lo que con papá le dábamos mensualmente.

Mi respuesta fue lenta, porque sabía que estaba abriendo una puerta a algo que no estaba seguro de querer enterarme, pero mi cara habló antes que yo y, al final, mi vieja me conoce como nadie, no? Mamá me dijo enseguida:

—Te acordás que nosotros la ayudamos a Clara desde que se separó, para que pudiera seguir pagándole el cole a los chicos.

Sólo le dije que no, que no sabía de esa ayuda a mi hermana, y seguí revisando las cuentas.

El tema fue el camino de vuelta a casa, me enrosqué tres veces con la idea. ¿Cuántos años lleva Clara separada? ¿Cuánto hace que le dan esa plata todos los meses? ¿Y a mí quién me ayuda? En los 15 kilómetros de lo de mamá a mi casa pensaba un kilómetro en que mi familia me había estafado y un kilómetro en que era un mal tipo por estar haciéndome este planteo, si a mí no me faltaba nada. Pero me volvía a la cabeza el tema. «Doce años, sabés lo que me gustaría a mí haber trabajado menos los últimos 12 años, total sé que los viejos tienen resto y pueden bancarme el colegio de los chicos.»

Me enojaba por mí, me enojaba por mi mujer, que trabaja a la par mío y ha estado con mis hijos mucho menos de lo que se puede permitir Clara estar con los suyos... Llegué a casa furioso con mamá, decepcionado o traicionado por mi papá que encima ya estaba muerto y peor me sentía por enojarme con él y por envidiar a mi hermana.

Por suerte estaba Paula para frenarme. Con un té después de cenar se animó a preguntarme qué me pasaba... La pobre pensaba que yo estaba triste por la pérdida de papá y yo sólo estaba furioso con él, con mamá y con mi hermana.

Le conté todo, y hasta con la cuenta de lo que había obtenido Clara en lo que yo consideraba una herencia anticipada y que iba a reclamarle a mamá. Sin titubear ni un segundo Paula me dijo:

—Estás completamente loco.

Y empecé a enumerar las diferencias de vida entre mi hermana y yo.

—Yo la adoro a Clara, pero siempre fue inestable emocional y laboralmente. ¿Vos te das cuenta que tu hermana se separó dos veces con papeles, sin contar las parejas con las que no formalizó y que también fracasaron? Clara tiene que criar a dos hijos, con poco y nada de ayuda de sus ex y un trabajo tambaleante... si fuera tu hija qué hacés? ¿La retás porque no se consigue un laburo más estable? Estás loco, Javier. Vos le llevás a tu mamá un planteo por esto y yo te pido el divorcio —me retó Paula con una contundencia que me obligó a repensar todo lo que me había enojado en el camino de regreso a casa.

Es cierto, si yo tampoco considero que mis hijos sean iguales. Y no les doy a los dos lo mismo. Es una máxima en casa, que a cada uno hay que darle lo que necesita, no lo mismo que al otro... pero cómo me la olvidé cuando vi que se trataba de dinero y de mi dinero. Después del llamado a la reflexión que me hizo Paula me sentí el tipo más avaro del mundo, pero todavía podía repararlo.

Por suerte a mamá no le había dicho nada, aunque lo hubiera leído en mi cara, así que cuando nos volvimos a juntar le dije cómo creía yo que debía organizarse y la llamamos a Clarita para consultarle si le parecía bien que ella percibiera la pensión de papá como ayuda.

Clara lo primero que hizo fue preguntarme si yo estaba de acuerdo con eso.

—Obvio, Clara, es la plata de mamá y lo mejor para todos es que a ninguno le falte nada.

Se me cayó un poco la cara de vergüenza porque había estado pensando cosas bastante distintas de mi hermana, pero ella no leía la mente, por suerte.

Cuando nos fuimos de casa de mamá la alcancé a Clara a su casa.

—Yo sé que no es del todo justo que mamá me siga ayudando y a vos no, pero la verdad es que me hace mucha falta, así que te lo agradezco mucho, hermano —me dijo Clara cuando se bajó.

Esa tardecita llegué a casa feliz. Le di un beso apasionado a Paula y le agradecí enormemente que me hubiera hecho reflexionar. Eso sí, no me iba a quedar yo sin la última palabra. Es cierto, nosotros no tratamos ni vamos a tratar nunca a todos nuestros hijos por igual, como hicieron mis viejos. Pero lo que no vamos a hacer como ellos es esconderles esas decisiones, porque si no tienen una Paula que los frene, como tuve yo, esto puede terminar muy mal.

Explicar y comprender

El ejemplo de Javier encuentra su contracara en el caso de Lucrecia, hija de un matrimonio que decidió legar en vida su herencia a los hijos, con algunas particularidades.

El matrimonio de Ismael y Edith tiene tres hijos, dos mujeres y un varón. Una de las hijas eligió ser médica, el varón es un comerciante exitoso y Lucrecia, la que nos importa en este caso, es maestra. La médica y el empresario además se han casado con personas de una buena posición económica con lo que completan el cuadro de dos familias que se podrían definir como «acomodadas». Por su parte, Lucrecia se casó con Luis, quien también es docente y si bien son muy dedicados a sus trabajos y excelentes profesionales, claramente dependen de un par de sueldos que apenas les permiten vivir como una familia de clase media justita. El auto no se cambia hasta que no da más, cada tanto hay problemas para llegar a fin de mes y el colegio privado y las vacaciones que

tienen sus hijos son distintos de los que se pueden permitir sus primos.

Pero Ismael y Edith cambiaron la escena cuando decidieron legar en vida su herencia y le asignaron la mitad del capital que poseían —conformado principalmente por inmuebles destinados a la renta— a Lucrecia. La otra mitad se repartió en partes iguales entre los otros dos hermanos.

Cuando los padres reunieron a los hijos y les explicaron claramente la decisión que habían tomado —y que no estaban sometiendo a debate— y argumentaron sus razones para hacerlo, los hermanos de Lucrecia inicialmente se enojaron. Y hasta ella misma estaba tan sorprendida y un poco incómoda que no terminaba de encontrar un lugar donde plantarse.

Como sus hermanos, ella también se planteaba si era una decisión justa que la favorecieran a ella. Por otra parte, a sus hermanos no les faltaba nada, y para qué querían más... tampoco era una buena actitud la que estaban asumiendo.

Pero a medida que el tema se fue hablando y todos pusieron su parecer sobre la mesa se reencauzó la cosa. Intervinieron desde los amigos, las parejas y hasta el rabino de la comunidad hasta que todos coincidieron en que la conducta de los padres era la apropiada y justa.

Si Lucrecia hubiera sido la ganadora de la lotería y nunca hubiera trabajado pero hubiera sido millonaria —para poner un ejemplo extremo— y uno de sus hermanos hubiera caído en un quebranto por un mal negocio, la decisión de sus padres hubiera sido totalmente distinta. Esa certeza realineó los planetas en la familia.

No necesariamente darle a todos los hijos lo mismo es lo más justo. Hay que darle a cada uno lo que necesita.

Si bien el dinero de los padres es de ellos, ellos se lo ganaron y por lo tanto pueden hacer lo que quieran con él sin tener que preguntarle a nadie o dar explicaciones, el mejor camino para evitar conflictos familiares es que no haya una búsqueda de favoritismo sino de Justicia.

Pero además es central que las decisiones unilaterales y desiguales que toman los padres con los hijos no permanezcan ocultas porque cuando queden al descubierto generarán fricciones y peleas indeseables.

Por lo tanto, antes de dar un nivel de ayuda diferente a cada uno de los hijos, los padres deberían hacerse algunas preguntas como las que damos a continuación para evaluar la decisión.

1) ¿Bajo qué circunstancias hay que comunicar la ayuda desigual a los hijos?

En la medida que la ayuda sea menor y temporaria se puede mantener en secreto. Pero si puede impactar en el futuro de los otros hijos o ellos se tendrán que hacer cargo de brindarla cuando los padres no estén, es mejor afrontar el tema.

2) ¿Deben los padres darle explicaciones a los hijos de sus conductas?

La explicación y las razones que explican una conducta aparentemente desigual es una buena oportunidad para aclarar las cosas. Los padres conocen a sus hijos y saben la

reacción que tendrán y qué pueden esperar de ellos, por lo que habrá que tener tacto a la hora de elegir el cómo y cuándo comunicarlo.

3) ¿En el largo plazo será lo más justo?

Difícil saberlo, pero lo importante es obrar con la mejor buena voluntad. Puede pasar constantemente que a padres que han legado en vida más dinero a un hijo que a otro porque tenía una actividad más inestable y con el tiempo el hijo logró catapultarse y pasó a tener un mejor nivel de vida que el hermano que había recibido una parte menor. Lo mejor para evitar estos casos sería que periódicamente la situación pueda volver a analizarse para tratar de sostener en el tiempo un acuerdo lo más justo posible.

El peso de la historia en las expectativas respecto de los hijos

No queremos cerrar el capítulo de los hijos sin hablar de la herencia que dejan los padres más allá de lo económico, y que tiene fundamentalmente que ver con lo aspiracional, lo social y lo simbólico.

Lo que nos ha tocado vivir como hijos no es inocuo en nuestra construcción como padres. La educación y el nivel económico de los padres son dos de los elementos que más condicionan las expectativas que estos tienen sobre los hijos. Los padres esperan que sus hijos tengan el mismo nivel socioeconómico que ellos poseen o uno superior, por lo cual la exigencia aumenta a medida que sube el nivel de ingresos de los padres.

El columnista del británico *The Guardian*, Hilary Freeman lo ejemplifica con lo que muchos de ustedes recordarán de la famosa película *El padrino (The Godfather)* de 1972 dirigida por Francis Ford Coppola e interpretada por Marlon Brando y Al Pacino. El film narra la historia de Michael Corleone, un hombre apartado de los negocios mafiosos de su familia (que estaba feliz estudiando para obtener su título universitario de profesor de matemáticas, quería casarse con su novia Kay y alejarse de una organización vetusta), hasta que la vida de su padre, Don Vito, y la de toda su familia corren peligro y no le queda otra alternativa que seguir el negocio familiar.

Nadie teme encontrar la cabeza de un caballo en la cama si no sigue el mandato familiar. Pero los hijos pueden sufrir un gran dolor de cabeza si se oponen a la presión de incorporarse al negocio familiar o llevar adelante aquella carrera que los padres consideran ideal. Así como los padres pueden someterse a un desgaste inútil tratando de llevar a los herederos contra la corriente que representan los intereses personales y generacionales de los hijos.

Si bien este no es un fenómeno nuevo, se ha vuelto más pronunciado con el crecimiento de la cantidad de graduados universitarios de las últimas tres décadas. Hoy

hay mucho más graduados que antes, más gente buscando trabajo y nuevas oportunidades en campos no tradicionales, como aquellos vinculados a la tecnología, el medioambiente y los servicios, que las generaciones anteriores nunca imaginaron como destino laboral.

Pero no sólo hay presión hacia los más jóvenes para que sigan las profesiones de los padres, en especial las más tradicionales como medicina, abogacía o finanzas, sino que también sucede al revés. Están los padres que presionan para que los hijos no sigan las mismas profesiones que a ellos los han decepcionado o que tuvieron que seguir por mandato y no por voluntad o vocación.

Aquellos padres que como hijos tuvieron que enfrentar la presión de seguir una vocación que no era la propia, sino que se trataba más bien de un mandato, no quieren repetir la historia. La intención es buena, pero puede transformarse en una mala idea si se termina coartando la voluntad del hijo que sí quiere seguir esa carrera u oficio por vocación o por identificación con su padre.

Presión, culpa, premios y castigos

Las presiones familiares se manifiestan de diferentes maneras, pueden funcionar tanto haciendo sentir «culpa» al hijo cuando rechazan seguir la carrera que proyectaron para ellos sus padres, como intentando sobornarlos con beneficios económicos si avanzan con el plan que sus padres soñaron o aplicándoles penalidades si buscan seguir otra ruta.

El mismo padre que dice: «Si vas a estudiar medicina, como yo, te voy a bancar la carrera porque necesitas dedicarle mucho tiempo al estudio y no vas a poder trabajar...», puede ser ante el hijo díscolo el que sostiene: «Si vas a probar con un negocio propio, y no querés ir a la facultad, primero conseguite un laburito para juntar la plata que necesitas, yo no puedo financiarte un emprendimiento que no sé cómo va a salir porque lo que no querés es ponerte a estudiar».

El padre, en este caso, podría solventar los primeros pasos de su hijo en ambos casos, pero aclara que sólo hará el «sacrificio» cuando él crea que se justifica, su vara fijará cuáles son los proyectos válidos que necesitan del sostén familiar y cuáles los que no. En realidad, lo que está buscando este padre es presionar para que sus hijos cumplan con el mandato y pretende inclinar la balanza con premios y castigos económicos.

El desafío de la empresa familiar

Una de las situaciones más traumáticas en este camino es cuando los padres le ponen presión a los hijos para que se incorporen al negocio familiar. Neil Crawford, psicoterapeuta de la London's Tavistick Clinic y experto en negocios familiares, lo expresa claramente: «Los padres pueden no entender que los hijos han sido criados en una nueva generación y por lo tanto tienen expectativas diferentes. El chico puede no darse cuenta de que los padres tienen la preocupación respecto de su inmortalidad y el futuro de su “imperio”. Los jóvenes en esta situación normalmente se enfrentan al dilema de contentar a sus padres y ser agradecidos o abrirse paso a través de un camino propio. La cuestión central es: ¿Puedo yo triunfar por mis propios medios y méritos y no sólo porque soy el hijo de...?»

La reacción de los hijos ante la presión de los padres adquiere distintas formas dependiendo del contexto social, económico y la personalidad de cada uno. Un chico presionado puede sentirse ahogado y con resentimiento, lo que lo puede llevar a perder la motivación y a la depresión. Mientras otro tipo de personalidad bajo presión considera que es más fácil seguir lo que los padres quieren o sugieren que embarcarse en una travesía personal con final incierto y cede.

En estos casos, los padres están limitando y desincentivando la autonomía y la falta de compromiso de los hijos, que al optar por seguir el mandato familiar esquivan la toma de decisiones y por lo tanto, se sienten menos responsables también de las consecuencias que tiene el camino elegido para ellos.

El resultado no es otro que encontrar un hijo adulto que responsabiliza de su frustración o su fracaso profesional a los padres que le impusieron un mandato.

Si, además, los padres ejercen la figura de superhéroes —modelo de hombre que ya hemos descrito en capítulos anteriores— la escena se completa con un mayor en edad de retiro que repite ante sus empleados, proveedores, clientes y familia que no se puede ir de la empresa porque su rol allí es vital. Y aunque a veces lo es, lo que sucede en muchos casos es que al tener a los hijos como sucesores y mantener la capacidad de influencia y presión, los padres extienden una sombra debajo de la que no crece nada ni nadie, pero ellos pueden seguir sintiéndose protagonistas y no asumir que es el tiempo de retirarse.

Que se dé una «ruptura» o no con los padres en aquellos hijos que decidan seguir adelante con su camino a pesar de la oposición familiar dependerá de la relación que tenían antes de la crisis vocacional. Los hijos, en este caso, son el eslabón más delgado de la cadena, por lo tanto los que deberán hacer el mayor esfuerzo y cargar con la responsabilidad para evitar que se corte son los padres.

Consejos para que los padres lleven en la cartera y la billetera

- Los hijos deben ir adquiriendo y aprendiendo a ser responsables con el dinero desde pequeños. Eso los ayudará a no percibir las cuestiones económicas como algo oculto o complejo. Un buen ejercicio es asignarles una mensualidad cuando median la escuela primaria con la que podrán comprarse lo que ellos desean y así medirán que es necesario ahorrar varios meses para adquirir una consola de juegos.
- Decir que no puede ser bueno. Los niños de hoy son premiados e incentivados constantemente. Una buena nota, un premio. Un juguete que se presenta en la televisión es un pedido que se puede comprar el próximo cumpleaños o día del niño, cuando no se compra el siguiente fin de semana. Los chicos reciben regalos de sus padres, sus tíos, sus abuelos, padrinos y una lista interminable que les da cada Navidad la misma cantidad de presentes que nuestras generaciones recibían en un año. Ponerle un límite a eso es una buena sugerencia. Eso ayudará a los chicos a entender que no se puede comprar todo el tiempo y será una gran lección para que enfrenten el futuro en el que no tendrán todo a su disposición.
- Los padres deberían estar obligados por ley a promover la autonomía en los hijos desde pequeños, y especialmente en las hijas. Incentivar la toma de decisiones, acompañarlos para que se enfrenten a elecciones que pueden ser erradas les dará confianza para hacerlo en el futuro. Es fundamental remarcar que es bueno consultar a quienes creemos que más saben sobre el tema que tenemos que enfrentar, pero que la decisión es de ellos y las consecuencias también.
- El espejo de la autonomía en las niñas es enseñarles a valorar la cooperación a los hombres. Mostrarles a los niños que pedir ayuda, consultar a los demás, y cambiar de opinión por el consejo de los demás puede ser una buena idea los ayudará a moverse con más libertad en el futuro. Así nuestros hijos crecerán con la idea de que no se pone en juego su valor o quiénes son ellos si consultan a los demás o piden ayudar. Son niños que deben aprender desde chicos que nadie espera que sean Superman.
- Los padres debemos entender e intentar aplicar en la vida cotidiana la regla que dice que a cada hijo, lo que necesita. Darle a todos los hijos lo mismo puede sonar justo en teoría, pero como vimos en el caso que relatamos en este capítulo, no todos los hijos necesitan lo mismo.
- La independencia empieza por casa. Estimular la independencia de los niños suena bien pero es difícil de implementar, porque en muchas oportunidades eso implicará que tomen decisiones con las que no estamos de acuerdo. Claro que hay reglas y límites para eso, pero si alentamos a nuestros hijos a elegir un juguete con determinado presupuesto, no podemos decirles que no si eligen lo que a nosotros no nos gusta. El esfuerzo valdrá la pena.
- Estimular el espíritu emprendedor de los hijos, que sepan el valor del dinero no sólo por lo que representa al gastarlo, sino por lo difícil que es también ganarlo. Vender limonada en la vereda, o revistas viejas entre los vecinos del barrio cuando son chicos, cortar el paso de casa y de los vecinos, cuidar niños para aportar al fondo que pague el viaje de egresados, para los más grandes, son simples ejemplos. Tener la gimnasia de idear, planificar y ejecutar pequeños negocios para hacerse de su propio dinero será una gran herramienta para nuestros hijos y para su desarrollo futuro, que es lo que más nos importa.

RECONSTRUCCIÓN DE LA PAREJA. LA ECONOMÍA DE LA DESCONFIANZA. LOS DILEMAS CON EL DINERO EN LAS FAMILIAS ENSAMBLADAS. EL TEMOR A REPETIR ERRORES INFLUYE EN LAS DECISIONES ECONÓMICAS. HOMBRES CON MIEDO A COMPARTIR LA RIQUEZA QUE GENERAN. MUJERES ALERTA ANTE EL OCULTAMIENTO DEL DINERO. EL FANTASMA DE LOS EX SUMA CONFLICTOS ECONÓMICOS EN LA CASA.

Reconstrucción de la pareja

Las discusiones de dinero dentro de la pareja son algo cotidiano. ¿Pero qué pasa cuando esas parejas heredaron ex parejas? ¿Cuántas mujeres en esta situación enfurecen porque «la ex» gasta más? ¿Cuántos hombres logran no irritarse cuando «el ex» no compra ni una prenda para sus hijos y su mujer se queda sin fondos para aportar a las vacaciones por tener que cubrir esas necesidades?

La corrección política indica que los hijos de ella o de él son una prioridad en la nueva familia, ¿pero cuántos hombres y mujeres están dispuestos a ayudar con sus ingresos a que la pareja cumpla con la cuota alimentaria?

¿Y qué pasa si los hijos de tu pareja están acostumbrados a comprar todo lo que ven en la calle y los tuyos crecieron con la regla de que los regalos son sólo para los cumpleaños? ¿Cómo se ensambla una familia gasolera con una gastadora? ¿Es posible encontrar un punto intermedio antes de que haya una guerra dentro de la casa?

¿Qué pasa con los bienes de una familia ensamblada cuando fallece uno de los miembros de la pareja? ¿Quién no ha escuchado una cruel historia de peleas de herederos de los tuyos, los míos y los nuestros?

Esta es la economía de la desconfianza. El temor a repetir errores influye en las decisiones económicas de una familia ensamblada y los hombres llegan con miedo a compartir la riqueza que generarán, mientras que las mujeres viven alertas de que le oculten dinero. ¿Es inevitable recaer en la infidelidad financiera en una segunda vuelta?

Las familias han ido tomando distintas formas en las últimas décadas. La vergüenza de un niño por tener a sus padres separados en los 70 y los 80 es hoy historia antigua. Las palabras «padraastro» o «madrastra», con alta connotación negativa, han sido remplazadas por los verbos «maternar» y «paternar» que refieren a quienes cumplen

roles cotidianamente de padres y madres, aunque no lo sean biológicamente. Pero sería un exceso de simplificación y negación decir que las relaciones de las parejas que vienen de un fracaso matrimonial y acarrean consigo conflictos económicos derivados de esa relación previa, los ensamblados, tienen un camino fácil.

Cuando Hugo conoció a Carolina tenía dos años de divorciado y seguía pagando todos los gastos de su ex. Sí, no sólo los del hijo que tenían en común, sino los de la mamá del pequeño. Y se vanagloriaba de eso frente a sus amigos que lo criticaban por cumplir con ese rol que ya no le correspondía. Hoy, seis años después, reconoce que fue difícil pero sano aceptar algunos «consejos» de su nueva novia, que lo ayudaron a ordenar sus finanzas y poner racionalidad en la economía y las relaciones. Él mismo dice «entre comillas, consejos» y delata la intensidad que tuvieron esas conversaciones que en parte repasamos en una serie de largas entrevistas que compartimos con la pareja.

Carolina: Cuando lo invité a Hugo a que nos fuéramos un fin de semana solos a Pinamar y me dijo que no, que no se iba a ningún lado sin su hijo, tomé conciencia por primera vez de que en esta relación no éramos solamente dos. Me lo dijo con palabras que me quedaron grabadas a fuego: «No me pongas en el esquema de elegir entre él y vos. Si competís con mi hijo, vas a perder, porque a él lo quiero más».

No dudó un segundo en decirlo. No buscó las palabras para no herirme o ser cuidadoso. «Vas a perder», «A él lo quiero más». No dudaba. No me amenazaba. No me mentía. O por lo menos así lo sentí. Y compré, porque fue absolutamente honesto. Si me gustaba, tenía que aceptar el combo Hugo viene con un hijo, pero lo que no calculé del todo bien en esa charla fue que el hijo venía con una madre y Hugo venía con una ex. Primero quería saber cómo era, cosa de mina, qué sé yo. Quería saber si era linda o no. Si era más linda que yo. Si estaba en pareja o sola, si lo histeriqueaba a Hugo... Después de que despejé esas dudas me empezó a molestar todo lo que hacía. Es que éramos el agua y el aceite. Ella no trabajaba, dependía de su ex para todo. Había dependido de él mientras fue el esposo y ahora lo seguía haciendo. Yo vengo de una casa de mujeres «empoderadas». Mi abuela trabajaba y dejaba a sus hijos al cuidado de mi abuelo, mi mamá siempre fue la que manejó el dinero en casa y aunque mi papá era el proveedor, él a veces no sabía ni cuánto ganaba, y yo trabajo desde los 18 años. Si tengo que pedirle plata a alguien te juro que el último del mundo al que recurriría sería a mi ex, y ella llamaba todas las semanas con un planteo doméstico o económico con el que necesitaba la ayuda de Hugo.

Le quería prender fuego al teléfono cuando veía que llamaba. «¿Hugo, me podés adelantar plata que se me terminó lo que me diste este mes?» Sábado a la noche, obvio. Y él corriendo a buscar un cajero para llevarle y yo en llamas.

Y sí, una me banqué, dos me banqué y a la tercera hice un escáncalo. Fue cuando llegó el resumen de la tarjeta de crédito, de la que ella tenía una extensión, obvio. Hugo dejó el papel sobre la mesa y cuando vi que había comprado dos pasajes para irse a Bariloche un fin de semana largo cuando Martincito se quedaba con nosotros estallé. «¿Nosotros le vamos a pagar el viaje con un novio nuevo a esta mina? Vos estás loco...»

Hugo sigue contando el episodio: Caro gritaba como loca y argumentaba en contra de mi ex. Y yo cometí el gravísimo error de decirle que yo pagaba eso, que no se metiera. Ja, me cavé la fosa solito. En esta pareja, desde el minuto uno la economía funcionaba con un pozo común. Si bien no había una división específica de los gastos ni una revisión de cuánto aportó cada uno en el mes, el destino del dinero siempre era común. Yo no estaba acostumbrado, venía de una relación en la que el único que aportaba era yo y el que tomaba las decisiones también. Pero Caro es brava. Cuando le solté que a mi ex la mantenía yo, fue como lanzar un boomerang.

«Si vos mantenés a tu ex y a sus gustitos, y la heladera de casa la tengo que llenar yo porque vos empezás el mes con cuatro lucas abajo por lo que tenés que pasarle, no es tu problema. Es mi problema», me dijo Carolina enfurecida. Todavía hoy, en broma, cada tanto, cuando discutimos algún tema económico nos

repetimos: «Vos empezás el mes con -4».

Carolina: Así como él puso sus límites con Martín al inicio de la relación, yo puse el mío ahí. Le dije que entendía que había que darle una cuota alimenticia a su ex y que no iba a discutir ni un segundo todo el dinero gastado en Martín, pero la extensión de la tarjeta de crédito era mi límite. No quiero enterarme de que se va a Bariloche, ni cuánto le sale el pase de esquí que tarjetea y llega a mi casa. No quiero. Hasta ahí llego, es mi límite.

Después fui más viva. Dejé de ponerme loca por lo que me parecía un disparate y fui trazando estrategias más inteligentes. Poquito a poco, por ejemplo, lo convencí de que todos los gastos de Martín llegaran a casa, y así no había dudas sobre adónde iba todo el dinero que salía de casa.

Hugo: Un poco de celos tendría, ella dice que no, pero para mí no le molestaba la plata que yo le pasaba por el dinero en sí, le molestaba que mi ex me llamara veinte veces por mes para consultarme algo, pero es cierto que era un desorden total.

Mis amigos ya me lo habían repetido hasta el cansancio. Especialmente Agustín. No había manera de sentarme a tomar una cerveza después del fútbol con él sin que sacara el tema de su divorcio, que había sido mucho más conflictivo que el mío, y me diera consejos sobre qué debía hacer yo y cómo debía aplicar su misma receta. «Yo le doy la mitad de la cuota del colegio de los chicos, y si ella no tiene la otra mitad para poner que se las arregle, yo no voy a sacar un peso más del bolsillo. Si le compra zapatillas a Mariana, primero que me muestre la factura de cuánto pagó, y después le doy la mitad exacta. Eso es lo justo, Huguito, si no te toman por gil», me canchereaba y te aseguro que más de uno de los chicos de la barra lo apoyaba. Yo siempre le respondí lo mismo, los perjudicados en esa batalla son los chicos. Yo no iba a dejar el colegio sin pagar porque mi ex se hubiera gastado la guita. Pero por suerte estaba Pablo, que era la voz de la conciencia de los dos, y nos paraba. En general me daba la razón a mí. Hasta que un día me dijo una gran verdad que me ayudó a repensar el rol que estaba jugando y a qué me estaba exponiendo: «Vos repartís generosidad porque te está yendo bien y porque con Carito todavía no tuviste hijos. Pero en este país todos los días podés caer en una crisis financiera y si tu ex es una desbolada con la guita y tenés un hijo con Caro, el que va a pagar los platos rotos va a ser ese chico, que también va a ser tu hijo». Y sí, Pablo habla poco, dos veces al año, el resto de los asados pospartidos es un moderador neutral, pero cuando decide dar su opinión a todos nos deja pensando. Y conmigo lo logró.

Carolina: «A mí mis amigas también me ayudaron a ubicarme en mi lugar, aunque con mucha menos diplomacia. Recuerdo especialmente un día en la quinta de Micaela... Fue tremendo...

Estábamos todas en el jardín y tomando sol un sábado a la tarde después de un asado. Los hombres se habían ido con los chicos a andar en bicicleta y nosotras podíamos charlar tranquilas. Yo venía de una semana tremenda en la que la ex de Hugo había intervenido hasta agotarme la paciencia. Mis amigas me iban a entender, son como yo, mujeres empoderadas. Una abogada, la otra empresaria, y Mica y yo que trabajamos en política juntas y que sabía perfectamente lo que pasaba en casa, porque compartimos la misma oficina y ella ve mi día a día y escucha mis dilemas cuando almorzamos en el microcentro. Así que mientras ella servía gaseosas, cortaba torta e iba y venía del jardín a la cocina yo me despachaba con Georgina y Anita sobre mis dilemas.

—La mina es una inútil. Yo me mato antes de pedirle plata a mi ex; ¡no tenés dignidad pidiéndole dinero a tu ex! Yo soy capaz de irme a vivir a un caño, pero mostrarle a mi ex que no me arreglo sola nunca, ¡jamás!

—Obvio, pero ella no sabe qué hacer sin él, evidentemente —dijo Georgina validando mi teoría.

—¿Y con el nene resuelve o también depende de Hugo? —quiso saber Anita.

—No resuelve nada que sea importante. Todo le pregunta a Hugo y lo que no le pregunta lo hace mal. El nene está mal vestido, ella le cambia los horarios todo el tiempo, lo deja irse a dormir tarde... Decime quién de ustedes dejaría que sus hijos se acuesten a las 11 de la noche, es una desbolada —contaba yo.

—Bueno, pero si Martín no va al jardín a la mañana no es un problema que se acueste tarde... —sugirió Anita.

—Los chicos se tienen que acostar temprano, Ani, dejate de hinchar. Ella le tiene que poner un horario más

razonable, lo mismo que las actividades, lo manda a fútbol porque van los amigos y quiere que se integre en el grupito del jardín, y el nene está perfectamente integrado, tiene mil amigos y lo que le gusta es la música, tendría que ir a piano, o a guitarra...

Ahí fue cuando Mica intervino y me clavó un puñal. Venía con la torta en una bandeja, y como si nada soltó: —Todo bien, Carito, pero sabés qué, en algún momento vas a entender que vos no sos la madre. Ella puede tener mil defectos, pero la que decide cómo criar a Martín es ella y vos deberías aprender a callarte un poquito la boca».

Me callé en ese mismo momento. Y el silencio de Georgina y Anita apoyando la idea de Mica me terminó de enmudecer. Me quedé pensando todo el día en que tenía que aprender a ocupar mi espacio. «Vos no sos la madre» me retumba hasta el día de hoy en la cabeza. Aunque lo tenga muy claro, escucharlo es muy fuerte. Yo creo que cambié desde ese mismísimo día. Hugo entendió que tenía que ponerle límites a la ex, y yo que no podía opinar de todo.

Hugo: Me parece que la armonía llegó cuando trazamos una estrategia en común para comprar el departamento en el que vivimos hoy. Yo tenía pendiente arreglar con mi ex para que vendiera la casa donde vivía y que era un bien ganancial. Me tenía que dar la mitad del dinero, pero daba mil vueltas para no encarar el tema. Me resultaba muy fuerte vender la casa donde vivía Martín la mitad del tiempo y sabía que ella iba a tener que alquilar porque no iba a poder comprar con esa plata... Hasta que Caro se plantó y me dijo que yo era tan padre de Martín como la mamá su madre, y vivía en una casa alquilada, así que si yo podía comprar algo Martín iba a seguir teniendo una casa propia, la de su papá. Y viviría en una alquilada con la mamá, al revés que ahora... «¿Vos no decís que sos igual de importante que ella para Martín? ¿que te ocupás igual que ella del nene? ¿vos no sos el que peleó para tener una tenencia compartida que te garantice mucho tiempo con tu hijo? Entonces ella debería poder alquilar, como lo hacés vos ahora», me dijo Caro con el tono que ya había aprendido que es el que usa para marcar el límite al que se permite llegar. O sea, o encaraba el tema o se me venía un conflicto con Carito en casa...

Cuando me junté con Agustín y le conté que me iba a comprar un departamento porque había acordado con mi ex vender la casa que teníamos que dividir y me iba a entrar esa plata, lo primero que me dijo fue «¡Por fin te decidiste a dejar de hacer el papel de boludo!»

El discurso de Agustín sobre el divorcio era insoportable para mí, aunque en algunas cosas tenía razón.

—La mitad de todo. Hay que darles la mitad de todo lo que pagan, ni un centavo más. Si el cole sale 50, le das 25, y si ella no tiene 25 para poner, que se arregle.

—Pero el que pierde es Martín si hago eso, ya lo hablamos mil veces, Agustín, no nos vamos a poner de acuerdo —le decía yo.

—Si no le falta nada a Martín. Podría tener más, sí, pero es al pedo. Y la yegua esa no le va a dar al nene nada porque vos le des más guita, se lo va a tirar en pilchas ridículas encima.

Me volví a casa con la cabeza que me explotaba, yo no podía parecerme a Agustín y me quedé con la sensación de que con lo de la venta de la casa lo estaba haciendo. Pero estaba Caro que tironeaba también. Así que me senté a cenar con ella y le hice el planteo.

—Yo no estoy de acuerdo con Agustín, mi amor, pero lo de la casa es justicia. Qué te parece si le proponés poner todos los gastos fijos de Martín en débito automático de tu tarjeta. El club, el cole, el instituto de inglés, fútbol, todo, para estar tranquilo de que no le falta nada.. Ella se va a quedar con todo lo que le corresponde de la casa en común, y vos también. Y a Martín no le va a faltar nada, que es lo importante —dijo Carolina.

—Pero eso nos va a ajustar a nosotros, vamos a tener el crédito de la casa y si tengo todos esos débitos, en cuanto pague la tarjeta quedo seco —le planteé yo.

—Pero yo trabajo y están mis ingresos, es un fondo común, y si yo tengo que poner para Martín hasta que vos cobres, para mí está perfecto. Somos una familia, con la particularidad de acarrear a una ex, pero una familia —se rio amorosamente Caro, según el recuerdo de Hugo de esa conversación.

El fenómeno de las familias ensambladas es global. En la Argentina recién en el año 2001 se han podido realizar las primeras mediciones a nivel nacional y provincial de este

tipo de familias a través de preguntas específicas incluidas en el Censo Nacional de Población y la Encuesta de Condiciones de Vida relevadas por el Instituto de Estadística y Censos (INDEC). En el primer estudio se determinó que a nivel país había aproximadamente 300.000 parejas ensambladas, que en el Censo 2010 se elevó a medio millón.

Antes de abordar los problemas en relación al dinero que enfrentan este tipo de parejas debemos definir bien qué se entiende por «ensamblada». A los fines de este libro usaremos la definición hecha por Emily and John Visher, fundadores de la Asociación Americana de Familias Ensambladas, que definen a las familias ensambladas como:

«Una familia conformada por una pareja de adultos, donde al menos uno de ellos tiene un hijo producto de una relación anterior».

Esta definición se permite incluir diversas alternativas de uniones: aquellas familias que tienen la custodia primaria de los chicos y aquellas que no; parejas que se han vuelto a casar legalmente y aquellas que sólo conviven; parejas en donde uno solo de los miembros es padre/madre biológica o ambos lo son pero con otras parejas; también donde ambos se han juntado producto de un divorcio anterior; o donde uno ha quedado viudo o no ha estado previamente casado.

Muchos de ustedes estarán pensando que las situaciones anteriores son tan distintas entre sí que difícilmente podrían agruparse dentro de una misma categoría. Pero lo que las une es el hecho de compartir ciertas peculiaridades que las diferencia del modelo tradicional de familia basado en el «parentesco biológico» sobre el cual la sociedad ha desarrollado sus normas.

Dinámica familiar

Hasta ahora hemos visto las particularidades de familias de primera unión. En este tipo de parejas, el pilar sobre el que se construye la familia y por consecuencia el bienestar de la misma depende del éxito de la relación de la pareja. En el caso de la familia ensamblada, no sólo es importante la relación entre los miembros de la pareja, sino igual o más importante es la relación que establecen los padrastros con los hijastros.

La diferencia entre las parejas de primera unión y las familias ensambladas es que en estas últimas se deben establecer múltiples relaciones con los nuevos hijastros, con una red extendida de parientes, con los padres biológicos de los chicos así como con hijos que, en algunos casos, no viven con la pareja y con esas relaciones vienen las obligaciones que terminan metiéndose en nuestro bolsillo.

Es así como en las familias ensambladas es más difícil establecer los «límites» de los integrantes de la pareja sin incluir a los chicos, más aun cuando estos transitan la edad de crianza (en donde los padrastros tienen una función muy activa en ello) y también cuando se trata de hijos adolescentes, que habían comenzado a asumir funciones de responsabilidad y se pueden sentir excluidos o afectados en su autoestima en la medida que muchas tareas que habían tomado como propias son reemplazadas por el nuevo adulto en la casa.

También la relación con los ex —que siguen vinculados a la nueva familia por la indisoluble paternidad/maternidad— puede resultar disruptiva para la nueva familia.

Los ensamblados enfrentan la dificultad de tener diferencia de valores, disciplina, dinámicas internas de la casa, y unificar todos esos criterios con armonía es un desafío mayúsculo. El dinero es uno más, y uno de los más importantes. Sobre todo por la significación que se le asigna.

¿ES MÁS DIFÍCIL LA COMUNICACIÓN Y LA RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LAS PAREJAS ENSAMBLADAS?

Con más elementos y más participantes en la negociación, como ya vimos en la historia de Hugo y Carolina, la situación es más difícil sobre todo en los primeros estadios de la nueva relación. La dificultad de venir de un fracaso de pareja hace que cada uno llegue con pocas habilidades para la comunicación efectiva, agotados de atravesar conflictos e intentando evitar todo lo que les rememora los malos tragos del pasado.

Además, tienden a buscar una pareja que «satisfaga sus necesidades inmediatas», que en muchos casos no son el amor, sino la compañía, el apoyo emocional o el respaldo financiero, y la relación empieza con el pie equivocado.

Las mujeres que se sintieron empobrecidas porque pasaron de ser amas de casa que administraban recursos que les asignaba su pareja y ahora deben salir a generar su propio ingreso sin saber muy bien por donde empezar pueden caer en la tentación de buscar un superhéroe que las rescate antes que un trabajo.

Los hombres que no saben qué hacer con los chicos en casa y no se imaginan ni cómo prender el horno para calentarles la comida o se ven desbordados por tener que sentarse a acompañar a los chicos con las tareas mientras no deben descuidar tener las camisas planchadas para el uniforme del día siguiente pueden caer en la tentación de buscar un ama de casa perfecta antes que una pareja.

Los dos tópicos centrales que la pareja ensamblada debe resolver son: las cuestiones que se relacionan con los hijos de la pareja anterior, los nuevos límites y la necesidad de armonizar los hábitos vinculados al dinero. Las discusiones sobre el origen y gasto de los recursos, así como el tipo de relaciones que mantienen con las ex parejas son en estos hogares moneda corriente.

Los hombres suelen llegar a la segunda pareja con la sensación de haber sido esquilados. Dejar la casa que compró con «el sudor de su frente» para que ahora viva en ella otro hombre es un «error de cálculo» que se jura y perjura que no le volverá a

sucedier.

Las mujeres que vieron el espacio que resignaron al optar por concentrarse en la crianza de los hijos delegando por completo los temas del dinero y ante un divorcio se enfrentan a tener que mendigar por una cuota alimentaria en un juzgado se prometen que no tropezarán nuevamente con la misma piedra.

Y de esas autopromesas realizadas en situaciones de conflicto y dolor, salen los hombres y mujeres que llegan a las parejas ensambladas. Traen su mochila cargada y desde ahí constituirán su nueva relación. Muchas veces con más puntos en común, más armonía y más felicidad que la anterior, por haber aprendido la lección. Pero tantas otras cargados de conflicto y tensión como consecuencia de transitar día a día con la guardia alta por el temor a caer en los errores del pasado.

¿EL PODER EN LAS RELACIONES ENSAMBLADAS ESTÁ MÁS EQUILIBRADO?

Siempre que se habla de dinero, no podemos dejar de lado el poder que trae aparejado: lo que las parejas ensambladas también deben negociar quién y cómo llevará el control de los recursos. Sabemos que los recursos son escasos y no permiten cumplir con todos los deseos.

«Las experiencias personales adquiridas en la primera unión, pero también las incorporadas en la soledad posdivorcio, ayudan a que las mujeres persigan mayor poder en la toma de decisiones en la segunda vuelta, al mismo tiempo que algunos hombres ceden espacios».

Parece que las familias ensambladas están a la vanguardia y sientan precedentes en el camino hacia una mayor igualdad y justicia en la toma de decisiones de la pareja. Es parte de la evolución y el aprendizaje.

Repasemos la «teoría de los recursos» para entenderlo. Como ya dijimos, lo que cada uno aporta a la nueva relación no solamente es dinero. Y luego de una experiencia fallida, coinciden *el deseo de las mujeres de compartir más con el de los hombres de mandar menos*.

Las mujeres han tenido que tomar un montón de decisiones en la soledad posdivorcio, lo que les ha dado un cúmulo de experiencias que no están dispuestas a relegar en una nueva unión. El mayor exponente del espacio ganado que no se quiere relegar tiene que ver con los hijos.

La mujer que atravesó un divorcio —aun cuando tenga una buena relación con su ex y la tenencia sea equilibradamente compartida— tuvo que tomar el poder, aumentar los límites si antes descansaba en que los estableciera el otro o a ser la que daba algunos premios, si antes era la responsable de las penitencias. Y después de ese esfuerzo no llegan a la segunda unión dispuestas a ceder el poder.

Muchas mujeres consideran que una de las razones importantes que las llevó al divorcio fue la falta de participación en la toma de decisiones que tenían en la relación y buscan un modelo de pareja más equilibrada.

A los hombres les ocurre algo similar pero de la vereda de enfrente, por eso prefieren renunciar a cierto poder que influyó negativamente en su primera unión.

Por otra parte, aquellas mujeres que aportan una mayor cantidad de recursos a la nueva relación buscan más equilibrio en el esquema de poder y control. Se ganaron su espacio, en muchos casos pasaron de ser amas de casa a empleadas, emprendedoras o cuentapropistas o dejaron de dejar el control de los recursos económicos en manos de otro para hacerlo por ellas mismas y ahora tienen opinión formada ante un dilema a resolver. Ya no vale la frase «yo de eso no entiendo nada» o el «decidí vos que sabés más que yo de eso» porque la experiencia, en la crisis, las formó.

El problema es la tentación de volver a soltar el mando de control para tomarse un respiro y descansar del stress que significó el proceso y recaer en el modelo anterior.

De todas maneras, antes de formalizar una nueva relación, las mujeres saben que deberán aportar ingresos (propios, más allá de la asignación mensual de su ex pareja), ya que es casi imposible pensar en la vida actual que una pareja podrá afrontar con todos los gastos de la nueva familia y, en especial, con los de los hijos anteriores de su mujer. El príncipe azul no existe.

¿Esto significa que las mujeres que pueden aportar pocos recursos económicos a la nueva relación tienen menos probabilidades de formalizar una nueva unión? Es muy probable. Los dilemas de la vida real logran en muchos casos imponerse al amor.

Aunque se les perdona más. Los hombres que no logran organizar su vida familiar de separados, también tienen más dificultades para formar una nueva pareja estable. Las mujeres que aún no tuvieron hijos perdonan y justifican más esa situación, como los caballeros que no tienen una ex pueden tolerar que una mujer no genere sus recursos económicos para solventar los gastos de sus hijos.

Pero para mujeres y hombres que viven cotidianamente con el conflicto de una ex pareja que depende económica, emocional u organizacionalmente de ellos, encontrarse con otro que repite ese formato o modelo les genera rechazo.

¿LA DIVISIÓN DEL TRABAJO EN LA PAREJA ENSAMBLADA ES DISTINTA?

Hemos dicho que un recurso muy importante para las personas, directamente relacionado con el dinero, es el uso del tiempo. De la división de trabajo en la pareja impacta en el tiempo libre, en el espacio que tiene cada uno para hacer uso individual de sus recursos.

No se puede definir una regla general respecto de si la división de las tareas es más igualitaria y equilibrada en las parejas ensambladas. En nuestras entrevistas y en sintonía

con estudios previos, hemos encontrado respuestas opuestas.

En algunos casos, hemos encontrado sustento para sugerir que desde la perspectiva del poder en la pareja, en las segundas uniones las mujeres realizan menos tareas hogareñas o domésticas que en la primera unión, son más proclives a trabajar fuera de la casa para ganar un sustento económico y, por consiguiente, contribuyen más al ingreso del hogar.

En algunos casos, incluso, hemos encontrado parejas que podríamos decir que tienen un sistema de toma de decisiones más equilibrado, pero el trabajo doméstico sigue las pautas más tradicionales que le impone a la mujer un rol más importante en las tareas hogareñas. O sea, que en estos casos no hay mucha diferencia con la función de la madre en un primer matrimonio, que muchas veces se agrava por tener que sumar el cuidado de los hijos anteriores del hombre.

LA LLEGADA DE UN HIJO EN COMÚN

Si bien en la decisión de tener un hijo en una pareja de primera unión, lo económico tiene cierto peso, en una pareja reconstituida adquiere una dimensión mayor.

Según un estudio realizado en los Estados Unidos por Griffith, Koo y Suchindran en 1984 y repetido por Wineberg en 1990, más de la mitad de las parejas ensambladas tienen un hijo en común. La psicóloga americana Susan D. Stewart investigó la temática y detectó que los adultos que se vuelven a unir teniendo, ambos, hijos de su primera unión, son menos propensos a buscar hijos en común que cuando uno solo de ellos trae hijos de la primera unión. El reloj biológico funciona y es natural que quien no tiene un hijo ponga en la agenda de la nueva pareja esa necesidad.

La decisión de traer un hijo en común tiene varias aristas en relación con el beneficio o perjuicio de los otros hijos de los miembros de la pareja, la edad de los padres y los medio hermanos, los costos y beneficios para la pareja, y, claro está, las cuestiones monetarias y económicas.

Porque la cuestión monetaria no sólo implica cómo se afrontarán los gastos de un integrante más de la familia, sino también complejiza la relación con la ex pareja en función del impacto que la llegada del nuevo niño tendrá sobre los medio hermanos, reformula la línea de sucesión e impacta directamente sobre la herencia.

Repasemos la entrevista que tuvimos con Belén y Sebastián. Ellos tienen dos hijas en común y él tiene otra niña más, de un matrimonio anterior. Belén es una mujer independiente, que tiene casa propia y siempre tuvo las puertas de su casa abiertas para integrar a la hermana mayor de sus hijas. Sin embargo, cuando Sebastián llegó con la propuesta de mudarse a una casa más grande, en lugar de ser todo alegría surgió el conflicto. Él nos lo cuenta:

La verdad es que me encontré con una Belén que no pensé que existía. Fue una cena horrible. Veníamos conversando hace meses de que las cosas en el trabajo nos estaban yendo muy bien a los dos y me pareció un plan feliz concretar la idea de una casa más grande, con espacio para todos, que se llenara de reuniones

de las chicas y sus amigas, pero Belén tenía mil objeciones...

Cuando la llamé a la tarde desde el auto le dije que había visto un departamento en el edificio que tanto nos gustaba de nuestro barrio que tenía el cartel de venta, y le propuse entusiasmado que después de cenar charláramos sobre cómo podríamos encarar la compra, porque yo creía que era alcanzable... Yo era puro entusiasmo y ella me contestó con un corazón de hielo, o por lo menos así lo sentí yo. «Primero tenemos que ver quién y cómo va a comprar una casa nueva, porque yo tengo que asegurarme de proteger lo que es de mis hijas.»

Te juro que en el momento no entendía ni de qué me hablaba. Hasta que cuando llegué a casa pusimos las cosas en negro sobre blanco.

—Yo te amo, y adoro a tu hija, Sebas, pero este departamento en el que vivimos lo compré yo solita, y es la herencia de mis hijas. No lo puedo mezclar con plata tuya y meterlo en una casa que tengamos a medias porque va a pasar a ser herencia de tu hija mayor también, y eso no corresponde.

Tenía razón, desde lo frío, pero fue una conversación horrible para mí y para ella entiendo que también. Lo que tenía que ser una fiesta se transformó en pura negociación fría y tensa. Belén me explicó que tenía que cuidarse, que ella no quería sacarle nada a mi hija, pero lo de ella era para nuestras hijas en común, era una cuenta separada.

Yo lo entendí, aunque me resultó durísimo. Lo charlé con un amigo mayor que yo, que no tenía hijos y si bien estaba en pareja hace años no se había casado nunca. Yo sabía que ellos habían firmado unos papeles especiales para protegerse ante la posibilidad de que la eventual muerte de alguno de los dos disparara un conflicto por la herencia con los padres. Yo no podía imaginarme metido en tanto revuelo de papeles por haber tenido la posibilidad de comprar una casa más grande, pero así fue, y le encontramos la vuelta —cierra Sebastián.

Lo que Sebastián y Belén hicieron fue fijar por escritura la proporción de la propiedad que correspondía a cada uno, en función del dinero que ella aportaba por la venta del departamento en el que vivían originariamente, y lo que pondrían en común para llegar a la casa más grande. Así, las hijas de ambos serían herederas únicas de la parte que compró Belén, y compartirían con su hermana mayor la herencia de la fracción de la casa por la que aportó el padre. Las cuentas claras no sólo conservan la amistad sino también las parejas ensambladas.

En algunos casos, para cubrirse de dilemas de este tipo, lo que hacen las parejas ensambladas es tomar un seguro de vida cada uno en beneficio del otro, por el monto correspondiente a la mitad de la propiedad en la que viven. De esta manera, si uno de los dos falleciese el otro podría contar con ese dinero para comprar la parte que le corresponde a los herederos, haciéndose estos del recurso y pudiendo conservar el viudo o viuda la propiedad que tanto esfuerzo hizo para comprar con su pareja.

La combinación de problemas de «dinero» y «poder» puede terminar siendo explosiva

Las cuestiones de dinero, uno de los aspectos más complejos en las relaciones de pareja, se complejizan aún más en parejas ensambladas. ¿Por qué? Podemos señalar algunas

causas:

- a) Las relaciones con la ex pareja producto de deudas en común posdivorcio.
- b) Problemas relacionados con la cuota alimentaria correspondiente a los hijos.
- c) Una composición fluctuante de la familia, dado que los hijos van de una casa a la otra.
- d) Las dificultades que se presentan a la hora de fusionar dos hábitos financieros distintos producto de la relación anterior.

Estos problemas que no terminan de resolverse son un recordatorio de los dilemas que causó en las finanzas personales la anterior relación y en muchos casos opera en contra de la voluntad de uno o de ambos miembros de la pareja de comprometer los activos de cada uno en la nueva relación.

Al igual que ocurre con las parejas de primera unión, las cuestiones relacionadas con el dinero las podemos dividir en:

- a) La fuente del ingreso de la familia, o sea, quién aporta qué.
- b) Cómo se instrumenta en la práctica y qué pautas se siguen para la administración de dicho dinero, cuentas conjuntas o separadas.
- c) Cómo se toman las decisiones en la pareja, o a qué miembro de la pareja le corresponde responsabilizarse de las distintas categorías de gastos.
- d) Con qué pauta de equidad se distribuye el poder en la pareja.

Como se señaló en el capítulo 5, el modelo más completo para evaluar la toma de decisiones en las parejas es el desarrollado por Jan Pahl y Carolyn Vogler, que se divide en cinco categorías:

- a) *Sistema de dinero común y administración conjunta*, en donde todo o casi todo el ingreso familiar es compartido y ambos miembros de la pareja pueden acceder a él.
- b) *Sistema de dinero común y administración por parte del varón*, en donde el hombre toma todas las decisiones financieras.
- c) *Sistema de dinero común y administración por parte de la mujer*, en donde el varón le da todo su ingreso a su pareja, reservándose algo para sus gastos personales, y ella usa ese dinero más sus ingresos personales para afrontar los gastos del hogar.
- d) *Sistema de administración y toma de decisiones de una cantidad asignada*, en donde el hombre generalmente le da una suma fija a la mujer para los gastos del hogar y retiene el resto para utilizar a discreción.
- e) *Sistema de administración separada*, en donde cada integrante de la pareja tiene una fuente de ingreso personal, ninguna tiene acceso a todos los ingresos familiares y cada uno administra el dinero que gana de forma separada y autónoma y por lo tanto cada uno se hace cargo de distintos gastos de la familia.

A los fines de analizar las parejas ensambladas deberíamos incluir una nueva categoría, que es una variante del «sistema de administración separada» que la llamaremos:

- f) *Sistema separado de administración conjunta*, donde a pesar de tener fuentes de ingresos y cuentas separadas, en esencia, funcionan como un sistema de dinero común y administración conjunta.

Según los datos que relevamos, en la mayoría de los casos las parejas usan un sistema separado de administración conjunta, donde ambos miembros de la pareja tienen distintas fuentes de ingreso y mantienen al menos una cuenta sólo a su nombre.

Una de las características salientes en este tipo de parejas es que hay una tendencia a poner más énfasis que en las parejas de primera unión en la administración separada de los recursos.

Debemos hacer algunas consideraciones a la tendencia general enunciada en el párrafo anterior.

En primer lugar, la tendencia a poner más énfasis en la administración separada de los recursos se observa con mayor fuerza en los primeros años de la nueva pareja y va disminuyendo su intensidad a partir del quinto año de unión, en donde se va tendiendo, con variantes, al sistema de dinero común y administración conjunta.

En segundo lugar, cuando la mujer no aporta ingresos o sus ingresos son pequeños de manera que el proveedor es el hombre, se observa una forma de administración del dinero muy similar a lo que ocurre en las primeras uniones y donde el control del dinero que tiene la mujer es siempre limitado.

El elemento central que presiona a las parejas ensambladas a mantener una administración con cuentas separadas tiene que ver con la prole

La complejidad en las parejas ensambladas llega con el deseo de que todo aquello que se relaciona con la propiedad del dinero, el nivel de ingresos, el capital (empresa, entre otros) y las propiedades que conforman la riqueza de la persona se traspase a su prole o su herencia, que en una pareja ensamblada es distinta para cada uno de los miembros del matrimonio. Que no es otra cosa que lo que pasó en el hogar de Belén y Sebastián.

Uno de los problemas recurrentes en las parejas de segunda unión, cuando una mujer viene de un modelo anterior de administración a cargo del hombre, es el fantasma de volver a quedar desprotegida si vuelve a separarse. Esta situación se acrecienta cuando se trata de parejas en edad avanzada. Por eso, prefieren mantener ciertos ingresos por separado e incluso bregan para que parte de los activos del hombre se pongan también a su nombre. Claro está que esa presión en muchos casos se ejerce en contra de los intereses de la descendencia biológica del hombre, que compite por la posesión de los mismos activos e ingresos.

La sensación de no tener poder para las mujeres, en lo referente a lo económico, las hace sentir en una situación peor que en la primera unión, porque quedan atrapadas en una unión para nada feliz, pero con el dilema de que no pueden afrontar la manutención de su familia por sus propios medios.

En los casos en donde los ingresos y/o los activos son similares, las diferencias pueden presentarse, pero siempre resultan menores. La diferencia con las parejas de primera unión es que acá se mantienen sistemas separados de administración conjunta y se evitan los conflictos de lucha de poderes.

¿CUÁLES SON LAS RAZONES QUE SE ESGRIMEN PARA ESCOGER UN SISTEMA DE ADMINISTRACIÓN DE DINERO POR ENCIMA DE OTRO?

Las razones que se esgrimen para favorecer sistemas de administración conjunta tienen que ver con cuestiones ideológicas respecto de lo que significa una pareja así como por razones de practicidad a la hora de manejar los recursos y los gastos. «Si somos una pareja, nos tenemos confianza, nos valoramos, somos leales, y vamos a compartir la vida juntos, cómo no vamos a compartir el dinero».

En el caso de que se le dé mayor prioridad a las cuentas separadas, existen distintos grados de separación. Hay algunos que pagan todo a medias; otros que dividen los gastos: uno paga la mayoría de las cuentas y el otro la comida y los seguros.

Se aduce en estos casos que lo que permite la administración separada es tener más independencia, estar más preparado para un eventual divorcio, no tener que pasar por la tortuosa división de bienes atravesada en la primera pareja, y lo que es crucial, como ya dijimos, que cada miembro de la pareja quiere preservar sus activos personales para su descendencia biológica.

En este punto, las parejas ensambladas nos demuestran que hombres y mujeres se preocupan por igual en relación con el dinero cuando se trata de proteger el patrimonio de los hijos. Y de ellos nos vamos a ocupar en el capítulo siguiente.

Consejos de supervivencia para ensamblados que usan carteras o billeteras

- Las mujeres deben cuidar su autonomía y los hombres deben alentarlas en ese modelo. El espacio personal, la capacidad de decidir, pero también la gimnasia de tomar esas decisiones. Siempre es más simple ejercitar la autonomía cuando se la practica. Hay que evitar la tentación de transferir las decisiones a la pareja que tienen las mujeres. En paralelo los hombres tienen que contenerse para no mostrar su cara de superhéroes con una nueva pareja y repetir la frase «dejá que yo me encargo de todo». Los dos saben que nada es para siempre y lo mejor es aprender de la experiencia.
- Cuando los hogares suman «los tuyos» y «los míos», es central conversar y acordar las pautas del manejo de dinero con los hijos de cada uno primero entre los adultos. El paso siguiente es transferírselo a los hijos permitiéndoles que den su visión y aceptando algún ajuste si es válido el reclamo, pero dejando en claro que esa pareja y ese hogar tienen pautas definidas por los adultos que hay que respetar. Hay que acordar qué se consume y cómo se consume. Qué tipo de salidas se permiten y cuáles no. Si los premios y castigos materiales son válidos o no. La política del hogar no puede chocar de frente con la que tenía esa madre o ese

padre con sus hijos anteriormente, por eso es importante discutirla y conciliar posiciones, en donde cada uno tendrá que ceder en algo.

- Los hijos deben conocer y poder opinar sobre los límites propios en el hogar que comparten con sus hermanastros y saber y respetar los hábitos de los otros. Si los chicos saben el porqué de nuestras decisiones, por más que contrasten con los usos y costumbres de nuestra actual pareja con sus hijos, podrán entenderlos. No será fácil, pero sin ponerlo en palabras es imposible.
- El punto más difícil de una pareja ensamblada es el de mostrar con claridad todas las cartas del acuerdo que tienen con la ex pareja. Esas obligaciones, responsabilidades y límites impactarán en la vida de la nueva familia, por eso es importante y justo conocerlas. Intentar esconder las obligaciones, deudas o responsabilidades es un riesgo, y aparentar que se puede con todo cuando en realidad el cinturón está ajustado por los compromisos previos es una infidelidad financiera. Esconder dinero u ocultar deudas y compromisos económicos es siempre mentir.
- Cuando se forma una pareja ensamblada y el dinero de los dos empieza a destinarse a un pozo en común, una futura herencia puede ser un gran problema, que se suma al dolor que supone la pérdida. Contar con una cobertura de seguro de vida cruzada en la pareja puede ser una forma de garantizar que los adultos tengan los fondos necesarios, por ejemplo, para enfrentar la compra de la parte de la casa en la que viven que le correspondería heredar a los hijos del cónyuge. Los hijos también pueden tener una póliza a su favor y puede ser una gran herramienta cuando ya son mayores.

EL DESAFÍO DEL RETIRO. CÓMO VEN EL MOMENTO DEL RETIRO HOMBRES Y MUJERES. LOS OBJETIVOS DE CADA GÉNERO Y EN QUÉ COINCIDEN Y POR QUÉ ENTRAN EN CONFLICTO. EL HOMBRE TRADICIONAL ANTE EL DESAFÍO DE FEMINEIZARSE. LA MUJER TRADICIONAL Y LA AUTONOMÍA IMPUESTA. EL DESAFÍO DE PROTEGER EL PATRIMONIO.

Aunque nos sintamos más jóvenes, la jubilación llega

La adolescencia se prolonga, la juventud es eterna, pero el momento del retiro llega aunque en la mayoría de los casos nos parezca que es temprano. La idea del rechazo a la vejez está asociada con cómo las mujeres y los hombres se ven —en general— más amigables con las canas y las arrugas. Pero ese capítulo es casi estético. ¿Qué sucede con el mundo del dinero y del trabajo? ¿Quién tiene mayor rechazo a dejar de trabajar o a ceder el control de la empresa familiar? Y cuando esa realidad se impone, cómo viven hombres y mujeres ese nuevo escenario que no está libre de conflictos entre los géneros.

Un viejo dicho popular dice que «nunca se es demasiado viejo para sentirse joven», que parece confirmarse a medida que una persona va creciendo. De hecho, lo que muestran los análisis sobre este tema es que cuanto más vieja se pone una persona, más tendencia tiene a remarcar que se siente joven.

En el estudio «Growing Old in America: Expectations vs. Reality» (Hacerse viejo en América: Expectativas versus realidad) de 2009, llevado a cabo por el Pew Research Center, un centro de estudios de tendencias sociales y demográficas, muestra que la mitad de las personas de entre 18 y 29 años se siente de la edad que tiene, mientras que un cuarto se siente más joven y otro cuarto se siente más viejo.

Por el contrario, cuando se le hace la misma pregunta a adultos de 65 años o más, el 60% señala que se siente más joven, el 32% se siente exactamente de su edad y sólo el 3% se siente mayor que su verdadera edad.

Más interesante aún es ver cómo el rango de percepción entre la verdadera edad y la «sensación térmica de edad» se amplía a medida que la gente es más grande. En dicho estudio, casi la mitad de los encuestados de 50 años o más respondieron que se sentían al menos 10 años más jóvenes que su edad cronológica. Entre los entrevistados de 65 a 74 años de edad, un tercio señaló que se siente entre 10 y 19 años menor y uno de cada seis

respondió que se siente al menos 20 años más joven.

En sintonía con esa actitud positiva respecto de la «sensación térmica de edad», los adultos mayores también tienen una actitud positiva cuando se les pide que miren atrás lo hecho a lo largo de sus vidas en nivel general. Casi la mitad de los adultos de 75 años o mayores señalaron que su vida les resultó mejor de lo que esperaban, mientras que sólo un 5% respondió que había sido peor (el resto señaló que resultó igual a las expectativas o no tenía opinión).

Pero el resultado a esta última pregunta está influido por la manera en la que se llega a la tercera edad o a la etapa del retiro, y en eso influyen la relación con la familia, la vida social, la salud, la sexualidad y, de lo que nos ocuparemos en este libro: la relación con el trabajo y el dinero.

A la hora de planear la jubilación muchos se preguntan a partir de qué edad uno podría considerarse una «persona mayor». El promedio de dicha muestra ha dado 68 años. Pero como señalamos en los párrafos anteriores, este promedio enmascara una amplia divergencia en las opiniones según la edad del grupo que responde. Más de la mitad de los adultos menores a 30 años consideran en promedio que una persona se vuelve mayor antes de los 60, mientras que menos del 6% de los adultos que tienen 65 o más acuerdan con esa idea.

Las mujeres, en promedio, dicen que una persona se considera mayor a los 70 años de edad. Por su parte, los hombres, en promedio, sitúan dicho número en 66 años.

Y así como la percepción sobre la edad es distinta en mujeres y hombres después de los 60 años, también lo es la manera de enfrentar el momento del retiro. Los hombres que hoy atraviesan la edad del retiro son miembros de la generación que se relacionó con el dinero como proveedor. Las mujeres son mayoritariamente amas de casa, o si transitaron el mundo del trabajo, su rol siempre estuvo supeditado al del hombre. Pero un día ese hombre que llegaba a casa de la oficina o de la fábrica a descansar de su intenso día, se queda en casa y eso es una revolución para todos...

Carlos, un hombre de 73 años que se sintió siempre el motor de su casa y el centro de la escena, porque trabajó 35 años con un rol ejecutivo en una multinacional, nos cuenta lo difícil que fue atravesar la etapa del retiro. Una cosa es decir que uno trabaja para darle lo mejor a la familia y a los hijos, pero muchos hombres (o especialmente los hombres) advierten a la edad de jubilarse que trabajaban también por la realización y la pertenencia que les daba su empleo. Así que Carlos, cuando se jubiló, sintió que daba un salto al vacío. Por suerte allí adonde saltó estaba su esposa, Marta. Los dos nos cuentan su historia. Cuenta Carlos:

Yo era el mejor en mi compañía en lo que hacía, y uno de los mejores en el país, por lo tanto me fui creyendo imprescindible y el día en que Nadia, la hija de otro de los directores de la empresa que había entrado al área de recursos humanos, entró a mi oficina, jamás pensé que venía con mi certificado de

defunción en la carpeta que llevaba en la mano. Es que así lo sentí, mi certificado de defunción, aunque lo que tenía escrito en la hoja era mi plan de jubilación anticipada. Me explicó que me faltaban dos años para cumplir la edad de jubilación, pero que era una buena manera de retirarme tomar un plan de jubilación anticipada, que era un beneficio que me proponía la compañía. Ahora me río cuando recuerdo esa charla, porque ella me hablaba del retiro y yo le contestaba con cualquier cosa, una pregunta sobre cómo se había adaptado a la empresa, si seguía viviendo con sus padres o se había mudado sola, si tenía planes de casarse... Cualquier tema era válido con tal de frenar lo que tenía para decirme y yo no quería escuchar. Pero Nadia era una buena profesional, aunque para mí fuera una nena.

Recuerda Marta:

Ese día llegó a casa enojado con la vida, todo le caía mal. Me acuerdo que me di cuenta de que algo pasaba porque hasta le molestó cuando le dije que Sol y Martín iban a venir con el bebé el sábado a casa. Nuestro primer nieto lo tenía —y lo tiene— embobado a Carlos, y que no le entusiasmara el plan indicaba que algo lo tenía a mal traer. Recién en la cena me contó la reunión con Nadia. «Esa borrega a hablarme de mi plan de retiro», me dijo enojadísimo. Yo le contesté que esa borrega, como él decía, era mayor de lo que había sido él en la empresa cuando lo nombraron gerente. Me miró como si lo estuviera traicionando al defender a la pobre chica, y no se habló más en toda la cena.

Carlos retoma la entrevista y se sincera:

Fue muy difícil. Qué sé yo, sentía que me pusieron el certificado de viejo, una estampilla en la frente y me mandaban a tomar mate en mi casa debajo de un sauce. Me enojé, pero me enojé mucho. Pasé por días en los que estaba furioso con mi equipo, pensaba que me serruchaban el piso, me enojaba con mis pares en el directorio, les deseaba que todos los planes que tenían para la empresa fracasaran... «Ya van a ver que no pueden sin mí», pensaba internamente. ¿Cuándo se me pasó? De a poco, muy de a poco. En ese momento no me imaginaba nunca que iba a estar como estoy ahora... José, un gerente de mi equipo, y un amigo ahora que lo veo en el tiempo, me propuso que siguiera trabajando como consultor externo para la empresa cuando me fuera. Y dijo las palabras mágicas: «Yo sé que vos debés querer descansar, hacer tu vida y disfrutar de tu familia, pero pensá en trabajar como consultor externo para nosotros, porque te vamos a necesitar». Necesitar, necesitar, te vamos a necesitar... Fue un pulmотор esa frase. Pero no pensé que me quedaba un camino tan largo...

Cuenta Marta:

Yo pasé de enojarme con él, porque su rechazo al retiro para mí era un rechazo a la familia. ¿Tan malo era poder estar en casa, ver a los chicos, buscar a nuestro nieto adorado en el jardín? Pero de a poco me fui dando cuenta de que tenía que ayudarlo a dar el paso y que en ese cambio podía ganar un lugar nuevo yo también. Cuando vino con el cuento de que José le dijo que le iban a pedir trabajo como consultor externo, le puse todas las fichas. «Dale, alquilemos un departamento cerca de casa para que puedas tener tu oficina y trabajar desde ahí porque vas a tener muchas cosas y en casa no vas a estar cómodo. Yo te ayudo a armarlo», le dije. Confieso que me miró con desconfianza y yo pensaba para mis adentros que quizá era un cuento de José para entretenerlo y sacárselo de encima, pero tenía que engancharse con algo.

Marta nos cuenta que alquilaron la oficina, y que fue rápidamente un lugar donde Carlos se llenó de trabajo. Aunque a su ritmo. Era un experto en el tema que manejaba en su compañía, le pidieron trabajo sus compañeros, le pidieron trabajo los proveedores

de su ex compañía y le pidieron trabajos desde la competencia. Él dice:

Ahora parece fácil, pero no lo fue, eh. No te creas. Vos sabés lo que es pasar de tener una oficina gigante en una torre en Puerto Madero, con una supervista al río, a un departamentito donde la sala de reunión, el escritorio y la cocina convivían en unos módicos 52 metros. Me quería matar. Y lo peor de todo, es que cuando trabajás en relación de dependencia toda una vida te acostumbrás a que levantás un teléfono y viene un técnico y te pone una computadora, y vos no tenés ni idea ni dónde la compra, ni cuánto cuesta, ni qué antivirus usa, y hay una asistente que se asegura de que tu agenda esté perfectamente organizada, nunca te falten tarjetas personales y siempre tiene el café que querés. El primer día en ese departamento fue una película de terror, si yo no sabía ni cómo hacer funcionar la cafetera. ¡Un desastre! Marta me sacó las papas del fuego, como se dice.

Yo iniciativa había tenido siempre, pero un poco me había postergado porque Carlos trabajaba y siempre estuvimos de acuerdo en que yo me ocupara todo lo que pudiera de los chicos. Pero Carlos necesitaba ayuda. Le puse en marcha la oficina, después me encargué de la facturación y las cobranzas, llevar los temas con el contador, el mantenimiento de la oficina, pero tampoco me paso ahí todo el día. Contratamos una secretaria, pero sabés qué, lo digo así, «contratamos», porque desde un principio sentí que este era un proyecto de los dos.

Marta se empoderó con el cambio de trabajo de su marido, y también con el espacio que encontró ella con sus hijos grandes y el nido vacío.

Una cosa trajo la otra, Marta se encargaba de facturar y cobrar y un día apareció en la oficina con la idea de que invirtiéramos en un seguro de retiro a cuenta de nuestros nietos, que ya para ese entonces eran dos. La verdad que al principio la miré raro, jamás ella había hablado del dinero más allá de los gastos de la casa y los chicos. O proponer algún viaje, y ahora no sólo que trabajaba conmigo, sino que era mi socia y decidía sobre el destino de los pesitos que hacíamos con el negocio. Mirá vos, Marta, pensé. Pero la verdad es que entre lo sorprendido que estaba y lo buena que me parecía la idea me quedé mudo y ella siguió avanzando. Fue un acuerdo win-win, como se decía en mi ex compañía —se ríe Carlos.

Todos ganaron.

Los conflictos entre hombres y mujeres respecto de la vida al jubilarse

La percepción de la jubilación para hombres y mujeres es distinta y más aún en las generaciones mayores, acostumbradas a los tradicionales roles asociados al género.

Para los hombres este tiempo supone un período de duelo y cierto temor por la pérdida de las funciones para las que ha sido educado, que cuando llega la salida del trabajo en relación de dependencia supone un corte tan abrupto como difícil de digerir. Es que los hombres se constituyen a sí mismos a través del trabajo; de las relaciones con el mundo exterior, de las relaciones formalizadas por su ocupación, un escenario que se

pone en duda al llegar el fin de la etapa laboral.

En el retiro, todos los conocimientos y habilidades aprendidas por el hombre empiezan a carecer de aplicación. Dicho de una manera extrema, todos sus saberes se vuelven de un día para el otro, inútiles. No se han preparado para el mundo del hogar al que sólo accedían o con el que se involucraban para «ayudar a la mujer». Llegar al universo de los cuidados familiares implica un aterrizaje forzoso en muchos casos.

Para las mujeres, por el contrario, no hay grandes cambios. Para aquellas que no trabajaban, la principal modificación está vinculada con el regreso de la pareja al hogar, que obliga a compartir tiempos y espacios que no siempre son fáciles de compatibilizar.

En tanto, aquellas que trabajaban a tiempo parcial o completo, la llegada de la jubilación o el retiro es mayoritariamente percibida como una liberación. Ellas llegan a esta etapa con años acumulados relegando espacios familiares o personales que querían aprovechar y que el trabajo las obligaba a postergar.

Para los hombres el retiro es un salto al vacío, para las mujeres es un momento de gloria.

La mujer se adapta mejor que el hombre a la etapa pasiva. Este es el tiempo de «revancha de las mujeres» porque todos los elementos que antes las ponían en situación de inferioridad respecto del hombre, pierden importancia. En tanto, se vuelven protagonistas en la agenda los temas que la mujer maneja con naturalidad, el cuidado de los demás, la agenda del hogar y los compromisos de la familia. El ámbito donde más se desarrolla esta etapa es el hogar, y allí la mujer reina. El contraste es que en estos tiempos los conocimientos masculinos sirven de poco y los hombres pueden pasar años hasta poder readaptarse a la agenda.

Las dificultades de adaptación a la nueva situación por parte de los varones puede traer problemas mayores, como depresión, vicios como el tabaquismo, y el alcohol, etcétera. De hecho, la esperanza de vida del hombre viudo es menor que la del que está en pareja.

No ocurre lo mismo con las mujeres, que viven la edad jubilatoria más tranquilas. También transitan mejor la viudez y es común ver que, superado el dolor y la sorpresa del duelo inicial, logran en su mayoría adaptarse y adquirir habilidades de autonomía que les permiten enfrentar la nueva etapa con renovada vitalidad.

Es muy importante el rol de las mujeres de edad avanzada en los cambios sociales que están experimentando las mujeres más jóvenes. Hoy son casi indispensables en la vida de los hijos adultos porque cuidan a los nietos cuando las hijas trabajan, ayudan en la crianza, los llevan y los traen al colegio, al doctor, a lo de los amigos, al club... Y esa «obligación» colabora en que las mujeres mayores de hoy en día adquieran —por la fuerza— autonomía.

Si bien en las edades más jóvenes, la masculinización en las mujeres es deseable, al llegar a la edad

A los hombres les resulta más difícil. Una de las cosas que a los hombres les cuesta mucho es aceptar que no cuentan con la misma autoridad que tenían cuando eran personas activas. De otra manera, son pocos los hijos y esposas que están dispuestos a mantener intactas las relaciones de poder previas, cuando era él «cabeza de familia» una vez que empiezan a perder objetivamente esa posición.

El tema es que hay muchos hombres que pretenden aferrarse a dicha situación y lo único que logran es mantener disputas conyugales y con los hijos por mucho tiempo mientras niegan la nueva realidad.

¿«Enfrentan» o «hablan» las parejas sobre cómo se vivirá la edad pasiva?

Como hemos visto en capítulos anteriores, existen problemas de cómo se administra el dinero en la pareja. Aparte de las relaciones de poder, muchas veces se le ocultan cuestiones de dinero al otro: haber gastado más de lo que se había convenido; tener un ahorro oculto; mantener un ingreso extra que nunca se blanqueó ante la pareja, entre otros. Como se verá luego, esto es un «síntoma» de un problema que existe en la pareja y que llamamos «infidelidad financiera».

Cómo se enfrentará la etapa pasiva es un gran desafío y si no se reconstruye la comunicación y se organizan los proyectos familiares y personales a nivel económico, los votos expresados al casarse o juntarse se pueden transformar en un «hasta que el dinero nos separe».

La realidad es que las parejas suelen hablar poco sobre los planes de jubilación. Según una encuesta elaborada por Harris Interactive, una de las empresas líderes en investigaciones en el mercado internacional, el 40% de los estadounidenses de 18 a 44 años nunca ha hablado sobre sus planes de jubilación con su pareja.

Es importante entender que es necesario compartir toda la situación financiera con la pareja: cuánto gana cada uno; qué gastos tienen en la actualidad y cuáles piensan o estiman que van a tener en la etapa pasiva; cuál será la fuente de ingresos que permitirá pagar esos gastos; qué parte de los ingresos y del capital acumulado será para gastos de la pareja y cuáles para dejar como herencia a los hijos; entre otros.

Básicamente, lo que se debe conversar es cómo se quiere vivir, cuánto se va a gastar y cuánto se dejará como herencia, y cómo se va a financiar esta empresa.

Uno de los grandes errores que cometen las personas, en esta etapa de la vida, es subestimar la expectativa de vida. Generalmente las personas creen que vivirán 6 años menos de lo que en realidad viven, en promedio. El dilema, a los intereses de este libro, es que cuando hacen mal ese cálculo también subahorran para su jubilación.

Julio y Emilia lograron restablecer la salud financiera en su pareja y son un buen ejemplo. El matrimonio tiene 3 hijos que ya están casados y 4 nietos, de dos de sus hijos. Nos cuenta Emilia:

Somos una familia muy unida, y con Julio, siempre nuestro sueño fue tener a los chicos cerca para poder

disfrutarlos así como a los nietos. Es así que luego de jubilarnos mantuvimos nuestro departamento en Capital Federal y la casa del country, para poder recibir a todos los fines de semana. Si bien al principio lo podíamos mantener entre la inflación y el departamento que tenemos en alquiler que cada dos por tres queda desocupado hicieron que los gastos nos ocuparan una porción más alta de nuestros ingresos de lo que pensábamos, así que terminamos teniendo que deshacernos de alguna propiedad para reorganizarnos.

Cuenta Julio:

Charlando una noche con Emilia decidimos que teníamos que deshacernos de la casa del country. Si bien al principio nuestros hijos no estaban muy contentos, cuando les explicamos el motivo y más aún que si no la vendíamos en algún momento íbamos a tener que recurrir a su ayuda, lo entendieron. Pero no fue fácil.

Dice Emilia:

A mí fue a la que más me costó. Mis plantas, y tantos años cuidando esa casa para disfrutarla con los nietos y que cuando finalmente llegaron tener que venderla me partió el alma, pero era una locura vivir ajustados por mantener esa casa.

La manera en que se distribuyen los ahorros para afrontar la etapa pasiva es de suma importancia, dado que condiciona la forma en que se gastarán.

Los ahorros acumulados se pueden dividir en:

- a) Ingresos corrientes, provenientes de jubilación o rentas.
- b) Activos líquidos, entre los que se encuentran los bonos y acciones.
- c) El valor patrimonial de la vivienda propia.
- d) Los ingresos futuros de una eventual herencia.
- e) El valor patrimonial de otras viviendas.

Es interesante observar que los jubilados, en general, financian sus gastos de consumo con las «cuentas de ingresos corrientes». De esta manera, controlan sus gastos aplicando reglas que identifican partes de su riqueza o ahorros que están prohibidas cuando se trata de gastar.

Lo que se constata habitualmente es que el acceso a los activos líquidos, el valor patrimonial de la vivienda y a los probables ingresos futuros está prohibido para todos los gastos de consumo.

Cuando los jubilados comienzan a usar activos para financiar algunos gastos de consumo, o sea, a echar mano del capital, lo primero que utilizan son los activos líquidos. Es excepcional que usen las propiedades, tanto la vivienda propia como las secundarias, o los ingresos futuros. Incluso la mayoría de las personas jubiladas es bastante renuente a reducir el tamaño de su vivienda para incrementar sus gastos de consumo.

En aquellas personas más impulsivas, la renuencia disminuye y se da una mayor disposición a usar los activos líquidos para financiar gastos de consumo. Esto coincide en muchos casos con personas que se encuentran en serios aprietos económicos.

Si bien parece una contradicción, pero los más jóvenes, tanto hombres como mujeres, planean financieramente la edad pasiva más que los más adultos.

El reporte sobre «The future of Retirement: The power of planning» (el futuro de la jubilación: la fuerza del planamiento) realizado por el Banco HSBC a fines de 2011 entre 17.000 personas de entre 30 y 60 años en 17 países, incluida la Argentina, mostró que los más jóvenes tienden a prever la jubilación en mayor medida que los adultos.

Mientras que el 49% de los hombres de entre 50 y 59 años respondían que tenían un plan financiero para el futuro de su familia, el porcentaje ascendía a 58% en el grupo de entre 30 y 39 años. En las mujeres la diferencia es igual, de ocho puntos porcentuales, pero la previsión para el futuro es menor. Ante la misma pregunta sobre el plan financiero para el futuro de la familia, sólo el 38% de las mujeres de entre 50 y 59 años lo tenían, cifra que ascendía al 47% en el grupo de entre 30 y 39 años. Esta diferencia posiblemente esté influida por el tradicional rol de género.

UNA CONCLUSIÓN PREOCUPANTE

Dos tercios de las mujeres que se comienzan a acercar a la edad del retiro (50-59 años) no tienen plan para su futuro financiero.

UNA CONCLUSIÓN ALENTADORA

Las mujeres más jóvenes están mucho más embebidas e interiorizadas en sus finanzas personales que las mujeres de mayor edad.

La lupa en la Argentina

Los promedios son engañosos. La estadística dice que si hay dos pollos y dos personas, hay un pollo por persona, pero puede que una de las personas haya comido dos pollos y la otra esté muerta de hambre. Con la planificación financiera pasa algo parecido al desagregar la situación país por país.

Mientras que el estudio del HSBC dice que en Malasia el 84% de los consultados tienen un plan financiero para el futuro de su familia, en la Argentina esa cifra baja hasta apenas el 25 por ciento.

Junto con México, la Argentina es el país con peor planificación financiera a futuro entre los 17 encuestados —México, Francia Canadá, Estados Unidos, Polonia, Inglaterra,

Hong Kong, Brasil, Arabia Saudita, Emiratos Árabes, Singapur, Corea del Sur, Taiwán, India, China y Malasia, además de la Argentina.

Sólo un cuarto de los argentinos tiene reservas para proteger a su familia a futuro, la mitad que el promedio de la encuesta, que indica que el 50% de los consultados prevé sus finanzas familiares. Esta situación probablemente esté influida por los procesos de crisis cíclicas que ha sufrido el país a lo largo de los años y que desalienta cualquier planificación a futuro.

¿Nos retiramos juntos?

En aquellas parejas en que ambos trabajan, una de las decisiones que deben tomar en conjunto y por lo que deben dedicarle tiempo, es si conviene jubilarse ambos al mismo tiempo.

Existen razones tanto «económicas» como «emocionales» por lo que conviene jubilarse en distintos tiempos a ambos miembros.

El que continúa trabajando puede seguir aportando al fondo de jubilaciones, lo que engrosará el capital del cual se espera vivir en el futuro.

En lo que respecta a la salud, para aquellas personas que trabajan en relación de dependencia continúan beneficiándose del pago de la cobertura de salud por parte del empleador.

Desde el punto de vista emocional, como hemos visto, no es tan sencillo. Por lo tanto, encontrarse ambos miembros en la casa luego de haber pasado años viéndose de lunes a viernes unas pocas horas, puede ser desgastante.

Lo aconsejable es que se jubile primero uno, se adapte y luego dé el paso el otro. Quien debería jubilarse primero debería ser aquel que cree que va a tener más dificultades para adaptarse a la nueva vida.

Ser jubilado no es ser viejo

Es cierto que la *jubilación* cada vez tiene menos relación con el *envejecimiento* y sí con otros elementos socioeconómicos. Y el retiro no siempre es definitivo, sino que implica una transformación. Las personas mayores de 65 años se encuentran muchas veces hoy en buenas condiciones para llevar una vida satisfactoria, que les permita realizarse en muchos sentidos, y en el que el más complejo de concretar es muchas veces el laboral.

Pero más allá de las sensaciones, la etapa jubilatoria llega y es preferible que nos agarre preparados y no desprevenidos.

Nos guste o no, la etapa pasiva es algo que llega y no de manera abrupta, aunque laboralmente supone un cambio brusco de la actividad a la inactividad. Es un proceso continuo que requiere un período de adaptación.

A través de diferentes investigaciones se han identificado diferentes etapas por las que pasa una persona al jubilarse. La licenciada Claudia Sirlin, en su estudio *La jubilación como situación de cambio* señala que «ante el cambio que significa la jubilación, surgen miedos (económico, sentimiento de inutilidad e improductividad, pérdida de vínculos sociales, pérdida de status, falta de ocupación del tiempo libre, retorno al hogar, etcétera) que exigen en la persona un proceso de reajuste tanto en lo individual, como en lo familiar y social.

Los mitos que rodean a la jubilación

La disposición o no de planear la etapa jubilatoria y la actitud que se tome frente a ella dependerá de los mitos que se tenga respecto de ella. Porque esta etapa es un proceso complejo que comienza antes del retiro.

Aquellos que venzan algunos mitos que existen y tomen la jubilación como algo serio, disfrutarán de este extraordinario viaje.

MITO 1: LAS MUJERES NO SE RETIRAN

Esto tiene que ver con el antiguo dicho popular: «El trabajo del hombre es de sol a sol, pero el trabajo de la mujer nunca se hace». La mujer que trabaja de ama de casa también sufre los mismos problemas que el hombre en este proceso y por lo tanto hay que prestarle atención.

Muchas veces la falta de planificación tiene que ver con que la viudez de la mujer llega antes de lo proyectado y por lo tanto, al estar preocupada por los problemas que esto trae aparejado, el planeamiento de la jubilación pasa a un segundo plano.

MITO 2: EL TEMOR AL «SÍ, QUERIDA»

Un argumento utilizado por los hombres para posponer los planes de jubilación tiene que ver con que piensan que sus parejas les controlarán el tiempo libre y los llenarán de

tareas en la casa: «Querido, lavá los platos», «Querido, llevá el perro al veterinario». Sin embargo, las mujeres aseguran que si sus parejas se retiraran, o que sus parejas ya jubiladas ya dedicaron mucho tiempo a una empresa, propia o que los contrataba, tendrían que dedicarse a ellos mismos. Por lo tanto la frase que quieren decir o dicen es «Querido, ¿por qué no hacés algo para vos mismo?» Esto no es sólo por generosidad con el otro, sino también para conservar el espacio propio conseguido y administrado en la casa, que para muchas mujeres se ve invadido por la aparición del marido en el hogar.

Tanto hombres como mujeres deben tener en cuenta que los integrantes de la pareja necesitan el mismo grado de autonomía durante la etapa del retiro, así como la necesitan o se recomienda que la tengan en las etapas anteriores.

MITO 3: SI SE JUBILA, SE MUERE

Es común escuchar: «Desde el momento que dejó la empresa, se avejentó muchísimo», o peor aún, «Mi esposo todavía viviría si hubiese seguido trabajando».

Entendamos que *la jubilación puede ser dolorosa, como todo proceso de cambio y transición, pero no es letal*. Como hemos señalado, es un proceso de transformación al que hay que adaptarse, pero no es muy distinto de otros a los que la mayoría de los jubilados ya han sobrevivido, como casarse, mudarse, tener un hijo, etcétera.

No retirarse y no planear el retiro por este temor puede producir el efecto contrario: tener problemas de salud por seguir trabajando a un ritmo excesivo.

El tiempo es dinero ¿también en la etapa pasiva?

Una de las cosas que más cambia en la jubilación es el significado que se le da al tiempo. En la etapa activa, el criterio que indica que «el tiempo es dinero» adquiere relevancia porque es el momento de la vida en que se tienen más gastos y hay que prepararse para enfrentarlos. Esto es válido para los proveedores o coproveedores del hogar, o sea tanto para hombres como mujeres, que ocupan ese rol.

En esa lógica, podríamos afirmar que cada segundo que pasa y que no se produce es una pérdida de tiempo en la etapa activa. Este criterio es asociado al mundo masculino.

Por el contrario, *la espera* es un aspecto de feminidad imaginaria en todas las culturas. Siempre la mujer era la que esperaba a todos en el hogar a que volvieran, la que esperaba a que se le declarara su pareja, y la que aún espera cuando gesta un hijo en su vientre. Si bien hoy en día los roles están cambiando, sigue siendo algo común que sea la mujer la que prepara los bolsos para salir de paseo un fin de semana, las valijas para el viaje de todos y hasta el de los otros cuando ella no está incluida en el plan, mientras que los hombres se impacientan.

El tema es que dado que el tiempo ya no marca la vida de los hombres, los mismos se enfrentan a la realidad de tener que «feminizar» el uso del tiempo.

El resultado más común son los conflictos a nivel marital. Pero quienes logran adaptarse al cambio de ritmo de modo exitoso buscan ocupar los lugares que le resultan más cómodos dentro de la rutina familiar. Los hombres realizan las compras diarias del hogar, llevan y traen los nietos al colegio, pero tienen más resistencia a hacer el trámite en la obra social, donde hay que sentarse y esperar una larga cola para que te atiendan.

La desvalorización de los roles femeninos en la edad productiva y la búsqueda de asumir roles masculinos se desvanecen en la edad madura y el valor de la mujer se revitaliza y es el hombre el que se ve seducido por los valores femeninos.

¿Difieren los hombres y las mujeres en como planean la jubilación?

La preparación y el planeamiento de la jubilación se pueden plantear como un deseo individual de no resignar calidad de vida en la edad pasiva. Cuando se trata de una pareja esto es parte de los objetivos comunes y parte de las decisiones que hay que tomar, muchas veces con conflicto, aunque también puede ser que se logre con armonía.

Algunas preguntas que surgen.

¿Es una decisión de los dos o individual?

¿Cada miembro de la pareja tiene que planear su jubilación por separado o es mejor hacerlo en forma conjunta? ¿Cómo ponerse de acuerdo sobre los pasos a seguir para asegurarse un futuro?

No hay una sola alternativa de respuesta, pero el tema se complejiza porque es distinta la percepción y lo que significa la jubilación para hombres y mujeres.

Esto puede ser fuente de conflictos, pero si eso sucede es, una vez más, un reflejo de las diferencias preexistentes en la pareja y en la manera de enfrentar y ver la vida que tienen los dos miembros. Como en otras etapas, en esta no pasará desapercibido el poder que cada uno de los miembros ejerce sobre el otro.

Cuando preparamos este capítulo, una de las entrevistas que realizamos fue con Marta Fridman, experta en seguros de vida y retiro con más de 30 años de experiencia en el país y una amplia cartera de clientes, que no dudó en responder que la democracia que existe en una pareja a la hora del retiro es directamente proporcional a la paridad que

hayan tenido en la vida activa a la hora de generar el dinero con el que deben vivir el resto de sus vidas.

Para poder evaluar las diferencias que existen a la hora de preparar la jubilación entre hombres y mujeres, podríamos calificar los grados de preparación entre:

- a) *Técnica*: la preparación financiera en lo formal y específico.
- b) *Social*: las ideas y conductas que se adoptan para llevar adelante la planificación.

Dentro de los primeros se incluyen las rentas futuras, la riqueza, las inversiones actuales en propiedades o activos financieros, todo para vivir la jubilación. Dentro de los segundos aparecen las ideas sobre la jubilación, la búsqueda de asesoramiento y el intercambio de información con otras personas.

Cuanto más se tenga una imagen positiva de la etapa pasiva, mayor sea el planeamiento informal y más alto sea el nivel socioeconómico de la persona, mayor será el grado de preparación y planeamiento financiero de la misma.

Es interesante que en lo que respecta al planeamiento informal, no existe diferencia entre hombres y mujeres. Esto es así porque tanto hombres como mujeres hoy en día investigan y se asesoran con especialistas o con quienes están en la misma situación antes de tomar decisiones, dado que la jubilación formal difícilmente les alcanza en la Argentina.

Lo que sí se evidencia es que las mujeres están menos preparadas financieramente para este proceso de como lo están los hombres, que se refleja en un menor nivel de vida que ellos (especialmente en el caso del fallecimiento del cónyuge).

Pero la situación es aún peor para aquellas mujeres que están solas, producto de una separación o porque eligieron vivir solas, porque en el retiro se evidencia el impacto que tiene en el largo plazo la diferencia salarial entre ambos géneros, y que es una de las barreras que la economía moderna no ha logrado saltar.

Uno de los factores que influye positivamente en la preparación de la jubilación es justamente el tener un trabajo pago. Cuando una persona está acostumbrada a la ética, la operación y la planificación a la que obliga el trabajo, tiene ese esquema y ese hábito como contexto para planear la jubilación.

Hoy por hoy, a diferencia de lo que ocurría antaño, se observa que tanto hombres como mujeres se preocupan de igual manera por la planificación informal de la jubilación. Pero la mujer termina preparándose mucho menos desde el punto de vista financiero del asunto.

Las mujeres que están en pareja se preparan mejor que las que están solas, lo que podríamos considerar como una pérdida de autonomía, al apoyarse más sobre el varón.

En tanto, aquellas mujeres que enviudan o vivieron solas siempre —situación asociada con el menor ingreso que tienen respecto de los varones o tienen autonomía, muchas veces impuesta por la viudez— se encuentran en desventaja en materia económica en la tercera edad.

Uno de los aspectos más importantes al planear la jubilación es el psicológico. Cuanto

más negativa es la percepción de la etapa jubilatoria, menos se piensa en ella, lo que redundaría en un grado insuficiente de preparación financiera.

En cambio quienes están convencidos de que van a disfrutar de ese período, tienen más incentivo para el planeamiento. Es lo mismo que ocurre con los seguros de vida, que mucha gente no los quiere contratar porque cuesta pensar en la muerte.

¿LAS PAREJAS EN LAS QUE AMBOS TRABAJAN PLANEAN EN CONJUNTO LA JUBILACIÓN?

Como uno de los temas que más ocupan y preocupan a las parejas es cómo se maneja el dinero —si con un fondo común o en forma independiente, por ejemplo— también está incluida en esa agenda la necesidad y la forma en la que se planifica la jubilación.

Atención, una de las cosas que podemos determinar es que el grado de planeamiento del hombre moldea el planeamiento de la mujer. Así sucede. Pero ¿tiene sentido? Podríamos argumentar en favor de esta idea sobre todo en las generaciones más grandes, donde el hombre asume el rol de proveedor, y por lo tanto, la planificación de la jubilación se realiza independientemente de que la mujer piense en ello. El trabajo de la mujer es contingente a las necesidades de la familia y muchas veces se interrumpe por la maternidad o se relega en función del trabajo del hombre, y a la hora del retiro se ven las diferencias o la falta de voz de la mujer.

Por eso, al hacerse dependiente y perder su espacio, la mujer no sólo está cediendo la autonomía del tiempo actual —los años de maternidad, por ejemplo— sino que está resignando su autonomía futura, ya que su jubilación dependerá en gran medida de la del hombre.

¿ES MEJOR PLANIFICAR LA JUBILACIÓN JUNTOS O INDIVIDUALMENTE?

Planear la jubilación en conjunto tiene la ventaja de ponerse de acuerdo sobre un período de la vida que puede resultar casi tan largo como la etapa laboral. De esta manera se evitan muchos conflictos.

Ahora si bien la planificación debe ser conjunta, esto no implica necesariamente que los aportes de cada uno para conseguir una renta futura sean de la misma magnitud. Lo mismo que señalamos sobre los otros temas a resolver para la pareja, vale para este.

Más allá de las propiedades que se puedan tener en conjunto y de las cuales se puede percibir una renta —sea una cochera que se compró con mucho esfuerzo o una red de locales comerciales que otorgan una renta de lujo—, es común y saludable que se aporte a un Fondo de Retiro o Seguro de Retiro, de manera que al jubilarse se pueda contar con una renta financiera de libre disponibilidad.

En estos casos lo más aconsejable es que cada uno de los miembros de la pareja tome su propio Seguro de Retiro. Esto resguarda a cada una de las partes ante un eventual divorcio.

En estos casos existen dos alternativas:

a) Que los seguros de retiro sean totalmente separados, en donde el tomador de la póliza (o sea, el dueño) y el asegurado (el que va a disfrutar del capital acumulado en la cuenta) sea el mismo. Es lo mejor porque cada uno de los cónyuges es dueño de su propio destino; lo cancela cuando quiere, incrementa el aporte cuando quiere y si se divorcia cuenta con ese fondo de manera personal.

Como complemento, lo ideal es poner como beneficiario al cónyuge, en forma cruzada. O sea, cada uno en su seguro pone como beneficiario al otro, de manera que si uno se muere, todo lo acumulado va para el otro.

b) Que sean separados, pero que el tomador (o sea, el dueño de la póliza) sea distinto que el asegurado. Por ejemplo, el caso de que el tomador de la póliza sea el hombre y la asegurada sea la mujer. Si bien económicamente es lo mismo, puede suceder que a), en un determinado momento y de forma unilateral (por ejemplo en caso de divorcio) el tomador decida cancelar la póliza o retirar todos los fondos, causando un perjuicio tremendo a la otra parte. Por otro lado, si muere el tomador, la póliza va a sucesión.

Claves para planear eficientemente la herencia

Una pregunta que toda pareja se hace cuando está en la edad jubilatoria es cuál es la herencia que dejará a su prole. Y existen infinitos puntos de vista sobre el asunto, porque todos los seres humanos piensan y sienten distinto sobre lo que construyeron en su vida activa, lo que representará eso para sus herederos, y cómo viven la idea de su muerte.

Algunos prefieren dejarles una buena educación y gastar el dinero en vida con sus hijos. Otros sueñan —y muchas veces logran— con dejarles propiedades, un techo para cada uno. Otros eligen darles dinero en vida. Las expectativas y los valores que tienen la persona, la pareja y la familia influirán también en el modo en que se transmitirá la riqueza. Pero hay casi tantos casos y formatos como personas o familias. Lo que en todo entorno sano se trata de evitar es la pelea entre los herederos.

Todos conocemos una historia que nos demuestra que pasarle a los herederos un monto de dinero no es siempre una solución eficiente, porque el mismo se puede perder rápidamente.

Por lo tanto, los herederos deben estar preparados para recibir la herencia y usarla acorde a los principios y valores de la familia que construyó ese patrimonio.

Los valores con los que se creó la riqueza personal —sea mucha o poca— son más importantes que el dinero que puedan heredar los hijos. Es tan simple como ver la diferencia entre darles a los hijos un pescado o enseñarles a pescar. La respuesta a qué les permitirá comer por más tiempo es simple.

El motor para planificar la herencia muchas veces está puesto en evitar los costos impositivos o los honorarios de realizar una sucesión, pero también es importante comunicar los valores detrás de la herencia monetaria, tratar de evitar conflictos posteriores y estimular el compromiso de los herederos con dicha herencia.

Si bien comúnmente el término riqueza se refiere al dinero, hay otro tipo de riqueza que también se hereda. Uno puede heredar una posición social; la inteligencia; las cualidades de carácter; una red de contactos familiares; el acceso a determinados recursos; entre otros.

Adaptando la clasificación hecha por Dennis T. Jaffer, profesor de la Saybrook Graduate School en San Francisco especializado en el estudio sobre la riqueza, dividiremos la riqueza en cuatro dimensiones, de manera de que su interacción permita hacer más eficiente el traspaso de la riqueza a las próximas generaciones.

Las cuatro formas de riqueza son: a) espiritual; b) financiera; c) humana; d) familiar.

Comenzaremos analizando la riqueza espiritual y no la financiera, porque es la que moldeará todas las demás.

A) CAPITAL ESPIRITUAL

Este es el capital que da lugar a todos los otros, porque expresa los verdaderos valores de la familia y permite un conocimiento profundo del propósito que tiene la riqueza en sus vidas.

La riqueza siempre se transmite con algún mensaje. La pregunta que toda pareja se hace al querer legar algo es:

¿Por qué estamos pasando nuestra herencia a nuestros herederos? ¿Qué es lo que pretendemos con estos recursos que les estamos legando que hagan nuestros hijos y sus herederos? ¿Qué sirvan para qué?

Básicamente la principal preocupación es encontrar el perfecto equilibrio entre lo que serán recursos para que se destinen al consumo y la administración de dichos recursos para que crezcan y luego se retransmitan. Esto es así porque algunos herederos considerarán dicha herencia como un legado que debe ser pasado a otra generación; otros los tomarán como un regalo de la suerte y otros creen que es un derecho que les pertenece. Estas, en realidad, son preguntas que incluyen valores que las parejas deben ayudar a sus herederos a contestar y no dejar libradas al azar.

Es verdad que mantener a toda la familia unida a través de las generaciones es toda una hazaña, pero en la transmisión de los valores familiares hay un legado que las próximas generaciones pueden adherir o respetar.

La mejor herramienta para lograrlo es transferir la historia familiar a todos los miembros, que conozcan las dificultades que debieron sortear para lograr lo alcanzado, y entender las aspiraciones y el sentido que tiene el capital heredado.

B) CAPITAL FINANCIERO

Este tipo de capital —en el que todos piensan— tiene que ver con mantener y administrar un determinado patrimonio para ayudar a los herederos a construir su propia riqueza.

Para eso se deben transmitir expectativas realistas respecto del dinero a legar; enseñar a los herederos el valor y responsabilidad de manejar el dinero, y crear un sentido de la responsabilidad.

Algunas personas eligen pasar la fortuna a sus herederos en forma de empresas; otros les asignan un dinero para determinados fines; otros lo hacen sin ningún tipo de condicionantes y otros asignan recursos de manera poco clara.

Uno de los temas que muchas parejas se plantean es si comunicar o no a los herederos lo que les van a legar. Tiene sentido ocultar o mantener en secreto lo que se piensa traspasar en la medida que los hijos van creciendo y se van forjando su futuro para no condicionarlos. Pero si se espera que los hijos en algún momento se hagan cargo de manera responsable de la herencia, deben liberar el secreto y enseñarles a manejar la herencia con responsabilidad y eficiencia.

C) CAPITAL HUMANO

El capital humano se refiere a desarrollar en los herederos las habilidades, capacidades y el carácter para entender cómo se maneja el dinero, encontrar trabajos que les sirvan para tener un buen nivel de vida y desarrollar las capacidades necesarias para vivir en un mundo complejo, difícil y demandante.

¿Cuándo una familia está legando capital humano?

- 1) Cuando se comienza desde una edad temprana a hablar de dinero con los herederos.
- 2) Cuando se construye la autoestima y una identidad independientemente de tener o no dinero.
- 3) Al ayudar a los herederos a desarrollar un sentido de vida.
- 4) Al educar en habilidades y capacidades para hacer su camino de forma independiente.

Debe entenderse que este tipo de riqueza no llega en una sola cantidad, como si fuera una bolsa de dinero, sino que se construye a lo largo del tiempo.

En el capítulo referido a los hijos, abordaremos el rol de la pareja en la enseñanza del uso del dinero en los niños y adolescentes, para convertirlos en independientes y autónomos.

D) CAPITAL FAMILIAR

El capital familiar se refiere a estar conectados con la familia extendida, comprometerse y trabajar con otros miembros del clan de manera de crear la armonía que permita hacer crecer el capital familiar y no destruirlo.

El capital familiar se construye y se traspasa de diferentes maneras.

- 1) Cuando se genera respeto y confianza a través de un diálogo fluido y sistemático.
- 2) Cuando se permite sanar malos entendidos y situaciones dolorosas pasadas.
- 3) Cuando las personas tienen la capacidad de escuchar y aprender de los otros.

Es común que parte de la herencia tenga que ver con la empresa del fundador que debe legar a los hijos. Pero a su vez, estos forman nuevas familias, con nuevos integrantes, lo que puede generar roces y terminar perjudicando la riqueza del grupo y lo que tanto costó armar.

Es por eso que se debe analizar y dejar en claro todas las disputas que pueden ocurrir respecto de lo que le corresponde a cada uno; la participación accionaria en las empresas familiares; las remuneraciones; las inversiones; etcétera. Lo que todos deben entender es simple: si uno pierde, pierden todos.

Algunos consejos para la edad del retiro

- Esta es la etapa donde más difícil es ahorrar, ya que los ingresos merman y los gastos se incrementan, por lo tanto el que pueda hacerlo debe considerarse un privilegiado. En los primeros años de retiro es una buena idea seguir incrementando el fondo personal, pero si se tiene suficiente, una buena estrategia es ir trasladando ese ahorro a los herederos. Puede ser en plazos fijos a nombre de los nietos, los hijos o quien se desee ayudar, ya que la donación en vida no está reglada como sí lo está la herencia.
- Invertir de manera muy conservadora, el retiro es un tiempo en el que debe reinar la cautela con el manejo del dinero, porque si se pierde en un negocio, el tiempo para poder recuperar ese dinero estará muy limitado. Ya no tenemos la vida por delante si algo falla.
- No hay que caer en falsas inversiones que terminan generando un aumento de los gastos que nos condiciona mucho más de lo que nos rinde en el mediano plazo la ganancia que puede dar la inversión. Hay que huir de los negocios cuyos gastos son difíciles de regular y que obligan a una vida ascética para poder ajustar el presupuesto y mantener la presunta inversión. Algunos ejemplos: un vehículo nuevo, que en lugar de capitalizarnos nos genera mayores gastos de mantenimiento y va perdiendo valor a medida que pasa el tiempo. Otro: una inversión en inmueble en construcción, que en la mitad aumenta el valor de las cuotas o la cantidad de cuotas y si se demora la entrega, los gastos fijos son una pesada carga hasta que llega el momento de poder obtener una renta de esa propiedad.
- Una manera ordenada de sacarle de encima a los herederos el peso económico —y también emocional— de una sucesión es donar en vida los bienes que poseemos a nuestros hijos y herederos, con la aclaración bien documentada de que conservaremos en vida el usufructo de la propiedad o el vehículo en cuestión, por ejemplo. De esa manera los herederos se ahorrarán trámites, costosos honorarios de abogados y también pesados impuestos.
- No es tiempo de ser avaros. El temor a quedarse sin dinero puede llevar a las personas en edad de retirarse a ser demasiado austeros para no tocar los ahorros que se construyeron en la vida activa. Es un error. Ese dinero ahorrado o invertido o acumulado en un seguro de retiro se constituyó para utilizarlo en este tiempo, no hay que tener miedo a gastarlo.

Mujeres y hombres tienen temores y perspectivas diferentes frente al retiro. Algunos consejos identificados según las necesidades que muestra tener cada género:

LOS DILEMAS DEL RETIRO ESCONDIDOS EN LAS CARTERAS

- No gastar, para dejarle más a los hijos. Si a los hijos se les proporcionó cariño, contención y educación, ya

se les dio lo más importante. El dinero ahorrado fue conservado para utilizar en esta etapa de la vida y contar con ese fondo ya es un gran premio para los hijos, que tienen padres que pueden enfrentar una emergencia por sí mismos sin necesidad de recurrir a su ayuda.

- Aún en el retiro, las mujeres cargan con el mandato familiar que indica que deben seguir priorizando las necesidades del resto por sobre las propias. Es tiempo de dejar que los hijos que ya están grandes se arreglen por ellos mismos y no dejar de comprarse una cartera nueva por salir a cambiar la cartuchera del nieto que tiene una nuevita pero quiere la que está estampada con el superhéroe de moda. Seguir postergándose sólo hará que las mujeres en esta etapa de la vida sigan acumulando frustración y resentimiento.

LOS DILEMAS DEL RETIRO ESCONDIDOS EN LAS BILLETERAS

- Los hombres en esta etapa deben repetir como un mantra cada mañana que ellos no son ni su trabajo ni su auto ni su oficina, para no olvidárselo. La crisis por la falta de actividad es difícil de sobrellevar y la mejor manera de dejarla atrás no es buscar un trabajo part time o independiente, sino asumir que un hombre en su retiro tiene mucho para dar en su casa, a sus amigos y a su familia, aunque ya no sea empleado de una corporación y no tenga más tarjeta personal de presentación.

- Es hora de demostrar con hechos que la familia y los amigos son importantes. Los hombres en la edad activa repiten que trabajan para darle un mejor pasar a sus hijos, para que a su familia no le falte nada y que ellos son su norte, pero cuando hay que dejar la oficina o la fábrica para dedicarle tiempo en la vida real se les prende fuego el libreto. Hay que cambiar el foco, valorar el tiempo y las experiencias compartidas, y demostrar con los hechos que se trabajó con el foco puesto en el entorno más cercano y su bienestar.

Palabras finales

Este libro busca reflejar nuevos dilemas en el mundo del dinero, la pareja, la familia y las relaciones personales. Pero no son las únicas ni las últimas.

Mujeres, pero también hombres, tienen un nuevo rol y ese rol es diferente según la edad, el momento de la vida que atraviesan y el entorno que los condiciona. Pero eso tampoco es definitivo.

Un hombre que es sostén de su hogar y transita por la vida como un superhéroe puede encontrarse rodeado de fantasmas cuando se jubila y el centro de su vida pasa a ser su casa, como vimos en estas páginas.

Una mujer independiente puede ver caer su castillo de autonomía con la llegada de los hijos o una propuesta laboral en el exterior para su pareja, como nos contó Candelaria.

Un joven que impulsa a su pareja a empoderarse sabe que a la vuelta de la esquina lo espera el desafío de mantener esa paridad cuando lleguen los hijos y uno de los dos deba recortar las horas de trabajo.

Y todos saben que esas nuevas realidades y consensos volverán a variar.

Como contamos en un principio, nosotros discutimos mucho en el proceso de armado y escritura de este libro. Teníamos, tenemos y tendremos miradas diferentes, lo importante es que pudimos decirlas en voz alta.

Nuestra intención es que lo mismo suceda entre nuestros lectores, este no es un libro de consejos, es un libro de experiencias que pueden ayudar a reflexionar sobre lo que nos pasa, a buscar soluciones, pero teniendo en cuenta que no son las únicas ni las definitivas.

Hay tantos modelos de presupuestos de pareja como parejas en el mundo. Hay tantos modos de educar a los hijos en el manejo del dinero como padres. Son tantas las posibilidades de acuerdo económico con un ex como divorcios en el planeta.

Los mejores serán los que permitan que cada uno de los actores, parejas, hijos o ex puedan sentirse realizados. El dinero es sólo un elemento que habla en esas peleas o en esos acuerdos. Habla de cómo son esas relaciones. El dinero habla en el planeta Marte, en el planeta Venus y también en nuestra querida Tierra.

Agradecimientos

A nuestras familias, nuestro lugar en el mundo, en donde rodeados de amor, de aprendizaje, de juego y de contención pudimos crear y escribir con tranquilidad este libro.

A todas las personas que confiaron en nosotros para contarnos los secretos mejor guardados en sus carteras y billeteras para poder reflejar en sus historias a cientos de otros que atraviesan los dilemas del mundo moderno en relación al trabajo, el dinero y la riqueza.

A Judit Feldman, que como psicóloga fue un pilar fundamental para la escritura de este libro por su ayuda en la comprensión de los aspectos psicológicos de la relación de hombres y mujeres con el dinero.

A Gerardo Rozín y Paula Pérez Alonso, por sus aportes creativos que nos ayudaron a darle un formato innovador a la hora de hablar del mundo del dinero a este libro.

A Editorial Planeta, y especialmente a su director editorial, Ignacio Iraola, por el profesionalismo con el que nos acompañaron en el proceso de creación de este libro y la libertad con la que nos permitieron trabajar.

Índice

Portadilla	3
Legales	5
Dedicatoria	6
Introducción. Nosotros también batallamos	7
1	13
2	28
3	51
4	69
5	85
6	100
7	116
8	130
Palabras finales	149
Agradecimientos	150